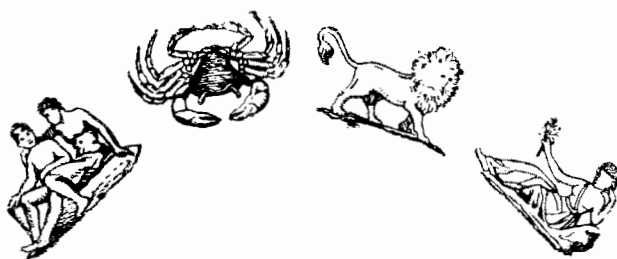

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



EPOCA IV-SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C.A. - VOL. II

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

EPOCA IV

VOLUMEN II

Director:
BAUDILIO TORRES

Redactor:
TRIGUEROS DE LEON

MAYO JUNIO - JULIO AGOSTO

1 9 4 8



SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

IMPRESA FUNES, SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

EL ESPIRITU DE LA LETRA

Con la letra sucede lo que con
un templo o monumento; si no sabe-
mos su significado, „resulta muerta....

NOVALIS.

EN EL CENTENARIO DE TIRSO DE MOLINA

Por Alejandro Casona.

Cúmplase en este año el tercer centenario de la muerte de uno de los más grandes creadores dramáticos de todos los tiempos: el español Fray Gabriel Téllez, que inmortalizó el seudónimo «Tirso de Molina».

Durante siglos de historia, como durante los años de su vida, Tirso permaneció en una discreta penumbra. La España de su tiempo, deslumbrada por el pródigo genio de Lope, no prestó mayor atención a aquel discípulo suyo que en tantas y tan profundas cosas aventajaba al maestro. La Alemania romántica de los Schlégel, arrodillada ante la majestad barroca de Calderón, que impuso a la admiración del mundo entero, tampoco se dignó reparar seriamente en el humilde frailecico de la Merced. Tirso era «uno más» en el Siglo de Oro español, perdido en la inmensa pléyade, con asiento menor junto a Alarcón, Amescua, Guevara o Moreto. La crítica en general no supo medir la magnitud de su obra hasta que la autorizada voz de Menéndez y Pelayo se alzó en su defensa.

Y, sin embargo, aquel oscuro mercedario de dudosa cuna (1), aquel «poeta menor» derrotado en el torneo de 1622 mientras

(1) *Ciertas tachaduras en su partida bautismal y ciertas mordaces alusiones de Quevedo en el "Chitón de las maravillas", autorizan a suponerle hijo natural de Téllez Girón, Duque de Osuna.*

se coronaba de laurel a Lope y Calderón, había realizado en la batalla de las letras esta media docena de hazañas asombrosas:

Descubrir para la literatura el color y el paisaje, conquista atribuida tradicionalmente a la revolución romántica.

Sistematizar en doctrina «el arte nuevo de hacer comedias», sólo intuido por Lope.

Tender un puente español entre el cultismo greco-latino y el popularismo romántico.

Crear la comedia psicológica, sustituyendo el valor superficial de la intriga por el buceo en las almas y los caracteres.

Pintar mujeres «al natural», frente a la galería marmórea de Grecia y el galante idealismo de Lope.

Y crear para la eternidad el más audaz y fecundo tipo de Antagonista que haya imaginado teatro alguno: el Don Juan.

No es necesario unir a estas altas empresas la de ser el autor de «El Condenado por desconfiado», bastante por sí sola para justificar una fama universal. Si el Condenado es suyo o es de Mira de Amescua o de otro ingenio anónimo, es cosa que la crítica erudita ha de solventar aún. Pero con él o sin él, Tirso tiene sobrados títulos para codearse de igual a igual con Calderón y Lope, formando con ellos el triunvirato dramático que España necesitó para dar una réplica nacional al milagro sobrehumano de Shakespeare.

Su sentido pictórico, su agilidad musical y colorista, hallan cabal expresión en «Los cigarrales de Toledo» (la patria de su corazón), donde los elementos del cuento y la poesía, de la descripción novelística y la acción dramática, se dan cita para componer el conjunto más desconcertantemente armónico que pueda imaginarse. La peste florentina que sirvió a Boccaccio para encuadrar literariamente la dispersión de cuentos de El Decamerón; la peregrinación utilizada al mismo efecto por Chaucer en «Los Cuentos de Cantorbery»; la inundación que persigue artificialmente idéntico fin en «El Heptamerón», están sustituidas en los «Cigarrales» (2) por unas simples vocaciones. No surge aquí la armonía de una premisa más o menos arbitraria, sino que emana naturalmente del paisaje. Como en la buena pintura, el fondo her-

(2) *Nombre de las fincas y huertas de recreo toledanas,*

mana las figuras y absorbe los detalles; cada cigarral es un brochazo de luz, y en la totalidad colorista del cuadro van saltando espontáneamente a primer plano el poema lírico, la narración pícarra, la controversia doctrinal y la comedia de enredo; desde esa pequeña obra maestra que es «Los tres maridos burlados» (superación afortunada de un viejo fabliau francés), hasta la intriga destinada a perdurar siglos en el escenario, como «El Vergonzoso en palacio», donde Tirso se anticipa a crear ese tipo humano tan grato a la literatura moderna, el «tímido sexual», opuesto a su máxima creación de arrolladora virilidad: el Don Juan.

En la controversia del Vergonzoso está su sistematización racional del «arte nuevo de hacer comedias»; lo que en Lope sólo es disculpa y repentización atropellada, se convierte aquí en meditada doctrina. La negación de las malditas Unidades de Aristóteles, que asfixiaron durante siglos el teatro europeo, el reflejo de la vida por encima de la imitación clasicista, la libertad de acción y movimiento, la adecuación del diálogo al carácter, todo, en fin, lo que hoy nos parece razón vital del teatro—y solamente había sido entrevisto por Cervantes y Lope—está sólidamente cimentado en Tirso.

Su lenguaje escénico se ciñe al carácter como un tul mojado se ciñe a una estatua. He ahí, quizá, el más personal de sus méritos. Los griegos, para dar a sus personajes categorías de Rey, les hacían calzar el coturno más alto. Lope, cuando quiere que su personaje sea Rey, lo viste de Rey. Tirso no se queda en el coturno ni en el trato; sus reyes hablan como reyes, sus pícaros, como pícaros.

Y, naturalmente, sus mujeres hablan, piensan y actúan como tales mujeres de carne y hueso; con todos sus vicios y virtudes, con toda su grandeza y su miseria. No son los arquetipos de fidelidad, de heroísmo o de sabiduría del teatro lopiano. Lope las amaba demasiado, y ante la mujer caía de rodillas: era un enamorado. Tirso se queda sentado y las mira socarronamente de reojo: es un confesor. Por eso sus mujeres tienen lo que las mujeres de teatro no habían tenido hasta entonces. Tienen gracia viviente. La gracia embustera de «Marta la piadosa», la ancha gracia popular de «Mari-Hernández la gallega», la gracia traviesa y disfrazada de «Don Gil de las calzas verdes». Pero no incurramos en el error tan divulgado de suponer en Tirso un des-

precio a la mujer, tan lejos de su carácter alegre y bonachón; porque, si en homenaje a la verdad artística no disimuló sus defectos, tampoco retaceó sus virtudes. No olvidemos que el más alto ejemplo de mujer del teatro español se lo debemos a él, en ese prodigio de serenidad, inteligencia y corazón que es su Doña María de Molina de «La Prudencia en la Mujer».

Hablar de las aportaciones de Tirso al teatro psicológico, y en especial a la psicología femenina, sería tema imposible de sintetizar en estas líneas panorámicas. Baste señalar que su maestría en ese terreno no tiene antecedentes en el teatro español, salvo la excepción siempre genial de Lope en «La Dama boba».

Me limitaré, en cambio, a desbrozar aquí su máximo hallazgo dramático: la creación del Don Juan.

El valor de una pregunta se mide por la cantidad de respuestas que es capaz de suscitar. El valor de una obra literaria, por la cantidad de literatura que es capaz de producir. Las mil páginas del Quijote han producido centenares de miles de páginas en todas las literaturas del mundo. Las cien páginas del Don Juan siguen y seguirán eternamente haciendo escribir a críticos, poetas, glosadores, filósofos y hombres de ciencia de todos los climas. En el mundo del arte, Molière, Goldoni, Mozart, Byron, Púskhin, Dumas, Zorrilla, Bernard Shaw, Lenormand, forman el ilustre cortejo que pregonan, en obra viva, la prodigiosa fertilidad de la semilla tirsiana. ¿De dónde le viene semejante fuerza perdurable?

Separemos, ante todo, en el Don Juan, lo que tiene de mito humano universal y lo que tiene de entrañablemente español. El primer aspecto está sobradamente documentado para que sea necesario insistir en él. El ímpetu dionisiaco, el imperativo genésico y el frenesí viril de la aventura por la aventura, en sí (don Juan no tiene hijos) forman su zona abisal. Su zona cortical y más visible es el erotismo andariego, ese alegre turismo de la carne que en los don juanes secundarios conduce a la caricatura frívola del tipo. Los tenorios menores (léase Casanova, por ejemplo) son simples coleccionistas de mujeres, más aptos para la comedia que para el drama, como los coleccionistas de capicúas o estampillas: «desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca». Pero, el don Juan Tirsiano, es drama total, sin mezcla posible de grotesco, porque en él se conjugan, en tensión fatal, los

tres grandes motivos dramáticos del hombre universal: el Amor, el Pecado y la Muerte.

Junto a esos valores sin raza ni país, está su profunda significación de símbolo español; zona, que yo sepa, sin estudiar aún, y que es, por lo tanto, la que me interesa destacar aquí.

A mi modo de ver, Tirso, partiendo históricamente de la vida auténtica del sevillano Mañara (al que da su apellido famoso de Tenorio), y literalmente de un humilde romancillo popular (3), se propuso crear en el Burlador al «Antagonista Total» de la España de su tiempo.

El anarquismo individual en lucha contra las leyes—que es, en su aspecto villanesco, la raíz de la Picaresca—necesitaba su expresión dramática en el teatro. Pero no bastaba para ello la figura del Bandido, tan difundida en el teatro de la época (El Tejedor de Segovia, La Devoción de la Cruz, El Condenado por desconfiado, etc.), y tan grata, después, al gusto romántico, desde el

- (3) *Muchas veces, siendo niño, he oído cantar en mi tierra de Asturias este romancillo, cuyo origen se pierde en el tiempo, y que corre de boca en boca entre los campesinos sin letras. No podía un río tan grande tener una fuente más humilde:*

*"El día de los Difuntos
iba un galán a la iglesia;
non iba por oír misa
sino por ver lo que había en ella.
A la mitad del camino
se topó una calavera,
Le ha dado con el zapato;
le ha dicho desta manera:
—Esta noche te convidó
a cenar de la mi cena.
—Caballero, no te burles,
respondió la calavera,
esta noche iré a tu casa,
mi palabra doy por prenda.
El caballero al oírlo
temblando todo se queda.
A la hora de cenar
oye llamar a la puerta
con unos golpes terribles
que hasta el corazón le llegan,*

*Le ha ofrecido silla de oro;
la mano apoyaba en ella.
Le ha servido muchos platos
y de ninguno comiera.
Le ha servido muchos vinos,
no lo probó gota siquiera.
—Caballero, yo he venido
a cumplirte la promesa;
a las doce de la noche
vendrás conmigo a la iglesia.*

*Entre el coto y el altar
había una tumba abierta,
por comida, la ceniza,
por copas dos calaveras.
—Ven acá, perro villano,
a cenar de la mi cena!
—Válgame Santa María!
Válgame la Virgen bella!*

Corsario de Byron al Hernani de Hugo (4). El Bandido sólo es un rebelde a medias, contra una determinada ley social. No era bastante eso para la ambición artística de Tirso. El necesitaba crear el Rebelde Absoluto: contra todas las leyes, contra la tradición y las costumbres, contra su época y su sangre, contra la Religión y la Moral. He ahí la categoría suprema del Don Juan. No es un pecador; es el Pecado. Por eso no es un Condenado; es la Condenación.

Y, en efecto, en una España mística y ortodoxa, don Juan es el sacrilegio y la blasfemia; en un país devoto de la virginidad y del honor conyugal, don Juan es el burlador de doncellas y casadas; en un pueblo supersticioso de la muerte, don Juan es el violador de cementerios; en una raza educada en la caballerosidad, don Juan es la deslealtad y la traición; en una patria borracha de pasado y loca de porvenir y de horizontes, don Juan es el presente más estrecho, sin ayer y sin mañana. En la España Absoluta de los Felipes, el Burlador de Tirso es el Antagonista Absoluto. Lo que hoy llamaríamos el Enemigo Público número Uno.

Una idea tan terminante y rotunda necesitaba para producirse algo más que la cabeza de un dramaturgo genial. Necesitaba la cabeza de un fraile católico y español. El que olvide el origen teológico de Don Juan no comprenderá nunca su extraordinaria grandeza de símbolo, ni advertirá su entronque evidente con la otra gran Negación de la teología: Satanás.

En el lenguaje popular de España Don Juan es nada más y nada menos que «el mismísimo Diablo».

-
- (4) *Algún día habrá que desarrollar esta idea tan rica de sugerencias; de cómo el teatro clásico español ha anticipado uno por uno todos los tópicos del Romanticismo.*

JACINTO GRAU

Por Trigueros de León.

Conociendo personalmente a don Jacinto Grau, pienso en que razón tuvo, de sobra, quien dijo que el estilo es el hombre. Nervioso, incisivo, inquieto es este dramaturgo español. Habla atropellándose, persiguiendo las palabras. Sus juicios son ciertos, tajantes, subrayados, a veces, por una nota de sutil ironía. Dice las cosas con el impulso de un joven, apasionadamente. Pregunta por las mozas de otros climas con el mismo interés que lo haría un adolescente.

—¿Cómo son las mujeres en su tierra? ¿Aman intensamente, con pasión? ¿Se parecen a las españolas?

Y la mirada viva se enciende de curiosidad tras los cristales de los anteojos.

Don Jacinto Grau ha llegado a la vejez sin que los años le aniquilen. El mismo entusiasmo que pone en sus palabras al inquirir sobre las mujeres que él no conoce, tiene al escribir las páginas de su teatro o las cuartillas sobre problemas de España o acerca de los escritores que él analiza, a veces, despiadadamente.

Su rostro era familiar. Lo había visto, más de una vez, en las ediciones Losada, en la Historia Universal de la Literatura de Prampolini, en el libro de Fermín Estrella Gutiérrez. Una cabeza hecha para escultura. La fisonomía de clásico perfil español: destacada nariz, frente amplia, apretados labios, gesto de hombre que piensa.

Es gente cordial. Me recibe en su departamento de la calle Maipú, en Buenos Aires. Vive en compañía de su esposa, inteligente dama española. Don Jacinto charla en seguida. No es gente callada, escrutadora, hecha para mirar de reojo, sino que suelta la palabra con facilidad hispana y con la amplitud que en otras personas sólo es capaz de dar la antigua amistad. El visitante bien pronto entra en confianza y se siente en casa propia. Unos olorosos habanos y una taza de café hacen más íntimo aquel ambiente.

La pregunta del reportero surge pronto. No inquiera en forma directa para no romper el encanto de la charla, sino que aprovecha una ocasión propicia para hablar de la generación del noventa y ocho, sabiendo que ese toque será suficiente para hacer que su entrevistado entre de lleno en la época de los reconocidos escritores españoles Baroja, Azorín, Valle Inclán, etc,

—Ha hablado usted de la generación del 98. Para mí lo que más vale de ese grupo es Ramiro Maeztu, quien, desafortunadamente, lo echó a perder todo después de haber sido una gran promesa en las letras españolas.

Unamuno, Ganivet, Joaquín Costa, Maragall, Clarín, Pompeyo Gener, son, en verdad, ilustres precursores de la generación del 98, aun cuando se les haga figurar en la misma época. Esta corresponde, cronológicamente hablando, a escritores más jóvenes: Maeztu, Manuel Bueno, los Baroja—Pío y Ricardo—, Salaverría, Azorín. Valle Inclán era un poco mayor y Ortega y Gasset mucho más joven.

—¿Cómo juzga usted la obra de Azorín?

—Representó, en sus principios, una nota nueva en la literatura española. Hay libros suyos que, con el tiempo, figurarán como obras clásicas; tal ocurre con «Castilla», por ejemplo. Al aparecer Azorín en la escena de las letras, causó gran alboroto con su «Charivari», en el que no queda apenas escritor sin befa ni escarnio. Toda esa virulencia de juventud fué pasando para ter-



Jacinto Grau. Buenos Aires, 1948.

minar Azorín como uno de los que mayor culpabilidad ha tenido en el fracaso de varios integrantes de esa generación. Bastaría un breve resumen de hechos notorios para acusarle y residenciarle. Recordemos no más que en buena edad todavía, cuando pudo trabajar decentemente, se convirtió en el panegirista de La Cierva, publicando una lamentable apología de ese politicastro cacique. Azorín ha terminado ya su papel en el mundo de las letras y en qué forma tan digna de lástima!

—Pero no todo ha de ser saldo desagradable de esa generación noventiochista. Para el caso podríamos referirnos a Valle-Inclán, señor de las filigranas y de los esperpentos, original figura que despierta los más interesantes comentarios de una época.

—Valle-Inclán me parece uno de los pocos que salva al grupo. Gran prosista y artista. Su figura muy personal, de gran relieve. Todas las influencias que él tuvo, entre ellas la de D'Annunzio, no menguaron nunca su personalidad.

«Romance de lobos» y los «Esperpentos» son las obras que lo reflejan mejor. Me gustan sus Sonatas; pero considero que lo más fuerte de él son las obras ya mencionadas.

Me olvidaba de mencionar la magnífica novela «Tirano Banderas». Se reflejan, retratados en la figura central de la obra, todos los tiranos. Es algo muy pintoresco, muy bien hecho. Indudablemente el primer ensayo de entremezclar lo español y lo americano del idioma.

—¿Y el siempre apasionante don Miguel de Unamuno?

—Unamuno es otra cosa; es un vasco castellano de una pieza, forjado en metal ibérico. Arrebatador. Nació con la angustia metafísica en el tuétano de los huesos. De sus obras la que me parece de tendencia universal es «Del Sentimiento Trágico de la Vida».

Unamuno novelista es un autor muy fuerte, con estilo personal. Como poeta es un tallador en piedra, que huye del preciosismo. Su verso es, sencillamente, suyo, sin influencia parnasiana ni simbolista. Pocos podrán decir de sus obras lo que Unamuno: son mías.

—Mucho se ha escrito, últimamente, sobre la figura de Unamuno. He leído, con especial delectación, el libro de Ferrater Mora, en el que analiza la filosofía unamunesca. Conozco tam-

bién un libro suyo, don Jacinto, dedicado al gran profesor de Salamanca.

—Sí, yo publiqué hace algún tiempo ese libro, aquí en Argentina. Recientemente se ha hecho una nueva edición aumentada de la obra. Yo le obsequiaré ese libro. Unamuno siempre me interesó y la lectura de sus páginas despierta siempre un conflicto; mueve a discutir.

—Para contrastar las figuras y oponer a la avasallante personalidad de Unamuno la de un hombre sereno, permítame pedirle su opinión sobre Gabriel Miró, el orfebre del castellano puro.

—Miró fué eso, precisamente: un artífice minucioso, dueño de una pulida orfebrería literaria. Sus ideas, sus inquietudes, sus temblores, se circunscriben a las cosas, a los paisajes y a todo lo que está visible en el espacio, dentro del campo visual del pintor.

—Dejando un poco las figuras de los literatos españoles para pasar a un tema menos concreto, de más amplitud, si se quiere, y que a usted ha de interesar sobremanera por ser directamente de su especialidad, me gustaría escuchar su opinión acerca del teatro español contemporáneo.

—Ni qué hablar de él. De todo ese teatro español y de todos sus actores, en general serviles de un negocio, vulgares, ignorantes y dogmáticos, sin ambición, sin inquietud y sin arte, no queda más que un cadáver que está pidiendo pronto entierro. Nada salvará el recuerdo huérfano de prestigio del teatro español, ni el triunfo personal de un gran actor hispano, que vendrá, sin duda, ni el arte individual de ningún autor, por grande que sea. Se salvarán no más los artistas auténticos, hijos legítimos de la verdadera España, la que nadie logra matar.

—¿Y el teatro hispanoamericano?

—Me parece interesante Florencio Sánchez. También está Payró.

—¿Conoce el teatro de Xavier Villaurrutia?

—No he leído nada de él; me interesa mucho conocerlo.

—¿El teatro norteamericano?

—En el teatro norteamericano O'Neill es uno de los más grandes autores dramáticos que ha producido el mundo. No conozco nada más fuerte en Estados Unidos. Pocos son como él en Europa. Con D'Annunzio, Pirandello, Shaw y Lenormand,

O'Neill es uno de los más grandes autores del siglo; un verdadero genio.

«Extraño interludio», «El Emperador Jones», «Ana Christi» y un monólogo que se llama «Antes del desayuno», son las obras de O'Neill más interesantes.

La conversación ha ido prolongándose más de la cuenta y el creciente interés que a ella dan las palabras de mi entrevistado me hace permanecer, papel y lápiz en mano, listo a guardar—con la mayor exactitud posible—las impresiones de este gran señor de las letras.

La señora de Grau nos ofrece una tacita de café que don Jacinto y yo paladeamos gratamente. Como al principio de la charla, mi amigo me ha ofrecido, después del café, un sabroso habano que enciendo luego, entreteniéndome en ver cómo ascienden, por el cielo de la habitación, las azules y aromadas espirales del cigarro. El entreacto sirve también para dar un paseo por los alrededores y tomarle una foto a don Jacinto. Es la misma que ilustra esta entrevista.

De vuelta del paseo, molesto aún la atención del conocido dramaturgo, tocando algunos puntos que se me habían escapado en el diálogo. Esta vez son los poetas los que dan material propicio para la charla: Machado, Darío, Jiménez, Lorca.

—Antonio Machado—dice mi amigo—, es el primer poeta hispano, el más grande. No ha tenido influencia en los demás poetas debido a que la poesía española contemporánea está llena de influencias extranjeras y Machado es, antes que todo, un castellano.

—Rubén Darío,—continúa don Jacinto—, ha sido el gran acontecimiento en la poesía de habla hispana. Cuanto más tiempo pasa más se agranda su figura.

—¿Y Juan Ramón Jiménez?

—Jiménez es un poeta fino y prosista admirable. La nota popular no es muy intensa en él. Su tendencia es de nardo y de jazmin árabe.

—¿Qué me dice de Federico García Lorca?

—Lorca, como autor de teatro, fué una gran esperanza, sobre todo en el teatro popular satírico. Murió muy joven para haber ofrecido un teatro ya cuajado. Para mí lo mejor suyo es

«Bodas de Sangre», «La Zapatera Prodigiosa» y «Rosita la Soltera».

Indudablemente Lorca es lo mejor de su generación, como poeta.

Hablamos después de las novedades literarias aparecidas en Buenos Aires.

—He sabido que «El Muro», de Jean Paul Sartre, ha sido recientemente editado en español por una casa argentina y que ha provocado muchas opiniones adversas.

—La obra de Sartre me parece muy desigual. Cuando se quiere hacer arte mediante un sistema, sufre el arte. Cuando Jean Paul Sartre hace existencialismo en su obra de arte, sufre éste. El arte debe reflejarlo todo como la vida; pero sin admitir ingerencias de otro orden. Si el Cándido de Voltaire no hubiera sido una obra en que el arte se sobrepuso a todo, no hubiera resultado una obra genial.

Sería abusar demasiado de la bondad de don Jacinto Grau el prolongar más esta extensa entrevista. Me dispongo a despedirme de quien, según el decir de Cejador, es «un dramaturgo nuevo en España, pero de tantos quilates, como no había aparecido por acá no años, sino siglos ha».

Don Jacinto vive ahora lejos de España, en el destierro, como muchos otros dignos escritores españoles que han hecho de América el lugar de sus diarios afanes sin olvidar, en este continente de la esperanza, su lejana península.

San Salvador, 1948.

POETAS DE GUATEMALA

Por Otto Raúl González.

RAFAEL AREVALO MARTINEZ (1884).— Es, entre los vivos, el más viejo, y entre los viejos el más vivo. Chocano le bautizó: «Poeta místico y amoroso». Sus mejores poemas son de ternura y de intimidad. Un reducido número de poemas definitivos, firmes (que son como gemas) se contraponen a sus muchos versos malos (que son como estériles conchas). Su «pose» natural, su actitud de siempre, es la que corresponde a su oficio de poeta. Su aspecto físico es frágil, como dando la sensación de no nutrirse de alimentos terrestres. Hace gala de su aspecto de pájaro. Su obra maestra («El hombre que parecía un caballo») es conocida universalmente. Atacarle es, en Guatemala, un lugar común.

Obra:

Maya.—Guatemala, C. A., 1911.

Una Vida.—Guatemala, C. A., 1914.

Los Atormentados.—Guatemala, C. A., 1914.

El hombre que parecía un caballo.—Quezaltenango, 1915.

El trovador colombiano.—Quezaltenango, 1915.

Las rosas de Engaddi.—Quezaltenango, 1915.

La prensa actual del Istmo.—Guatemala, 1918.

El hombre que parecía un caballo.—Costa Rica, 1918.

El hombre que parecía un caballo.—México, 1920.

- El hombre que parecía un caballo.—Guatemala, 1920.
 Poesías Escogidas.—Guatemala, 1921.
 El hombre que parecía un caballo.—Madrid, 1920.
 El señor Monitot.—Guatemala, 1922.
 Manuel Aldano.—Guatemala, 1922.
 La oficina de paz en Orolandia.—Guatemala, 1925.
 Las noches en el palacio de la Nunciatura. — Guatemala, 1927.
 El hombre que parecía un caballo.—Guatemala, 1927.
 La signatura de la esfinge.—Guatemala, 1933.
 Llama.—Guatemala, 1934.
 Viaje a Ipanda.—Guatemala, 1939.
 Llama y el Rubén poseído por el Deus.—Guatemala, 1939.
 El mundo de los Maharachías.—Guatemala, 1939.
 Los Duques de Endor.—Guatemala, 1940.
 Nietzsche, el Anticristo.—Guatemala, 1942.
 Ecce Pericles.—Guatemala, 1945.
 Por un caminito así.—Guatemala, 1947.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS (1900).—Lírico de resonancias continentales. Paul Valéry y Francis de Miomandre (con quienes hizo amistad en París) han consagrado sus «Leyendas de Guatemala» que realmente son dignas de tal consagración. Su novela «El Señor Presidente», ha obtenido buen éxito por la fidelidad y la galanura del lenguaje con que retrata el ambiente de un país (Guatemala) azotado por la epidemia galopante de una dictadura negativa. Prepara su libro «Sien de alondra», que contendrá su vasta obra poética, ya publicada en revistas y periódicos del continente. El río de su poesía arrastra finas arenas de oro lírico, aunque esas aguas bien que reflejan luces de torres en cuya construcción predomina el marfil. Miguel Angel Asturias es actualmente Agregado Cultural a la Embajada de Guatemala en Buenos Aires.

Obras en verso:

- Rayito de Estrella.—París, 1929.
 Emulo Lipolidón.—Guatemala, 1935.
 Sonetos.—Guatemala, 1936.
 Alclasán.—Guatemala, 1940.

Rehenes.—Guatemala, 1941.

Anoche, 10 de marzo de 1543.—Guatemala, 1943.

En prosa;

Sociología Guatemalteca.—Guatemala, 1923.

La arquitectura de la vida nueva.—París, 1928.

Leyendas de Guatemala.—Madrid, 1930.

Légends du Guatemala.—París, 1930.

Los Anales de los Xahil.—Guatemala, 1937 (En colaboración con J. M. González de Mendoza).

El Señor Presidente.—México, D. F., 1946.

CESAR BRAÑAS (1900).—Poeta de aliento universal. Es modesto hasta la morbosidad. Es absurdo el desconocimiento de su valiosa obra literaria. Su lid ha sido siempre con la cultura, con el arte. Desde la página literaria de un periódico capitalino, donde trabaja desde hace un cuarto de siglo, ha podido y ha querido estimular a la juventud literaria del país, publicando los primeros poemas o impulsando con amables frases de aliento. Su elegía «Viento Negro» rebasó las fronteras de la patria, por su riqueza idiomática y por sus hondas imágenes. Con este poema logró sentar un precedente en el mustio panorama de las letras nacionales. De que es un gran trabajador intelectual son pruebas elocuentes sus obras en prosa y en verso. Su prosa vigorosa y coruscante contrasta fuertemente con su poesía, en la que laten una cultivada ternura y una secreta quejumbre. Se puede afirmar que su prosa es extravertida, va de dentro hacia afuera, en tanto que su poesía es intravertida, para adentro.

Obras en verso:

Viento Negro.—Guatemala, 1938.

Figuras en la arena.—Guatemala, 1941.

Tonatiuh.—Guatemala, 1941.

En el lecho de Procusto.—Guatemala, 1945.

En prosa:

Sor Candelaria.—Guatemala, 1918.

Alba Emérita (Novela).—Guatemala, 1920.

Antigua.—Guatemala, 1921.

Sor Candelaria.—Guatemala, 1924.

La divina patoja.—Guatemala, 1926.

Tú no sirves y La vida enferma.—Guatemala, 1926.
 Un hombre solo.—Guatemala, 1932.
 Flavio Guillén, maestro cordial.—Guatemala, 1934.
 Itinerario de Ramón Aceña Durán.—Guatemala, 1936.
 No repitamos a Europa, americanos.—Guatemala.
 Paulita (noveleta).—Guatemala, 1939.
 Irradiación cultural del arzobispado.—Guatemala, 1940.
 Diario de un aprendiz de cínico.—Guatemala, 1945.
 Rafael Arévalo Martínez en su tiempo y en su poesía.—
 Guatemala, 1946.
 Itinerario de Ramón Aceña Durán.—Guatemala, 1946.
 La Finca (monografía sentimental).—Guatemala, 1946.
 Tras las huellas de Juan Diéguez.—Guatemala, 1947.

LUIS CARDOZA Y ARAGON (1904). — Su fama es internacional y es justa. Adolescente aún dejó su país natal para marcharse a Europa, y regresar veinte años después—hijo prodigo contradictorio—colmado de dones y rico de experiencias humanas y literarias. Por su postura clara, definida, como hombre y como artista, está considerado como el más alto y limpio valor de Guatemala, en la actualidad. Su poesía es jugosa y profunda. Sus ensayos sobre pintura mexicana contemporánea y sobre otros aspectos de este país, han satisfecho la crítica más exigente y le han dado consistente renombre. Su prosa es afilada, honda, clarividente. Profesa un credo panteísta que le da un amplio pero vertical sentido del mundo.

Obras en verso:

Luna Park.—París, 1923.

Maelstrom.—París, 1926.

El sonámbulo.—México, 1937.

Poemas de Luis Cardoza y Aragón. (Homenaje de los intelectuales colombianos).—Colombia, 1948.

Poesía.—México, 1948,

En prosa:

Torre de Babel.—La Habana, Cuba, 1930.

Fez, la ciudad santa de los árabes.

Orozco.—Editorial Losada, Buenos Aires, 1943.

Carlos Mérida.—Editorial La Gaceta Literaria, Madrid.

La Nube y el Reloj (Pintura Mexicana Contemporánea),
—México, 1940.

Apolo y Coatlicue.—México, 1944.

Retorno al Futuro.—México, 1948.

Pequeña Sinfonía del Nuevo Mundo.—Guatemala, 1948.

FRANCISCO FIGUEROA (1902). — Poesía depurada, lirismo subjetivo, motivos de extremada delicadeza, hacen de Francisco Figueroa uno de los mejores poetas de Guatemala. Naturalmente es desconocido en el exterior, donde su nombre ya debería andar entre los Carrera Andrade, los Bernárdez y los Albertis que hay en el mundo. Esa ausencia de Figueroa se debe, a mi entender, a tres puntos: a) la escasez, la parquedad de su obra; b) la tímida modestia del autor; y c)—el principal—el poco celo de las anteriores administraciones gubernativas para con los valores literarios e intelectuales. Hasta ahora, Francisco, sólo ha publicado dos ediciones de volúmenes exquisitos en reducidos tirajes. Sus trabajos poéticos son ejemplos de purismo del lenguaje, de redondez lírica; tales esplendores no son superficiales, provienen de la hondura, de la emoción; son derramada poesía.

Obras:

Poesía.—Guatemala, 1936.

Alegría.—Guatemala, 1938.

FRANCISCO MENDEZ (1908).—Su poesía es caudalosa, torrencial. Es considerado como uno de los mejores poetas guatemaltecos, en camino de alcanzar celebridad continental. Sus versos son cascadas de imágenes, sumamente nuevas y originales, que golpean suavemente la mente del lector. La tónica es, con frecuencia, el vigor de la americanidad. Su temperamento, aparentemente calmo y tranquilo, derrama, como los aguaceros tropicales sobre los valles abiertos, sobre las llanuras interminables, sobre las cordilleras infinitas, sus pesadas lluvias, sus grandes racimos de apretadas gotas, de donde se levanta, como un halo, una poesía densa, fosforescente, que poco a poco se va tornando clara y apacible como la primera mañana del mundo. Ultimamente se ha entregado de lleno a la labor dominadora y áspera del periodis-

mo. Como cuando se inició, asombrara a los círculos literarios del país por la profundidad con que dragó las casi muertas aguas de la poesía del medio, no es aventurado predecir que alguna vez, de un momento a otro, liberado de sus pesadas, rutinarias tareas actuales, acometa nuevamente con su vigor poético y sorprenda al mundo con obra definitiva.

Obras:

Los dedos en el barro.—Guatemala, 1935.

La vida de Artemio Lorenzo.—Guatemala.

Romances de Tierras Verdes (En colaboración con A. Morales Nadler).—Guatemala, 1938.

OSCAR MIRON ALVAREZ (1911-1938). — Poeta de contenido nuevo y de canto inusitado. Renovó (al igual que el anterior), la lírica guatemalteca, trabajando temas nativos en forma novedosa, libre, rítmica. Sus poemas contienen una exquisita resonancia a tono con un sereno paganismo que tiene raíces en el Popol-vuh. Su temprana muerte significó en las letras nacionales una crecida y lamentada pérdida. Estaba destinado a hacer escuela. Sus obras, aún no editadas en la forma que merecen, le conducen a la eternidad, sitio que le corresponde por derecho propio, ya que—indudablemente—era un elegido de los dioses.

Obras en verso:

El canto de la sangre.—Guatemala, 1933.

Amanecida.—Guatemala, 1936.

ALBERTO VELAZQUEZ (1891).—Alto poeta cuya entrega a la fantástica cueva de Montesinos de la poesía, es cierta, leal, jamás desmentida. Ha sido combatido por los jóvenes que, en natural afán iconoclasta, arremeten siempre contra los cielos, aunque con poco examen y sin ningún detenimiento. Su poesía tiende a un neoclasicismo puro, en el que abundan las imágenes claras y definitivas, y no escasean los donaires del idioma. Por causas que no me son conocidas se ha resistido siempre a publicar nada en forma de libro. Su obra se empolvó en los archivos entre las páginas poco menos que muertas de periódicos, revistas y álbumes. Triste destino para poesía tan hermosa.

CARLOS WYLD OSPINA (1891).—Se ha distinguido como poeta elegante y novelista apasionado. En su poesía y en su novela hay preocupación por ahondar temas nativos, empresa que siempre ha logrado con buen éxito. Con igual fortuna ha cultivado el cuento regional. Varios de sus libros han sido vertidos al inglés, al alemán, al japonés. Es una de las más arrogantes voces en la literatura guatemalteca.

Obras en verso:

Las dádivas simples.—Quezaltenango, 1921.

En prosa:

El solar de los Gonzaga.—Guatemala, 1924.

El autócrata, ensayo político social.—Guatemala, 1929.

La tierra de las nahuyacas.—Guatemala, 1933.

La gringa.—Guatemala, 1935.

Trópico.—Guatemala (sin fecha).

Pranke und Schwinge.—Berlín, Alemania.

México, D. F., agosto de 1948.

ENCUESTA

- I—¿Qué acontecimiento influyó más en la cultura centroamericana durante la época de la Colonia?*
- II—¿Considera usted, siguiendo la tesis de Luis Alberto Sánchez, que América es una novela sin novelistas?*
- III—En caso de afirmar que hay novela americana, ¿se ha cultivado con buen éxito este género en Centro América?*
- IV—¿Qué influencia concede usted al Modernismo en la Poesía de hoy?*
- V—¿Qué valor da al Surrealismo en la creación artística de los últimos tiempos?*
- VI—¿A quién considera usted como el poeta representativo de América?*
- VII—¿Quién es su autor favorito?*
- VIII—De las obras literarias que usted ha realizado, ¿cuál considera mejor?*
- IX—¿Qué rumbo cree usted que tomará la poesía en el futuro?*
- X—¿Qué opina de la pintura cultivada en Centro América actualmente?*

RESPONDE:

LUIS GALLEGOS VALDES

I—Mejor diría yo qué acontecimientos, porque hay más de uno cuya benéfica influencia se dejó sentir en esa época. En mi opinión se destacan, como los más importantes, los siguientes:

a)—La introducción del primer taller de imprenta por fray Payo Enríquez de Rivera, en 1660. Lo hizo traer de México, así como también al impresor Pineda Ibarra. Años antes, en 1641, Juan de Dios del Cid, oriundo de San Salvador, realizó el primer ensayo tipográfico en el reino de Guatemala, al publicar «El Puntero apuntado con apuntes breves», breve tratado sobre el añil. El mismo fabricó los caracteres de la imprenta y la prensa en que debía tirar los moldes, supliendo, de este modo, la falta absoluta de talleres tipográficos.

b)—La catequización de los indios por los frailes de todas las órdenes religiosas desde muy a principios de la colonización. Esto trajo, como consecuencia, el estudio continuo y hondo de los dialectos y lenguas centroamericanas.

c)—La reaparición de «La Gaceta» en 1794. La primera, llamada «Gazeta de Goathemala», apareció en la Antigua, capital entonces del reino, en 1729, redactada por sacerdotes, pero dos años después dejó de publicarse por falta de suscriptores. La segunda apareció el citado año de 1794. Insertó trabajos literarios,

históricos, geográficos y estadísticos. Contaba, entre sus redactores, a Liendo y Goicoechea. Mensual en un principio, luego semanal. Muy combatida por publicar artículos sobre libre comercio, poner reparos a la oratoria sagrada y abogar por el estudio de las Leyes de Indias y las de Castilla en vez del Derecho Romano y por la proscripción del latín en la Universidad.

d)—La publicación de la «*Rusticatio Mexicana*» del Padre jesuita guatemalteco Rafael Landívar, proscrito en Italia. Salió a la luz, primero en Módena (1781) y luego fué reimpresa en Boloña, más completa y corregida, el año siguiente. En la *Rusticatio* se describe, por primera vez, con auténtica emoción centroamericana, nuestra flora y fauna y algunas de nuestras costumbres de aquel tiempo. Y

e)—La fundación de la Sociedad Económica (1795) a iniciativa de Jacobo de Villaurrutia, Liendo y Goicoechea y otros vecinos de Guatemala. Estimuló la mineralogía, las letras, las industrias, la agricultura y, en particular, el cultivo del cacao y del algodón. Organizó exposiciones y concursos. Abrió biblioteca, academia de pintura y de escultura, escuela de grabado y dibujo, escuela de matemáticas y un Museo de historia natural. Se preocupó por la organización de los gremios obreros y su mejoramiento y por la instrucción popular.

II—La novela es signo de madurez y civilización, y aunque el espíritu americano madura a ojos vistas, aún falta mucho para que llegue al colmo de su desarrollo. La gran novela aparecerá cuando nuestras sociedades alcancen su plenitud, y este tiempo está muy lejano todavía. Por el momento, el cuento y la poesía lírica son los géneros cultivados con más éxito y asiduidad en la América Hispana.

Sin embargo, en los Estados Unidos hay ya una novela netamente norteamericana; los nombres de Dreisser, Sinclair Lewis, John Dos Passos, Hemingway, Faulkner, Steinbeck, Cadwell, son buena prueba de ello. Asimismo Argentina, Brasil, Chile, México y Colombia cuentan con buenos novelistas; en todos estos países apunta ya una novela también netamente hispanoamericana.

En la novela hispanoamericana aparecida hasta hoy, casi siempre la naturaleza predomina sobre el hombre. La selva y la llanura en la «*Vorágine*», el llano en «*Doña Bárbara*», la pampa en «*Don Segundo Sombra*».

Aunque el tema—América—es vasto y está poco explotado, me parece exagerada la tesis del crítico peruano. En América contamos ya con buenos novelistas. Y hay que señalar una tendencia, en la novela del Continente, hacia los problemas sociales.

III—La novela es, por desgracia, un género literario escasamente cultivado en Centro América. Por lo que respecta a El Salvador, el campo novelístico es casi yermo. Algún que otro ensayo, nada más. Como novela de costumbre de principios de siglo, recuerdo «Cloto» de Abraham Ramírez Peña, publicada por la Editorial Sopena, pero no puedo emitir opinión sobre el valor artístico de dicha novela, por no haberla leído. Otra novela, «El Indio Juan», de José Leiva, posee animación, estilo suelto y castizo y fina observación. «El Cristo Negro», de Salarrué, imaginativa y grata, debe mencionarse. Miguel Ángel Espino con «Hombres contra la Muerte» se incorpora a la novelística americana.

Es curioso que no se haya cultivado la «nouvelle» o novela corta, género que gusta mucho a los franceses, que ha tenido sus buenos cultivadores en España y que en Inglaterra es una forma de arte bastante nueva, la cual, después de la última guerra, según un crítico inglés, presenta robusta exuberancia. La novela corta, de introducirse en Centro América, si bien no supliría la falta de una novela netamente centroamericana, podría, al menos, ser explotada, ya que la materia prima—caracteres, ambiente, paisajes—, no escasea.

En Guatemala han cultivado la novela regionalista: Carlos Wyld Ospina en «La Gringa», Flavio Herrera en «El Tigre» y «La Tempestad» y Mario Monteforte Toledo en «Anaité» y «Entre la Piedra y la Cruz». Pero, realmente, en Centro América, los novelistas se pueden contar con los dedos de una sola mano, indicio evidente del descuido de los escritores, o de su pereza, que han dejado baldío un campo del cual hubieran podido obtener buenas cosechas.

El papel del novelista en Centro América sería de lo más importante, ya que él, además de una obra artística, tendría que realizar una obra de saneamiento ético y social, al poner de relieve muchas injusticias del medio y satirizar al arribista sin escrúpulos surgido en estos últimos tiempos y al nuevo rico; al pillo profesional, al político ganguero y miope; en fin, que en el nove-

lista, el escritor, el creador de belleza, inevitablemente—por obra del medio nuestro en un estado sociológico todavía no muy desarrollado culturalmente—tendría que estar supeditado al pensador y al reformador social

El novelista en Centro América tendría, asimismo, por misión, analizar los complejos psicológicos de nuestras clases sociales, esclarecerlos y, además, ridiculizar prejuicios e hincar con mano firme el bisturí de su crítica y de su sátira, con saludable propósito, en el cuerpo de la sociedad entera.

IV—Ninguna. Hace tres años murió uno de los últimos representativos del modernismo: Guillermo Valencia. Murió como casi todos los modernistas: en su torre de marfil, orgulloso y señero. Unos pocos años antes de morir Valencia, la había emprendido contra él Eduardo Carranza, joven poeta, uno de los fundadores del grupo «Piedra y Cielo» que tanto alboroto produjo un tiempo en Colombia. Carranza le enrostró el cargo de «poeta retórico».

Empero, si alguno de los modernistas se prodigó menos, fué Valencia. Su producción es, en efecto, escasa. Uno o dos libros forman su bagaje. Y entreverada con la labor original, va mucha labor de traducción en la que sobresalió. Castigó con rigor su estro. Pero, claro, su estética no era, no podía ser la misma que la de Carranza, poeta surgido bajo el signo de la vanguardia. Traigo a cuento el caso de Valencia, porque muestra la reacción de los poetas vanguardistas frente al modernismo, representado, en este caso, por Valencia.

En Centro América la actitud de Froilán Turcios merece citarse como típica de incompreensión modernista frente a las nuevas tendencias. Es sabido que Turcios nunca dió cabida en su revista «Ariel» (¡cuán modernista y rodoniano el título!) a nada que tuviese que ver con los movimientos artísticos posteriores a la primera guerra. Menciono el caso de Turcios porque, a su vez, muestra la reacción del escritor modernista ante el vanguardismo o lo que él creía ser el vanguardismo.

Así, pues, el modernismo, distante de nosotros (a muchos años de poesía), ha perdido, en mi concepto, toda su fuerza. Hoy se le considera como una evolución necesaria en la poesía de lengua castellana, iniciada aquí en Centro América por don Francis-

co Gavidia y Rubén Darío, en 1882, con la incorporación del alejandrino francés a la métrica española.

Sin embargo, es menester subrayar que aún en vísperas de la primera guerra mundial, vivo todavía Rubén, el modernismo había llegado ya, o estaba llegando, a su ocaso. En España el modernismo fué una moda que pasó pronto, más pronto que en América, su cuna, como lo ha demostrado Pedro Salinas. Los poetas españoles supieron desprenderse, más fácilmente que los poetas hispanoamericanos, de la influencia de Rubén. En América, el rubendarismo, postrera forma asumida por el modernismo, sobrevivió en algunos de nuestros países hasta 1920 e incluso unos años más. La correntada del vanguardismo lo ahogó del todo. Pero, por una paradoja, su creador y representativo máximo, Rubén Darío, comenzó a brillar puro y solo, desde entonces, como un astro en el cielo de la poesía, mientras que sus rezagados imitadores se hundían en el olvido y en el fracaso.

Prototipo del modernista ágil, evolucionado y sereno, con la serenidad sabia del buho, es don Enrique González Martínez, el poeta de México, cuya poesía, alta y depurada, tiende visiblemente a una integración con el cosmos, a un panteísmo esencial. El, y sobre todo don Alfonso Reyes, han realizado, con sus vidas y con sus obras, la síntesis del modernismo en un humanismo sano y equilibrador.

V—Un gran valor, sobre todo en la pintura y en la escultura. Puede decirse que el «surrealisme» o super-realismo ha renovado grandes zonas del arte contemporáneo.

Los autores del primer «Manifiesto Surrealista» (1924), Louis Aragon y Andrés Bretón, si no han renegado de él (es el caso del segundo frente al primero), se han apartado bastante del surrealismo en sus creaciones de estos últimos años. El surrealismo provoca siempre apasionadas discusiones, como la que se produjo no hace mucho tiempo en la prensa norteamericana, y encuentra siempre adversarios contumaces como defensores espontáneos. Bretón, como lo señalaba recientemente Roger Bastide, ha abandonado el materialismo histórico, el marxismo, para volverse hacia una filosofía espiritualista, hacia una poesía del acontecimiento(?). El surrealismo, agrega Bastide, termina en una moral y en una sociología ética, se concreta en un socialismo religioso. En cuanto a

Louis Arágon, éste abandonó hace tiempo el surrealismo para abrazar la causa stalinista.

La novedad del surrealismo consistió en proclamar los derechos de la imaginación y del sueño sobre la realidad circundante. Dando libre curso al subconsciente y a la imaginación, los surrealistas, cual nuevos argonautas, se encaminaron a la conquista de inexplorados territorios psíquicos, llevando, como guía, «La interpretación de los Sueños», del profesor Freud.

En Sur América, en ciertos medios poéticos, el surrealismo está aún en moda. Para Pablo de Rokha, todos, absolutamente todos los poetas de la juventud americana, «partieron del surrealismo, están dentro de él, o lo superaron, superando sus propios límites». El poeta chileno tiene fe en el surrealismo, lo considera vigente, actuante. Sin embargo, malo que hable de la «retórica surrealista». Cuando comienza a hablarse de la retórica de un movimiento tan libérrimo como el surrealismo, señal de que éste ha empezado a entrar en su fase de endurecimiento.

Con todo, mi opinión es que el surrealismo ha prestado un gran servicio al arte contemporáneo, al proclamar los derechos de la imaginación y del sueño frente a la realidad cotidiana y limitadora. La tendencia hacia lo extra-real, difundida en todo el arte actual, a él se debe.

VI—Difícil decirlo. Me zumban en los oídos algunos nombres: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, González Martínez. Puesto a escoger, sin embargo, me quedo con Porfirio Barba Jacob: El poseyó dulzura y arrebató y escribió con sangre de sus propias venas. Tuvo un místico estremecimiento ante la terrible paradoja de la vida y la complejidad de un mundo inaprehensible. Quiso comprender la vida desde la vida misma. Porfirio Barba Jacob es el hombre atravesado por los siete dolores primarios; el hombre puesto en cruz hacia los cuatro puntos cardinales del espíritu.

VII—Todos y ninguno—como contesta un personaje de Azorín a la misma pregunta. El favoritismo literario no debe existir. Nos gustan unos autores porque tal vez no hemos conocido otros que nos ofrecerían el mismo concentrado zumo. En la adolescencia «nos enamoramos»—como dice Lin Yutang—de algunos autores y no queremos leer sino esos. Luego la vida irrumpe, inundando las amables veredas sentimentales, los sotos

discretos, los parajes umbríos. De lo exclusivamente literario saltamos a las cosas en torno con ansia de abarcarlas en una mirada. Y va dejando de interesarnos, como nos dicen los autores las cosas (manera, estilo, acento), interesándonos, en cambio, por lo que nos dicen. Las ideas generales nos parecen un comodín feamente racionalista ante la complejidad de la vida. La filosofía se nos mete por los ojos, aunque no lo queramos. Pero hay que llevar la mirada adelante a otras reiteraciones, a otras cosas, a otras preocupaciones. Y de pronto ya no es la mirada curiosa lo que va delante, sino el ser entero en busca de su propia afirmación o de su negación rotunda. Y entonces los autores, después de este pequeño drama intelectual y humano, ya casi han dejado de interesarnos como tales, con sus ideas prestadas u originales. Y nos debatimos con el deseo punzante, pero imposible para nuestras flacas fuerzas, de encontrar por ahí la sistematización de todo lo que se ha pensado y se ha dicho. Conato de reflexión en el hombre que se encamina a la madurez; momento en que la literatura casi parece un juego.

VIII—Lo digo sin modestia: yo no he realizado hasta hoy obra literaria alguna. Mi iniciación en las letras es de lo más «prosaico» que darse pueda. Mi instrumento, si no tosco, no incita a la admiración. es el simple, simplísimo artículo de periódico; pero con él me expreso a gusto, y esto me basta. Mi labor es todavía de tanteo y algo fragmentaria. Me gusta el ensayo, pero advierto sus riesgos, exigencias y dificultades.

IX—No lo sé. De acuerdo con León-Felipe creo, sin embargo, que se encaminará a la conquista del Hombre. La poesía no será ni revolucionaria ni política, ni nada limitador. Será Poesía y nada más que Poesía. Quién sabe, en realidad, lo que devendrá la Poesía. Acaso sera el último refugio del Hombre, de la conciencia y del espíritu del Hombre, en un mundo cada vez más mecanizado, donde el peso de todo un sistema económico brutal e inexorable, angustia y oprime al hombre consciente de nuestro tiempo.

X—Al contestar esta pregunta debo advertir que no soy crítico de arte y que, por lo tanto, la opinión que se me pide la contesto desde un ángulo muy personal y sujeto a rectificaciones. Me limitaré a El Salvador. Cada año egresan, de la Academia de Valero Lecha, algunos muchachos que, terminados sus estu-

dios bajo la mirada severa pero bondadosa de aquél, salen a forjarse afuera una personalidad, llevando un buen acopio de enseñanza puramente académica. De la Academia de Lecha han salido pintores como Noé Canjura, Raúl Elas Reyes, Elisa Huevo Paredes, Julia Díaz, Violeta Bonilla. Aunque jóvenes, todos ellos han definido ya sus respectivas personalidades. Canjura es mesurado y hondo y ha vuelto de México con cuadros en que ensaya diversas modalidades. Elas Reyes estudia actualmente allá; es inquieto y posee ambición y es, además, el pintor del mar. De los dos, él es el más realista. Elisa, en cambio, extrae casi todos sus motivos de su imaginación; hace, a veces, una pintura demasiado literaria y tiene aciertos como retratista. Julia Díaz se dedica también al retrato, pero su pintura, si bien correcta, encuentro que está falta de emoción; actualmente vive en París. Violeta Bonilla ha sabido sacudirse a tiempo las recetas del arte académico y posee mucha sensibilidad. De la Escuela Nacional de Artes Gráficas han salido también buenos pintores. Bajo la dirección de Luis Alfredo Cáceres, artista y pintor de vanguardia, han podido conocer, desde temprano, las inquietudes de la pintura nueva. Cáceres es anti-académico y permite el libre juego de la personalidad de sus discípulos. Carlos Augusto Cañas, Luis Angel Salinas y Camilo Minero, han hecho sus estudios en la Escuela Nacional de Artes Gráficas. Cada uno de ellos se busca a sí mismo. Cañas, reconcentrado, está poseído por su propio fuego interior. Salinas es de los poquísimos pintores surrealistas que hay en el país. Minero enmarca su sensibilidad dentro del paisaje, con interpretaciones personales, a veces un tanto decorativas; el color amarillo predomina en sus cuadros. Todos estos muchachos, tanto los egresados de la Academia de Lecha como los egresados de la Escuela de Artes Gráficas, trabajan constantemente y pueden considerarse como representativos de la pintura joven de El Salvador.

ESPEJO DE TRES LUNAS

Por Alberto Gueira Trigueros.

LUNA MATUTINA

Desde el diáfano cristal de la campana celeste, tañe el azul inmensamente. Al leve impulso de la brisa mañanera, flota—liviana pompa de jabón—una luna de perla. Y tiemblan, apenas sonoras, las cuerdas eólicas del alma.

Alma, cielo, brisa, luna: doncellez de las cosas. Transparencia fugaz en que, por un momento, se sumerge el cuerpo cansado, la mente árida, todo el triste espíritu del hombre. Doncellez de las cosas, doncellez de las almas

¿Por qué no perduras siempre, dulce diafanidad fugitiva?

¿Por qué ha de enturbiarse tan pronto la traslúcida claridad de la Celeste Campana? ¿Por qué tan fácilmente se opaca el suave y límpido tañido eólico; el séptuple arcoiris melódico que a veces—¡tan rara vez!—sirve de puente sonoro para que los dioses desciendan a la tierra, para que los hombres se eleven hasta el cielo?

¿Y por qué no ha de romper al fin sus amarras la leve barquilla del alma; e irse flotando alegre, clara, siempre, siempre, al vuelo de la brisa; como flota en la mañana azul—pompa de jabón color de perla—ese tenue fantasma, casi un recuerdo, de la luna?

LUNA DE MEDIANOCHE

Penetrando durante mi sueño por la ventana abierta, la tibia y mansa luna de medianoche ha tendido hasta mi cama una ancha senda de plateado silencio, y ha transfigurado misteriosamente la angosta y oscura habitación con su mágica penumbra azul.

Y no he podido, al despertar así bajo la luna, reconocer del todo mi aposento. Algo ha cambiado en derredor, algo también dentro de mí. El hechizo astral de la Hécate antigua llena mi mente de vapores litúrgicos y trastorna mi visión del mundo. Todos los contrastes parecen marcarse más violentamente, como en los grabados al agua fuerte: las sombras en torno a los objetos son ahora más densas; más claras sobre ellos las mediaslucos, más tenues y vaporosas, casi fosforescentes. Allá, en el remoto y empañado fondo de un espejo, percibo, apenas, mi propia imagen, nebulosa y espectral.

En la fantasmagórica quietud lunar, diríase que he despertado a una vida más alta y más intensa, a la auténtica vida real. Estoy, por fin, despierto, en mitad de los sueños. Por el ancho río galáctico de la luna, viene flotando hasta mí todo un universo estelar de seres y monstruos infrahumanos, ultrahumanos. Seres que son ahora para mí los únicos verdaderos, los de la fábula, el mito y la leyenda: genios, hadas, gnomos, elfos, trolls; héroes, cíclopes, titanes, semidioses; sirenas y gorgonas; salamandras, quimeras y dragones; hipógrifos y unicornios y centauros.....

Todo ello bormigüea y pulula en la pequeña alcoba sombría, que ahora parece agrandarse a dimensiones cósmicas, uránicas. Y todo esto es lo único real. Y entre tanto lo otro, todo lo demás que a la cruda luz del día conciben normalmente los hombres como realidad concreta—economía, sociología, diplomacia, política, guerras entre hermanos y conferencias de paz—, todo eso aparece ahora ridículo, supremamente absurda. Todo eso resulta, bajo la luz de la luna, inverosímil, imposible, inconcebible. Cosa de locura y pesadilla: una «realidad» para dementes..... Pero todo eso está ya tan increíblemente lejos—a una distancia de galaxias y años=luz—, que en verdad ya nada importa, nada queda

ya de todo aquello. ¿Merecerá llamarse «realidad» aquel sueño insensato, aquel vesánico delirio, aquella pesadilla diurna y cotidiana ¡y tan serial!; haciendo a un lado esta otra realidad auténtica; todo este maravilloso mundo en que ahora vivo bajo la magia de la luna?

No, yo he despertado esta noche a la verdadera Vida. Y estoy despierto, por fin, en medio de los sueños.

De hoy en adelante dejaré abierta siempre mi ventana hacia la noche, hacia la luna. Y todos los hombres deberíamos siempre abrir de par en par siquiera esa ventana hacia el misterio. Una Ventana por donde pueda, cuando ella así lo quiera, penetrar ampliamente la tibia y mansa Luna de Medianoche, transfigurando e ilimitando con su mágica penumbra la cerrada y oscura habitación de nuestras vidas, y vertiendo sobre nuestra inquietud un ancho río de azulado silencio.

LUNA DE LA TARDE

La luna de oro blanco, ídolo azteca desflechado en plumón de oro encendido, ha surgido ya, en plena tarde, sobre el *teocalli* del Cerro ensangrentado de sol.

Estas lunas de media-tarde guardan para el soñador un inefable e irresistible encanto. El hechizo quizá de todo lo tierno y frágil, de lo heroicamente prematuro y precario, frente a la poderosa luminaria del sol. El sortilegio, por lo mismo, de la confianza y el secreto: de aquello reservado a unos pocos elegidos que aún tienen ojos y corazón para apreciar siquiera, en pleno día, la ascensión de la luna. Y el atractivo, por último, de ese combate desigual y siempre renovado entre la luna y el sol, contienda en que, a pesar de todo, anticipamos fatalmente la irremediable caída del fuerte y la victoria del más débil. Porque sabemos que de esa pálida semilla de luna, de ese incipiente brote, de ese germen de luna vespertina, ha de ir desenvolviéndose más tarde, ramificándose y floreciendo finalmente, todo el inmenso follaje lunar que allá, a la media noche, habrá de cobijar el mundo entero bajo su nevada y callada floración.

Y por eso en la luna de la tarde, como en la jovenzuela aun en agraz, lo que en verdad nos inquieta es el presentimiento del futuro, del destino y quizá de la Némesis, en el eterno Presente: la irrevocable promesa de un porvenir enigmático, pero ineludible y cierto, que a todos nos transfigura momentáneamente en dioses, árbitros de la vida y de la muerte.

De ahí su majestad y su misterio. De ahí ese virginal hieratismo, esa estilizada rigidez que comparte la luna con la doncella apenas núbil de las esculturas arcaicas. Y de ahí su universal deificación en todas las épocas, razas y culturas, bajo las más diversas advocaciones femeninas. Porque en las deidades lunares y en sus simbólicos atributos, diríase que acecha siempre—como en la virgen inmadura—esa inexplicable fascinación de lo agorero, del vaticinio litúrgico, del presagio a menudo ominoso y terrible. Algo que en vano buscaríamos en otras representaciones divinas de la Mujer: en las diosas adultas, armoniosas y perfectas de la Sabiduría, del Hogar, del Mar o de la Tierra; ni siquiera en la Diosa por excelencia, la del Amor y la Hermosura. Pero algo, en cambio, que nos sobrecoje de sagrado respeto ante el Arco de Artemis o Diana cazadora, ante el Doble Cuerno de Isis o de Hécate la Triple, ante la liviana y comba Navecilla de Isthara, ante el pulido Espejo de Astaroth; y aún ante el escabel semilunar sobre el que asienta su planta nuestra propia Virgen-Madre coronada de estrellas.

Todo esto, que rara vez se alcanza a concebir y meditar bajo la luna perfecta y madura de la noche, sugiérelo al visionario la tenue luna de la media-tarde, esa luna en agraz, esa leve luna de perla y muselina: la Virgen arcaica con su faz de oro blanco desflecada en pluma de oro encendido, allá sobre el gran *teocalli* del Cerro ensangrentado de sol. Y una vez más, en el redondo espejo de la luna, he visto asomar por un momento la antigua, la inmemorial imagen, tantas veces allí reflejada bajo distintos nombres, en el curso de los milenios. La misma nebulosa Faz, única y múltiple, de la divina doncella humana. El grave rostro hierático de la Doncella Eterna, de la enigmática Diosa Virginal.

DE CORAZON DIFICIL

(De MI MEMORIA DE HOY)

Por Ángel Martínez.

A Trigueros de León:

Le mando una página de MI MEMORIA DE HOY. Con el pensamiento en El Salvador hacia el que me dirijo.

Porque ya sólo escribo MI MEMORIA DE HOY. MI MEMORIA DE HOY son *recuerdos del presente*. Pura eternidad. Sin memoria. Presente todo.

En ella me he concentrado. En ella habito como si estuviera ya —sin memoria— en la eternidad a que aspiro.

Y en ella busco —eterno buscador— mi *Insula non Fallada*. Todo lo que pensaba hacer —lo que yo llamaba primero mis trabajos y luego mis descansos— me interesa ya sólo como materia de esa MEMORIA.

Materia de ella veo ahora que es *Mi Segundo Viaje al Río*, en el que, sin saberlo, buscaba yo, lo mismo que los que lo hallaron y lo cruzaron, el *Estrecho Dudoso*—estrecho que se abre a los dos grandes mares—lo mismo en la tierra que en el cielo—, que es el que une esos dos grandes mares y que llevándonos siempre al mar, no puede parar sino en aquella misma *Isla no Hallada*.

(Toda mi obra poética—obra de creación—, la dispersa y que no juntaré nunca y la recogida, todavía un poco en fárrago,

da claramente ese viaje mío hacia el *Estrecho Dudoso* y por él a la *Isla no Hallada* y en ésta ya, el final de la *Palabra*—la Palabra que seré yo mismo en *El Cantar Nuevo: Por el Mar se va al Río; Río hasta el Fin; Y después de este Río: Ultramar*. Esa es mi obra poética ya hecha—poetizada—. Y el final de ella —que es materia también de *Mi Memoria de Hoy*, el último libro que sólo he de terminar en plena eternidad, mi *Ultracielo*, con su *Informe*, con *Las Formas de la Vida* y—final de todo—*Revelación*, todo—yo y mi canto—acabado en *La Palabra*).

Todo es ya hoy materia de *Mi Memoria de Hoy* —recuerdos del presente—. Y de ella le mando esta página del *corazón difícil*, dudoso, en un estrecho del *Estrecho Dudoso*, por lo que ya sabe que no deja y por lo que todavía no sabe que va a hallar. Y de camino siempre a la *Isla no Hallada*.

No hallada, pero cierta. Y cierto también de que en el camino hallará en todas partes corazones.

El corazón difícil. Dice que es difícil entender el movimiento del corazón. Yo me lo he visto y desde entonces sé menos de sus movimientos. Tenía toda la vulgaridad de cualquier corazón de mamífero. Tan sin sentido me lo ví, que me dormí mirándolo, sin duda por no ver lo que materialmente veía, y seguir viendo en él lo que siempre había de él creído.

El corazón difícil. Seguramente se refería no a ese corazón que yo me ví, sino al otro que veo siempre, aquel que profundamente nos decía: —«El que quiera corazones que los haga». De estos corazones que sólo el que los hace puede tenerlos, es difícil, sin duda, saber el movimiento. Sólo el que tiene poder para hacerlos, tendrá saber para comprenderlos.

Aun del movimiento del otro, del corazón material, se maravillaron tanto los primeros que lo descubrieron, que a sólo Dios creyeron capaz de penetrarlo. Con ingenuidad de poeta y satisfacción de científico experimentador, dice W. Harvey en la primera página del primer tratado metódico experimental de la circulación de la sangre (*De Motu Cordis et Sanguinis*). «En mis experiencias continuas, hallé que es ésta una cuestión espinosa y llena de dificultades; de modo que casi llegué a pensar (con Fracastorio) que el movimiento del corazón a sólo Dios le ha sido posible conocerlo».

De corazón difícil:

Quién no será de corazón difícil
A su propia mirada.
Late y late. Y jamás sabremos cierto
Si se despide o llama,
Si llora hacia el futuro
O hacia el pasado canta,
Si ya odia lo que amaba o todavía
Lo que creyó odiar ama.

De corazón difícil

Si se despide o llama

Inconscientemente me aílo del pensamiento de la partida.
¿Voy o vengo? Este mismo revisar libros que dejo para siempre,
este mismo romper y romper papeles— no los rompo, porque es
doloroso siempre el desgarrar y desgarrarse, sino los arrugo y los
tiro al montón que se va haciendo monte y amenaza ahogarme en
el cuarto— todo eso que empieza por ser tormento y desgarramiento
—aunque nada desgarre o de nada en concreto me desgarre—
acaba por absorberme en lo que estoy haciendo y hacerme olvidar
de que lo hago para marcharme. Acabo de llegar. Pero ¿me
voy o vengo? Esta vida con que lo hago todo

—Esta preparación que es despedida
Y todo como siempre: andar y andar
Con la ilusión de descansar un día
En que ya no haya día y tenga el tiempo
Su eternidad cumplida—

esta vida con que lo hago todo me liberta del pensamiento doloroso de que eso es morir a lo que fué mi vida.

Y como inconscientemente me aílo, inconscientemente voy buscando pensamientos que me consuelen. Ahora vino a consolarme este pensamiento: En todas partes encontrarás hombres y en todas partes los hombres tendrán alma. (Aunque muchas veces ni en los efectos se les salga el alma hacia ti). Y aunque sea tan difícil entender el movimiento del corazón, en todas

partes hallarás corazones que se muevan. Y que se muevan con el mismo ritmo que el tuyo, hacia el latido exacto de un corazón único. Del corazón difícil.

El fin vuelve al principio. Por eso no sabemos si vamos o venimos. Vamos siempre al principio y venimos del fin a donde vamos. Peregrinos del ansia conocida y de la angustia por lo que ignoramos. Término del estrecho dudoso la Isla no encontrada. Pero el creer —saber— que existe ya es habitar en ella. Me habita su esperanza y yo habito su presente en mi futuro, por mi *Memoria de Hoy* en la que ya soy todo.

Esa es mi ciencia actual como poeta, en la que el sacerdote y el hombre se hacen uno con él.

Puede haber accidentes de momento que en instantes dados parecen turbar toda la sustancia y sacar el ser de lo que esencialmente es y ponerlo en lo que no es esencialmente —espacio, tiempo, circunstancia—; pero son sólo accidentes. Duran solamente hasta que el verdadero ser de todo —lo que siempre espera igual que el cielo al paso de las nubes— se impone y vuelve la serenidad al ser temporal, espacial, circunstancial. Y queda.

Primero:

Alguien que sea en mí más que yo mismo

(Caudel)

Con esta aspiración a ser yo mismo en todo
Y sin las variaciones de mi circunstancia,
Me acerco a Dios, Dios que es *El-Siempre-El Mismo*
Y sin las variaciones de mi circunstancia.

Por eso hambreo tanto librarme de mí en todo,
Para ser, todo en mí, en El que me es todo,
Sin variaciones de mi circunstancia.

Después:

Y querer deshacer todo lo hecho
Para ser todo yo: como El me ha visto.

Y querer deshacer lo que ya no se puede,
Porque todo está hecho.
Porque lo que aún podemos
Hacer no deshará lo que hemos hecho.
Pero seremos todo en quien nos ama:
Ser yo como El me ha visto.

Al fin:

—Fin del principio que es el principio mismo,
principio y fin (de corazón difícil)—

—Ser tú como El te ha visto
—Filosofía divina de la vida humana:
Filosofía humana de lo más divino de
la vida—:

Ser tú como El te ha visto
Y alcanzar en lo más alto tu nombre
Pronunciado por labios que lo aman:
Ser tú como te ha visto
Quien pronunció tu nombre antes que fueras.

En conclusión:

Frente a los corazones
Que sin saber me esperan
—Difícil corazón,
quien lo quiera que lo haga.—
Ser yo como El me ha visto.

TOMA ESTA LLAVE

El Poema

¡No lo toques ya más,
que así es la rosa!

JUAN RAMON JIMENEZ.

ESQUEMA PARA UN RETRATO DE TOÑO SALAZAR

Diablo
Vocablo
Venablo

Arrumba
Derrumba
Refumba

Cala
Apuñala
Avala
Apuntala
Empala
Pala

Enfurece

Enflaquece
Esclarece
Escuece
Fortalece
Reverdece
Permanece

Atrapa
Destapa
Rapa
Tapa

Apellida
Lapida
Liquida
Consolida

Clama
Embalsama
Derrama
Inflama
Proclama
Reclama
Llama

Aprieta
Concreta
Espeta
Desjarreta

Descalandraja
Espantaja
Navaja
Raja

Apiola
Arbola
Aureola
Batahola
Desola
Desgargola

Abofetea

Agujerea
Tijeretea

Adarga
Carga
Descarga
Embarga
Amarga

Acentúa
Conceptúa
Insinúa
Puntúa
Sitúa
Perpetúa

Brega
Navega
Relega
Siega
Desasosiega
Juega

Cirujano
Ciudadano
Cofidiano
Llano

Meridiano
Hermano

Gracia

Audacia
Flor
Alegría
Poesía
Amor

Amigo Trigueros de León:

Me halaga mucho enviarle para la «Revista de la Biblioteca Nacional» este proyecto de retrato de nuestro gran Toño Salazar. ¿Qué mejor que aparezca por primera vez en una publicación de su país? Muchas gracias y que la Revista tenga el éxito que merece.

Le saluda con un abrazo

RAFAEL ALBERTI.

S. C.: Las Heras 3783. Bs. Aires.

CARTA A GABRIELA EN MI VIAJE DE MAR

*Te llevo al fin, exacta:
así... mayor y recia, casi madre;
(después de mi naufragio entre las ruedas
y de tu casa abierta, medio isla).*

*Porque yo te sabía como un cuento
y te contaba a todos, y eras otra.
Te cambio ahora el gesto, la sonrisa,
y me digo: es más grande que los sueños.*

*Cuando buscaba mi virtud, mi mundo,
en aquel mundo-hierro, de castigo,
por tu nombre llegaba a un invisible
y verde paraíso.*

*Solitario rincón de orillas mudas,
pero intacto en sus mieles.
Reino de siempre estoy, bajo derrumbes
y envoltura de nieblas.*

*Dominado por ruidos carceleros,
por dragones metálicos,
apenas era mío en el secreto
de mi luz sin ventanas.*

*Me lo robaba el tren y su carrera,
los zapatos activos y el semáforo,
o se me hacía número y moneda
en la tinta especial del calendario.*

*¡Línea de agobio, cuerpos sumergidos
en las horas iguales!
¡Perenne laberinto, y yo, la hormiga,
cargando las ciudades!*

*Si no te encuentro, en tu rural domingo,
vendría amarga, sin color ninguno.
Por ti salvé mis palmas estelares,
mis nardos fríos y el imán de música.*

*¿Cómo contar tu puerta, que es abrazo,
y tu retiro anclado entre las hojas?
¿Cómo entregar tu diurna geografía
y tu noche de aromas?*

*Estoy cerca de ti, por gracia tuya,
silvestre y libre, dueña de los árboles.
Atrás quedan los tumbos, los abismos,
y me defiende un litoral de pájaros.*

*Miro las cosas bellas que tú escoges,
y adivino las cosas serviciales.*

*Las flores del verano nos espían
y entran al cuarto, con vestido de aire.*

*Ángeles labradores
sobre tu voz se juntan y se inclinan;
una Marta feliz sirve la mesa
y es de las dos el perro, casi niño.*

*Regresan los recuerdos, las preguntas,
y hasta el velero brujo de mi padre.
Hablas como las gentes de otro tiempo
y mil pueblos te mueven el relato.*

*¿Qué oro puro te corre por la lengua?
¿Qué colmena de España?
Oigo a San Juan, el de la Noche Oscura,
y a Teresa, la Grande.*

*Alumna de tu herida y tu palabra
viajo al laurel y al beso de ceniza,
y entonces te comprendo y sé que tienes
algo de monja y mucho de sibila.*

*Oigo después tu rezo atormentado
y tu sangre, tan sola;
y te siento clavada entre los muertos
como una nueva torre.*

*¿Podré mostrar ese temblor de sombras,
esas cruces hundidas?
¿Podré escribir: no ven que en ella, todo
es un adiós convulso, sin respuesta?*

*Mas en verdad, midiendo tu abandono,
te llamo Bien Colmada:
tus bosques gemidores de la muerte
extraen su vigor y crecen, altos.*

*Viento de sal transforma sus agujas
en venas de rocío,
y tu criatura de tristeza vuelve
en hijos de otras madres, siempre vivo.*

*(Por la casa de nubes y de tierra
pasa el llorado, con dibujo de alas...
La mosca duerme doble, en el espejo,
y el reloj marca sumas que no acaban),*

*Algo que es dón precioso,
lo más ennoblecido del cariño,
se asoma a tu mirada de agua eterna
y me envuelve y me sigue.*

*Lo fraigo aquí, con peces-mariposas,
y frágiles rosales de la espuma;
con azules caballos, en galope,
y flecheros de luz, también azules.*

*Gracias por la posada inigualable,
por las horas de paz, de recompensa;
porque volví a nacer, como en la fábula,
y fuiste mi Madrina, Buena Suerte.*

*Que el año te florezca en doce libros,
que la piedra te alumbre;*

*que los gorrones pongan en tu pecho
semillitas de júbilo.*

*Mi Santo marinero te proteja
—mi Patricio de Irlanda—
y El te muestre los cielos que persigues,
ocultos y jerárquicos.*

CLAUDIA LARS.

*Alta mar, a bordo del vapor Limón.
Agosto—1948.*

CANTO A LA PRIMAVERA

*JUNIO, la luz, el infinito cielo:
madura Primavera.*

*El aire es un desplome de ángeles,
la canción de una voz desconocida
y por eso entrañable.*

*Y qué es la tierra sino aliento de amor,
fruto maduro de la eternidad.
En ella nutre el fuego su calor,
su rumorosa lumbre,
su aliento de manzana;
en ella, socavado, amoroso,
está el contacto de unos pies descalzos,
adánicos, sencillos.*

*Eso es la Primavera:
un aire tibio, una rama inclinada,
un rostro de mujer de vidrio y sueño.*

*Eso. Y los ríos violentos de la sangre,
y el orgullo constante del Deseo.*

*EL RIO dulce de los sueños, lento,
me lleva hasta tu entraña, Primavera.
La caricia del agua, melancólica,
me orienta al mar profundo
de trópico violento que te enciende.*

*Te canto, Primavera,
con la violencia maya que ilumina mi sangre,
con antiguo fervor, con sed inmensa,
telúrica, magnífica.*

*Tu cielo es más azul, tu luz más suave,
tu aire de algodón, durazno malherido.*

*Desde el diluido verde de tus aguas
el rostro nuevo de Narciso vuelve
nimbado por la mágica serpiente.*

*Tú, Primavera, fiel imagen
del Absoluto, sorprendes, defenida
al borde mismo de las aguas dulces,
quietud inmaculada,
éxtasis de vérfigo maduro.*

*TU AZUL cuchumatánico es oleaje
de un océano extraño, Primavera.
Esbeltas olas de árboles levantan
tu purísimo nombre hasta la altura.*

*En tus valles magníficos, erectas,
crecen las rosas vivas de la sangre
—semillas de la indígena progeie.*

*Y tus ríos que son sino el camino
de jade de los ángeles.*

*PRIMAVERA: manjar aniquilante.
Tras la luz de tu rostro, transparente,
miro el polvo fatal, endurecido;
el vino del demonio,
Luzbel, ángel oscuro,
relámpago perfecto.*

*Por eso, Primavera, a tu contacto,
todo el sér y el no sér se hacen ramaje
para apresarte y expresarte entera.*

*Eva: la Primavera. Sin ti no existe el Goce,
Horizonte del hombre, camino de su entrega.
Tu rostro es la nostalgia del destierro,
del transitorio bien, inalcanzable y puro.*

*Del femenino nombre, abanderada,
Primavera.*

*ESBELTA flor del aire,
sonrisa de los días, Primavera.
Amor a tu conjuro puebla el mundo
de un acento de tibia dulcedumbre,
de un hálito feliz de amanecida.*

*Y qué es la Primavera
sino el afán del hombre,
la lucha de los sueños, Poesía?*

*Primavera, hermana de la Muerte
y como ella feroz flor de misterio.
Tú alimentas los seres y las cosas,
tú, cazadora inmensa
nos entregas rendidos a la tiniebla pura.*

*No existe el Paraíso,
sino este tuyo, transparente
y antiguo, como el cielo.*

*Te canto, Primavera
hoy que amparas mi voz y la sostienes
—erguida flor de sangre—
con fuego de tu vientre.*

*Mañana, opreso de la red oscura,
caeré como caen las naranjas
redondas de absoluto
al viento de la nada,
a la tierra voraz y milenaria.*

RAUL LEIVA.

Guatemala, 1948.

CANCION Y DANZA EN DIA DE LLUVIA

*(A los Salarrué de Wáshington, por
el paisaje donde se siente que e-
llos no están...)*

*Hoy quiero una canción clara y sencilla,
una canción para decir cantando
y danzando: la vida es maravilla
sin "quizá", sin "por qué", sin "hasfa cuándo"*

*Una canción llovida con granizo
y relámpago y sol y policía
sin capa. Una canción sin coberfizo.
Una canción para cantar el día.*

*La lluvia canta porque sí, por lluvia.
El aire baila porque sí, por aire.*

*Y si la miel es por Castilla, rubia,
ésta, por Cuscaflán, es al desgaire.*

*En tierna ronda las colinas danzan,
danzan y danzan tras perdido velo.
Los pericos avanzan
—collar de música entre tierra y cielo.*

*Gratis la fiesta para el niño eterno,
honda pasión y eterno medio-día
en este lento suelo sin invierno
y de transfigurada geografía.*

*Muchachos: venid todos a celebrar la rosa,
a celebrar las ánforas volcadas
y la tierra amorosa
y las dulces colinas enlazadas.*

PRIMERA PARTE:

*inaugurar los charcos
de rana verde y de fotografía
trémula de ojos zarcos
para copiar la lluvia y la alegría.*

SEGUNDA PARTE:

*pájaros volatines,
pájaros en la brisa que suelta sus amarras,
pájaros en el aire de escondidos violines
y de encendidas flores y de ocultas guitarras.*

ACTO FINAL:

prender las amapolas,

*alzar el río y saludar al brote
que corona de cirios y corolas
al candelabro de la "flor de izote"*

I 1

*Días después—en el diario cambiante
de las arenas y las aguas: "El Crítico:
Poesía sin angustia y sin Rilke,
bailable, cantable, decorativa.*

*"Humo en el atardecer, sin objeto;
surco en el mar, sin existencia;
misterio sin secreto
y pobre recuerdo sin ausencia".*

*El fanático, —alzando el puño al día:
"Abajo el rojo de las amapolas
y el blanco anarquizante de las olas
fuera de plan, fuera de economía.*

*"Matad al ángel inútil de la tarde.
Clausurad las aguas
que no muevan las ruedas del molino.
A la rosa, que no dá fruto,
fusiladla, sin piedad, por la espalda"*

*El burgués:
"la cigarra canta gratis,
mas la oruga me come las raíces.*

*De la embriaguez nace la canción,
de la canción, la inconformidad...
en consecuencia:*

"Embotellad el vino y el paisaje"

*Voz última: "Dejadme la mañana
lloviendo en mí sus pájaros;
dejadme el gran silencio de la noche
para crecer en ella como un árbol"*

*"Frente a la soledad de las estrellas
cabe el canto del grillo,
Por la anónima voz de la cigarra
la tierra se alza en lágrimas y llamas"*

Junio/48.

SONETOS DE LA PALABRA

I

POETA

*¡Oh! tú, el abandonado entre puñales,
entre densos fantasmas, en perdidos
mares de sombra, selvas de gemidos
y ausentes golondrinas y rosales.*

*¡Oh! tú, el ciego, el confiado entre fanales
hoscos de noche y muertos sumergidos...
Confiado entre lebreles contenidos
y solo ante los dioses inmortales.*

*Con todo, sosegado en la agonía,
fuerte en el llanto, casto en la alegría
resurrecta de oscuros manantiales.*

*Ahí un rodar de lágrimas te guía
y una palabra pura frente al día
alza sus infantiles catedrales.*

Junio/48.

LA PALABRA QUE VISTE

*«La palabra, no para VESTIR,
sino para desnudar».*

S. Q.

*La palabra que viste es siempre muda,
la palabra que viste es siempre triste.
No une, no libera, no persiste...
¡La palabra que viste no te ayuda!*

*Si pretende asistirte, no te asiste.
Si brazo, si defensa, no te escuda.
La palabra que viste es la más ruda
entre todas las cárceles que viste.*

*Por ella, — muro, ergástula, cadena, —
la isla del corazón es más condena
y la noche del hombre más sañuda.*

*¡Ah! reposada soledad serena,
dame por fin, a ver, la última pena...
¡Yo quiero la palabra que desnuda!*

Junio/48.

LA QUE NO VISTE.....

*He aquí la palabra que no viste
y que no viste tú, por tan desnuda.
En claro anillo de silencio anuda
lo que eres hoy y lo que antaño fuiste.*

*Si necesitas muda, ella te muda
y de tu traje-sombra te desviste.
El poco de ángel que en el hombre existe
es porque ella lo labra y lo desnuda.*

*Ella abre puertas, ojos, miradores,
desnuda espacios, larvas, ruiseñores
¡ninguna vestidura le resiste!*

*Une, aclara, congrega resplandores
y por sus puentes de ángeles menores
al fin, EL HOMBRE PARA EL HOMBRE, existe.*

I V

*¡Oh! tú, la intransferible, transferida
sólo en clamor y en lágrima y en puerta
de soledad a soledad abierta,
de sed en sed prevista y perseguida.*

*Ultrajada, empañada, nunca muerta
y jamás clausurada ni abatida.
Tu vocación de lámpara encendida
se da sólo al que te ama y te despierta.*

*Ningún Judas vió nunca tu sonrisa,
ningún ladrón tocó tu orla de plata
ni presintió las alas de tu brisa.....*

*Traidor que hacia tu fuego se desliza
a sí mismo se mata
con una oscura muerte de ceniza.*

SERAFIN QUITENÓ.

San Salvador, Junio/48.

ARTES PLASTICAS

La obra de arte debe dominar
al espectador, y no el espectador
a la obra de arte.

OSCAR WILDE.



El beso. Genaro Amador Lira.



Caracol y Mujer. Genaro Amador Lira.



Triptico. Genaro Amador Lira.



Estudio. Genaro Amador Lira.



Jinetes. Genaro Amador Lira.



Tigre. Genaro Amador Lira.



Cabeza. Juan Rafael Chacón.



Gravidez. Juan Rafael Chacón.

LO FUGAZ Y LO ETERNO

El hambre de Dios, la sed
de eternidad, de sobrevivir,
nos ahogará siempre ese pobre
goce de la vida que pasa y no
queda.

MIGUEL DE UNAMUNO.

PARA QUE SIRVE LA FILOSOFIA

Por Napoleón Viera Altamirano.

LA INUTIL FILOSOFIA

En sí mismo, el conocimiento especulativo es algo absolutamente diferente, concerniente a la generosidad del espíritu que responde a la generosidad del ser y que vive de la vida supratemporal de la verdad; y por lo mismo está en la más íntima relación con la existencia de un ser que no se alimenta tan sólo de pan, y que necesita esencialmente de lo que no sirve; y él ayuda, dirige, esclarece las determinaciones y las opciones en las que éste siembra el tiempo de su libertad. (Jacques Maritain, en Ciencia y Sabiduría).

I

Cierta vez discutía con un amigo los temas más diversos de la filosofía; de la naturaleza del tiempo y el espacio, del bien y la belleza; cosas sobre la voluntad y el conocimiento, sobre la vida y la muerte. Cuando habíamos terminado aquel ejercicio escabroso en el cual yo había puesto el aporte fragmentario de mi no saber, otra persona amiga que nos había escuchado largo rato y a quien interesaba muy poco nuestra inquietud, se volvió a mí y

con acento de hondo escepticismo me preguntó súbitamente: —¿Para qué sirve la filosofía?

No pude responder a satisfacción mía; pero la interrogación permaneció de pie, frente a mí, y soy yo quien ahora me hago, con mucha frecuencia, igual pregunta. ¿Para qué sirve la filosofía? ¿Ayuda la filosofía a la dicha del hombre? Es algo la filosofía que pueda llegar a interesar a las masas? ¿Han contribuido alguna vez los filósofos al mejoramiento humano? ¿O es sólo cosa de humanistas y estudiosos, grato recrear para quien no está conforme con su ignorancia de la esencia del mundo y que se traduce como una soberbia ante el misterio?

Naturalmente, la respuesta me obligaría a empezar por el comienzo, nada menos a eso que tantas grandes inteligencias no han podido alcanzar de un modo definitivo: a saber qué cosa es la filosofía, a dónde va y de dónde viene la filosofía. Porque antes de poder saber para lo que sirve al hombre, tenemos que saber qué cosa es ella misma. De no actuar así, con tan suma cautela, llegaríamos a atribuir a la filosofía alcances y responsabilidades que no son suyos.

No basta detenerse para ello en definiciones etimológicas. La etimología de una palabra no da nunca su total contenido. El hombre da a las palabras una vida, una historia, una transformación. El hombre convierte a la palabra en plasma del espíritu, con finalidad y voluntad creadoras, con perspectiva y dinamicidad. El hombre hace con la palabra lo que el hacedor del Génesis con la arcilla: le impregna vida, la convierte en un ser que crece. Cada palabra se hace árbol, con raíces, y tronco y ramas, con fruto y con esencias.

No podríamos conformarnos con decir que la filosofía es el amor a la sabiduría. En todo filósofo hay amor a la sabiduría. No hay filósofo que no ande por ahí en busca de un saber, con la pregunta en los ojos y la angustia en el corazón. Y digo angustia porque no hay recorrido hacia la ciudad buscada que no nos llene de temor, no hay escarbar y hurgar que no mantenga el alma en penosa suspensión, no hay parto o nacimiento que no dé a nuestro ser una tremenda sacudida. Andamos buscando la verdad con esperanza y temor. Pero este buscar no es la filosofía, este amor no es la filosofía. La filosofía es eso y lo otro y mucho más. La filosofía es nacimiento de la filosofía y muerte de la fi-

losofía. Es filosofía de la filosofía y embalsamamiento de su ser. Almacenamiento y testamento. Parece cada filósofo y deja un pepueño puñado de cenizas que las nuevas generaciones toman para sus cultivos, como un maravilloso abono, que va a frutecer en realidades no sospechadas.

Para entender con claridad todo esto es menester bajar a las realidades cotidianas, venirse a la vida misma y al hombre y ver qué cosa pasa en su espíritu o en su mente cuando nosotros decimos que ese hombre se pone a filosofar. Y como no todos filosofan de igual manera, tendremos que analizar hechos distintos, posiciones diversas de diversos espíritus y desprender de todo ello un significado general, un matiz común y así llegar a una idea, un poco más llena de claridad o con menos sombra de lo que la filosofía es. Después pasaríamos a averiguar para qué sirve la filosofía.

El pueblo contiene en sus expresiones los grandes y fundamentales elementos de la filosofía. No habrá leído nada del cálculo de probabilidades ni sabrá del determinismo, pero juega al azar y cree en la rigidez de ciertos procesos. No habrá leído a Platón, pero extraerá del mundo de sus sueños materiales preciosos para reflexionar sobre su alma y sus vidas anteriores. No sabrá una palabra de relacionismo y estructurismo, pero a cada paso expresará una condicionalidad a cada fenómeno. No habrá leído una página de fenomenología emocionalista, pero oye su corazón con atento oído, y tiene, a veces, más fe en su corazón que en su razón. Define el dolor, la felicidad, el bien, la belleza, Dios y el tiempo, a su modo. Por la mente de las gentes del pueblo pasan todos los grandes problemas o las raíces de todos los grandes problemas de la filosofía.

De esta suerte nos es posible hacernos una definición de la filosofía que arranque del hecho de todos los días. En el pueblo el filosofar es, ante todo, una reflexión sombría y triste. Nada como la muerte, la ruina, la derrota, el pesar en las entrañas, mueve al pueblo a filosofar. Cierta vez oía conversar a una muchacha humildísima sobre la fragilidad de los afectos humanos, la deslealtad, la veleidad en los cariños, y después de un recuento emocionado, añadió, con tono lánguido: —La amistad no existe. En esta criatura había habido una actitud filosófica, ya que desprendía de un conjunto vivido de hechos reales una conclusión, gene-

ralizadora, la no existencia de la verdadera amistad. El campesino es, a la vez, fatalista y optimista. Con mucha frecuencia atribuye a su voluntad todo el poderío, y también priva a la voluntad humana de toda posibilidad. En su vivir de todos los días pasa por reflexiones más o menos profundas y enuncia verdades más o menos generales. Digamos que filosofa, pero en pequeño.

En pequeño, en verdad, pero encontramos allí el germen de lo que buscamos; y advertimos que si llamamos reflexión filosófica a ese reflexionar, es porque constituye un proceso mental unitario de observación, de raciocinio, de imaginación y fantasía, de emoción y de razón. Hay hechos observados y conclusiones a las cuales se llega, y cada vez esas conclusiones se levantan sobre una cantidad mayor de realidades.

No es menester hacer recuento de la tarea de los filósofos para adivinar lo que hay de substancial en la filosofía. Unas veces se ponen a meditar en la muerte, pero buscando su significado moral, ético, filosófico, su necesidad y su razón. Otras veces se colocan frente a la vida, y buscan sus leyes, quieren conocer sus enlaces, y llegar a sus finalidades y sus orígenes. De muy atrás vienen el afán del hombre por saber lo que es, en realidad, su alma, su voluntad, el universo, Dios, la materia o el espacio. La filosofía quiere irse siempre a lo hondo de los problemas humanos y luego ascender con el gajo glorioso de una conclusión que se coloca sobre todas esas honduras. Tal vez de allí viene, para mí, en mi concepto de la filosofía, el atenerme a la definición aristotélica, de que filosofía es el sistema general de las concepciones humanas.

Esto del sistema general de las concepciones humanas necesita una explicación. Un hombre puede ahondar inmensamente en lo que es el ser, en lo que es el tiempo, pero si no llega a relacionar sus conclusiones con las verdades últimas abordadas en otras reflexiones filosóficas, su obra no podrá ser considerada como filosofía, aunque sí como esfuerzo de filosofía. El matemático que estudia la naturaleza del número, filosofa; el moralista que medita sobre los valores humanos, filosofa; el naturalista que investiga y descubre leyes en los procesos naturales, y el historiador que sigue la marcha de las culturas al través de los tiempos, y el que quiere arrancar un secreto a la bóveda estrellada, todos ellos filosofan, hacen filosofía. Pero el logro aislado de ninguno

de ellos puede ser llamado filosofía, sino su conjunto sistemático, organizado, desde luego que en el fondo de la definición aristotélica está la condición de que el saber verdadero debe resistir todas las posiciones del análisis, estar en armonía en todos los orígenes. Habrá verdad moral, verdad científica, verdad estética, verdad espiritualista; siempre que puedan resistir la unidad de la realidad universal, la esencia última. Todos los hechos, todos los fenómenos merecedores de la reflexión filosófica pueden ser llevados a una reducción elemental que los junta como una sola raíz.

II

Los educadores modernos piden a los maestros tener siempre en cuenta este factor de la enseñanza, del aprender en el niño: colocarles hábilmente ante situaciones problemáticas o contradictorias, nuevas e inesperadas. De este modo se despierta en el niño un profundo interés en el fenómeno que presencia, el deseo de aprehenderlo, de abordarlo, y la posibilidad de que aquella vivencia intelectual sea lo bastante profunda para grabar los relieves de una interpretación racionalista o el complejo de una reacción emocional. Cuando este ejercicio llega a habituar la mente y a caldear la emoción, el interés del niño se convierte en amor al saber, en una noble y digna curiosidad reflexiva, en la verdadera raíz de la filosofía.

De este modo llegamos a una posición avanzada en nuestro esfuerzo por determinar y de allí llegar a saber el objeto y la utilidad de la filosofía, conociendo antes lo que es. En primer término, la actitud filosófica es de problematicidad. En la vasta bibliografía moderna de la filosofía se encontrarán innumerables obras que cogen este interesante aspecto de la filosofía. Generalmente, y en la forma que más entusiasma a la generalidad, el filósofo es siempre un pensador de habitual problematicidad, y de una problematicidad que gira siempre alrededor de los grandes temas de la filosofía, alrededor de los principios y las leyes. El filósofo es siempre el gran interrogante. Tiene la pregunta a flor de labios. Está siempre hurgando en lo desconocido cognoscible e incognoscible. Es el hambriento de la verdad, y digo que de la

verdad porque aunque el filósofo ama la belleza su actitud es enteramente denodada y se va en busca de lo verdadero aunque en su camino se levanten como entidades pavorosas todas las formas del horror y el dolor. Es, ante todo, un valiente y un desinteresado. Sea la verdad dulce o amarga lo que busca, allá va él. Quiere, ante todo, palpar la realidad de las cosas últimas.

Este hecho, tan bien advertido por el mundo, es lo que ha concurrido a mantener planteada la pregunta para qué sirve la filosofía. Las gentes ven a los filósofos engolfados en discusiones eternas. Desde los antiguos hasta los modernos, dan la impresión de una legión de seres poseídos buscando y encontrando realidades que luego abandonan, para reanudar, al día siguiente, una búsqueda parecida. El filósofo está encendido de problematización y la reflexión profana es que un afán así, que nunca encuentra lo que busca en forma definitiva, que siempre está dispuesto a descalificarse a sí mismo, debe ser algo perfectamente inútil.

Mas la raíz de este caso, aunque profunda, admite la inspección racional. Lo que pasa es que el crecimiento racional del hombre es como un cultivo biológico, una levadura que va creciendo a medida que vive. Cada problema resuelto, bien o mal, origina otros problemas, otras relaciones, otras condiciones, otros enlaces. Y a cada nuevo enlace, a medida que crece la amplitud de la generalización, se siente la necesidad de revisar las conclusiones previas, ya que la diaria experiencia enseña que el desarrollo superior de una tesis deja al descubierto fallas en sus bases fundamentales. El filósofo es un constructor que está siempre reconstruyendo o revisando los cimientos de su construcción, como dominado por el temor de que cualquier falla fundamental pueda causar el derrumbe de la estructura soberbiamente levantada.

Desde luego que a ello contribuye, de un modo formal, la naturaleza misma del medio cultural en que se desenvuelve una filosofía. A medida que avanza la técnica, el urbanismo, el derecho, la economía, se desarrollan nuevas fenomenalidades, nuevos aspectos de la realidad, y la filosofía se siente en el deber de aplicar a esos hechos la penetración dominadora de sus análisis. El avance del saber elemental del conocimiento técnico, da paso a la necesidad del saber superior, de la filosofía. La casualidad o la necesidad dan su aporte al crecimiento de la ciencia o la técnica,

y al instante se han planteado nuevos problemas, se han ampliado las fronteras de la filosofía. Y siempre para caer en el proceso eterno de abarcar lo nuevo, de asimilar la culminación, la cima, y revisar los fundamentos. La filosofía es, en este sentido, una expresión de eterna problematicidad.

Entonces, ¿para qué sirve la filosofía?

Sin embargo, la problematicidad no es sino un ardid de la propia razón para llegar a otra cosa. Es como el desvarío y la desazón amorosa, que buscan al niño: El filósofo, tarde o temprano, cae en el sistema y el sistema es el mismo fin y término (nótese bien que no decimos finalidad) de la filosofía. El filósofo parece ser, ante todo, contrario al sistema. Problematicidad y sistema son tendencias que se contraponen. Mas el resultado final está allí y es inevitable.

Así como el hambre es para nutrirse, para comer, así la problematicidad es para la respuesta, y la respuesta, en filosofía, no es sino el elemento integralizante del sistema. El filósofo anda inquiriendo, buscando, hurgando, diseccionando; queriendo siempre la expresión de la realidad, la respuesta definitiva. Pero tan pronto como ha acumulado una cantidad apreciable de respuestas, siente él al instante la necesidad de crear el sistema. La filosofía no es amor al saber por el saber mismo. Si así fuese la humanidad no habría hecho otra cosa que acumular, al través de las edades, una montaña impresionante de datos incoherentes. No habría habido crecimiento. Al contrario, el saber a que aspira la filosofía, es para proceder a lo de más arriba, a la generalización, a la relación, a la estructuración y al sistema de equilibrio. Un hombre lleno de curiosidad intelectual y de afán de saber y que no poseyese ningún sentido de sistematización, daría la impresión no muy falsa de estar loco. ¿Para qué saber si ese saber no conduce a dar un ritmo liberador a la vida? ¿Para qué saber el detalle, si con ello vamos a quedar sin un rumbo fijo? ¿Qué nos importa conocer todos los árboles de un bosque, todas sus criaturas, todos sus vientos, si no llegamos nunca a estar capacitados para construir su mapa, para hacer su cartografía?

Generalización, sistema, orientación, síntesis, mapa del mundo y del cosmos, integración iluminada de las cosas primeras y últimas, eso es la filosofía.

Y digo que de las cosas primeras y últimas porque, de no

ser así, el filósofo no se diferenciaría del hombre de ciencia, del puro técnico. Al filósofo no le interesa el dato simple, fenomenológico, sino para subir a él en el ascenso o en el descenso. El filósofo trata siempre de conocer lo desconocido que parece precisamente incognoscible. Un día cualquiera, en una reunión de físicos, puede plantearse el problema de bombardear un átomo dado para producir otros de los cuales ha menester la industria humana. El hombre de ciencia se pondrá a penetrar ese pequeño problema y, una vez logrado, el nuevo elemento quedará tranquilo mientras llega otra necesidad u otra aspiración a pedir un nuevo bombardeo. El filósofo, en cambio, sólo podrá interesarse en este trabajo si él afecta en forma probable o segura la estructura general del Universo, si ello tiene atingencia con las cosas primeras. Porque él andará siempre, en actitud vigilante, frente a las fronteras del conocimiento, viendo si se contraen o se expanden; y vigilante a la armonía de sus sistemas, viendo si peligra o no el remate glorioso de su arquitectura.

La desventura, sin embargo, para los filósofos, es que tan pronto como se han creado un sistema, ese sistema se desglosa, como un esqueleto sin carne, de la filosofía. La filosofía es árbol vivo; pero si le cortáis una rama y de ella hacéis la madera para una mesa, ya ese mueble no tiene nada que ver con el árbol viviente. Todo sistema filosófico se convierte en un objetivo casi científico. Allí no hay más devenir, más transformación, más creación. Allí todo está hecho. Allí ya hay una cosa que es, mientras que el aliento de la filosofía es seguir la pista a la cosa indefinida que está por llegar a ser. Cuando un sistema se ofrece como adecuado a la investigación filosófica, ya es un sistema que empieza a ser juzgado, que está condenado a morir. Porque de su propia estructura se desprenderán los elementos que le darán muerte. Va a ser material de una nueva creación. El filósofo de la generación que llega a derramar sobre él el violento ácido de la problematidad.

Sin embargo, todavía no sabemos lo que es la filosofía, y estamos urgidos en seguir la travesía escabrosa. Afortunadamente para mí la fe en el hombre y en su poder es inmensa y en la distancia esperanzada no hay pórtico alguno que muestre en su frontispicio la súplica de abandonar toda esperanza.

III

Pienso que conviene hacer una advertencia; no toda problematicidad ni toda sistematización es filosofía, pero casi siempre entran en ella, conforme el rango de su grandeza y su vinculación a la esencia de la naturaleza y del hombre. Porque, precisamente, si vemos nosotros en las obras y las reflexiones de todos los grandes espíritus que aparecen como filósofos, encontraremos que el hombre y la naturaleza han sido los dos grandes problemas que se han planteado, los dos grandes problemas, al fin, de la filosofía.

Mas hay que ver la manera especial cómo se hace el filósofo la problematicidad y la sistematización del hombre y la naturaleza. No todo estudio, agreguemos, del hombre y la naturaleza, es filosofía. Hubo en el siglo pasado un hombre eminente, hijo de Francia, que llegó a ser catedrático de la Universidad de Bruselas a pesar de su condición de anarquista. Este hombre, que se llamaba Eliseo Reclus, era un geógrafo eminente, un geógrafo cuya eminencia no ha tenido paralelo en ese lapso que va desde Guillermo de Humbolt hasta nuestros días. Pues bien: Reclus describía los países y los continentes, los mares y los ríos, las tierras y los vientos, la tierra de ayer y la tierra de hoy, y sobre la tierra igualmente la criatura de ayer y la criatura de hoy, y lo hacía con tal don de profundidad y de unidad, de amplitud y de dinamicidad, que su obra en conjunto constituye no sólo uno de los más grandes logros científicos de todas las edades, sino también uno de los más excelsos frutos de la filosofía. No hacía él hincapié sobre la esencia del sér, ni del tiempo o del espacio; no discutía sobre los «universales» ni sobre las categorías. Era un hombre que posiblemente sentía por la dialéctica cierta mala voluntad. Sin embargo, hacía vivir la vida a nuestros ojos y hacía vivir del mar y del arroyo, de la montaña y la roca, del árbol y del molusco, del fósil y del retoño, de las bahías y de las llanuras, del hombre de la prehistoria y del hombre del porvenir. Y del conjunto vastísimo de sus observaciones —ejercidas con el espíritu más lógico y sistemático que pueda darse en hombre alguno— deducía leyes, principios, direcciones, ideales, destino, vida e historia; y resultaba así ser Eliseo Reclus más que un gran geógrafo un gran filósofo de la tierra y del hombre.

Cabe muy bien que un espíritu sutil y penetrador enfoque su inteligencia y observación en un aspecto dado de la naturaleza o del hombre, pero si su estudio no abarca, profundiza, correlaciona y organiza, no podremos decir nunca que se trata de filosofía. Ser químico es estudiar una orden de fenómenos del Universo, pero ello no es filosofía. El médico, el dieteta, el antropólogo, pueden estar estudiando al hombre y, sin embargo, no es ello la filosofía. Ni el mismo psicólogo puede pretender estar dentro de la filosofía. La filosofía exige eso, todo eso que acabamos de enumerar: abarcar, profundizar, correlacionar y organizar el conocimiento general del hombre y la naturaleza, hasta dar cima a todo orden temporal de problematicidad y a toda aspiración del sistema.

Especialmente podríamos decir de la filosofía que es el abarcar en lo profundo. Porque muy bien puede un hombre de ciencia volar como una mariposa o como un águila sobre las vastas regiones de conocimiento y permanecer, sin embargo, muy lejos de la filosofía. La filosofía exige el ir a la raíz de las cosas, a lo que podemos considerar como en los lindes de la eternidad, de lo necesario, lo ineludible y lo imperecedero. La filosofía deja a la ciencia el detalle, pero le quita de las manos la esencia. Y las esencias están en lo profundo, sobre todo cuando esas esencias quieren ya decir substancia. La filosofía, pues, debe irse a lo hondo, a lo más hondo del mundo; y como allí está lo más inaccesible y a la vez lo más atrayente, es natural explicarse por qué desde las más viejas edades se ha querido identificar a la filosofía como la tendencia del hombre hacia la filosofía.

Porque si el hombre de ciencia quiere saber las dimensiones y el peso de las cosas y se conforma en saber del hombre lo que éste es como ser tangible, y de lo que en él se puede pesar y medir, el filósofo pugna por ir a lo apenas cognoscible, a la esencia de las cosas, a su finalidad y a sus orígenes.

IV

Hasta este punto —y de una manera bastante superficial o de más amplitud que profundidad— hemos expuesto algunas con-

sideraciones sobre lo que es la filosofía, sobre las manifestaciones más cotidianas de la filosofía popular y sobre lo que es esencia y forma de la filosofía, substancia y accidente, lo eterno y lo pasajero. Mas, debemos ir acercándonos al objetivo de la plática, que es responder a la pregunta de todas las bocas humanas, la pregunta de qué es la finalidad o para qué sirve la filosofía.

Confieso que no ando muy seguro en este terreno. He meditado muchas veces y siento no encontrar todavía una respuesta satisfactoria. Nos vamos a concretar, por consiguiente, a una meditación en conjunto, a una meditación en voz alta. Es seguro de que habrá por allí algún libro profundo en donde se dé satisfactoria solución a este problema, pero dicho libro no ha llegado todavía a mis manos. Por otra parte, debemos tener presente que aquí solamente se estudia. Son los que saben muy poco —por no decir los que no saben— quienes se han dado a la tarea de investigar sobre algunos problemas. Este sistema tiene la ventaja de que cuando lleguen a nuestras manos las soluciones de los grandes maestros, nuestro pensamiento habrá tenido ya su gimnasia, habrá hecho su tarea y tendremos mayor capacidad para comprender lo que ellos dicen. Yo siempre he dicho que no podemos perder tiempo en inventar la tabla de multiplicar, puesto que ya está inventada. Pero entre la tabla de multiplicar y las cuestiones definitivas de la filosofía, hay una distancia muy grande. Un teorema, un principio científico, un método de trabajo, se comprende en seguida y se comprende bien. La prueba de ello está en que siempre, casi siempre, se aplica bien. Pero con las grandes soluciones de los filósofos no sucede lo mismo. Toda culminación del pensamiento filosófico requiere un proceso previo, una elaboración especial, sin cuyo recorrido no se podrá advertir con la certitud de la evidencia la teoría o la hipótesis que le sirve de remate. No es lo mismo caer sobre la cima de una altísima montaña gracias a un avión, que llegar a ella poniendo a prueba la fuerza física del excursionista. Antes que enfrentar las grandes enseñanzas de los maestros, conviene ensayar las propias fuerzas y ver si así se crece en capacidad creadora.

No veo la forma en que la filosofía —como disciplina de conjunto— tenga una aplicación inmediata o directa al vivir cotidiano. Si soy ingeniero, podré muy bien ejercitar mi profesión con sólo la aplicación de mis conocimientos científicos. Tendré

un conocimiento del terreno en que voy a levantar mi edificio, de los métodos para calcular la resistencia de los cimientos, de lo necesario para ordenar la mezcla de los materiales, de los requisitos para dar a las habitaciones lo que han menester de aire y de luz, de espacio y comodidad. Optaré por un modelo en moda y hasta podré ahorrarme la capacidad artística creadora. Para confeccionar un vestido, hacer un par de zapatos, condimentar una comida, preparar una receta, otorgar una escritura; para muchas cosas cotidianas, no siento claramente la necesidad de la filosofía. La ciencia y la técnica dan los métodos certeros para trabajar, para producir, para comerciar.

Un arquitecto puede creer indiferentemente en cualquier cosa. Podrá ser monista o dualista, espiritualista o materialista, creer o no en la revelación, concebir un Universo fluyente o uno estático, ignorar del ser y del tiempo, de la creación o de la permanencia, haber oído o no hablar de los «universales» y de las «categorías», ser platónico o aristotélico, estar con San Agustín o con Descartes, con William James o con Husserl. Lo cotidiano de la vida no necesita, aparentemente, de la filosofía. Todos nosotros, con alguna excepción quizá de los aquí reunidos, lo pasamos bien sin ese quebradero de la filosofía.

Pero hay otro aspecto más importante aún. Generalmente se dice de una cosa que sirve cuando llena una necesidad, cuando alivia una carencia, es decir, cuando produce satisfacciones: y casi todo el mundo piensa que la filosofía no sirve para nada porque se sabe que todos los filósofos, o su mayor parte, han sido devorados por el misterio y a muy pocos hace gracia vivir en tales condiciones.

Tal vez la filosofía sirva para algo distinto, quizá para vivir una vida superior. Pensaríamos que vida superior es la vida del más amplio y claro saber. La filosofía nos da el mapa del Universo, la dirección de la vida, el sentido de unidad de todas las cosas subyacente a la raíz de esta abrumadora multiplicidad y heterogeneidad de la vida. Mas todos nos damos cuenta de que la vida del hombre no es sólo la vida del saber, ni se deriva sólo del saber la cantidad de dicha necesaria para vivir. Un hombre que padece una dolencia incurable, que ha perdido sus medios de trabajo, que está en el destierro o en la cárcel, que ha sido abandonado por los suyos, no podrá llegar a ser nunca un hombre feliz

aunque posea el máximun de conocimientos filosóficos. Las urgencias vitales estarán batiendo abajo como un poderoso oleaje la estructura frágil de las ideas. Prueba de ello es que los problemas de índole personal, el propio existir, han determinado casi siempre la peculiar filosofía de cada filósofo o por lo menos su actitud ante la vida, que es casi toda la filosofía de la existencia.

V

Nos sentimos y confesamos así casi perdidos frente a este problema. Y nos tienta la idea de que la filosofía no sirve para la vida cotidiana, aunque muy bien dentro de la vida cotidiana se pueda pasar con el aliento de una filosofía, especialmente en el sentido popular de la expresión.

La filosofía parece no haber servido tampoco para hacer crecer ni la ciencia ni la técnica, ni para impulsar el progreso, ni para remozar y fecundar y transfigurar el arte. Son los menesteres comunes, la necesidad o el azar, la curiosidad meramente científica, lo que hace avanzar a la ciencia. Es el acopio de la cultura artística, el devenir dependiendo de una superestructura de experiencias estéticas, lo que hace levantarse cada vez más alto el mundo mágico del arte. Y es el dolor del hombre, la angustia del hombre, la tragedia de la vida, lo que da perfil y alas a la experiencia religiosa. Son el amor y el dolor los corceles sobre los cuales cabalga el hombre para su travesía en la vida.

Sin embargo, la filosofía está sirviendo en el mundo. Si los hombres de ciencia no hubiesen filosofado y con ellos ni los legisladores, los artistas, los historiadores, los religiosos, el conjunto de las experiencias de todo orden que han sido logradas por el hombre al través de las edades, habría permanecido como un hacinamiento sin unidad. La experiencia humana constituiría, sin duda, como un vasto conjunto de materiales de construcción sin orden ni finalidad. No habría sido posible el progreso ni la armonía de la cultura. El hombre viviría dentro de una torre de Babel y la generación anterior no estaría en modo alguno capacitada a dar su herencia a la generación subsiguiente. El hombre estaría frente al Universo como el viajero perdido en la selva que

ve rocas, y árboles, y ríos, y lagos, y montañas, pero que no sabe a dónde va ni de dónde viene. Sería el viajero sin mapa. Porque la filosofía es siempre la tentativa última de la cartografía del Universo.

La filosofía sirve para eso, para coordinar, ordenar, sintetizar, estructurar el conocimiento del hombre. Nos sirve para llegar a la noción de la ley y del azar, del movimiento y del reposo, de la substancia y del accidente, de lo perecedero y de lo eterno, de la parte y del todo. Nos sirve para que el hombre pueda ver el conjunto en toda su amplitud y bajar hasta las profundidades de la experiencia sin perder su enlace con la cúspide, irse hacia cualquier extremo sin olvidar el camino por donde puede regresar a su punto de partida.

La filosofía se va a la esencia y a la ley. Cuando el matemático medita sobre el concepto de unidad y multiplicidad, hace filosofía. Cuando deduce e induce, hace filosofía. La concepción de lo infinito en matemáticas, es una operación de alta filosofía. La permanencia de la ley matemática es cuestión de filosofía.

Las primeras ideas de los primeros físicos sobre la naturaleza del universo material, fueron pura filosofía. Antes que Lavoisier y Mayer, los dos grandes descubridores de la indestructibilidad e increabilidad de lo que la física del siglo pasado considera como materia y energía, los filósofos habían dicho que nada sale de la nada y que nada es obra de los dioses. El primer verso de Lucrecio en su poema genial, así lo dice. Antes que los grandes físicos modernos, entre los cuales podemos citar a Michelson, a Lord Kelvin, a Hertz, a Lorenz, facilitaran la base para la teoría de la unidad de la materia, ya los filósofos la habían anticipado hace muchos siglos, ya fuese en la substancia única de Espinosa o la mónada de Leibnitz. El filósofo pensaba que si Dios era una inteligencia perfecta, un poder omnisapiente, habría fácilmente concebido un tipo de substancia única que pudiera manifestarse a la experiencia sensible del hombre en las variadas formas en que se manifiesta a nuestros ojos. Lo perfecto no era crear una multiplicidad de substancias distintas, sino crear una sola con múltiple accidentalidad. De igual modo que el punto geométrico basta para dar ser a todas las formas geométricas, así el elemento simple de una substancia única bastaría para dar ser a todas las

substancias secundarias. Y ahora tenemos que la física moderna, por medios matemáticos, llega a la conclusión de que la base material de toda la experiencia sensible está en una sola substancia, que ya no es ni materia ni energía en la forma en que antes se concebían.

Y si nosotros admitimos como válidas las conclusiones de la ciencia, es porque encontramos en ello la evidencia lógica, la conformidad cabal a todos los postulados de nuestra experiencia. Y sabemos que la lógica es una parte esencial de la filosofía. No puede haber filosofía sin lógica ni lógica sin filosofía.

Si bajamos al campo de la biología, el caso resulta también parecido si no rigurosamente igual. El filósofo ya había pensado que un Dios omnisapiente y perfecto no necesitaba de creaciones especiales para poblar con las múltiples formas vivientes el escenario maravilloso de la tierra. Bastaría a ese Dios una substancia que pudiera ascender por la escala de la evolución desde las formas simples del átomo, pasando por las moléculas y los cristales, hasta la vida. No quiere decir que todo sea igual en esa escala de manifestaciones de la eterna y única substancia. El electrón no es el átomo, el átomo no es la molécula, la molécula no es el organismo, la materia y la fuerza del siglo positivista no son la vida, ni la protoameba es el hombre. Pero deviene lo uno de lo otro y para cada etapa del desenvolvimiento orgánico o morfológico no es menester de una creación especial de substratum material. Basta que aparezcan en el proceso estados especiales de relación para que se creen nuevas entidades.

Descartes, tan profundamente religioso, admitía que bastaba a Dios crear una sola substancia para que se desarrollara, en el curso del tiempo, toda la maravilla del Universo.

Sin embargo, las ciencias de la Naturaleza no ofrecen tan evidente perentoriedad de la noción filosófica como la ofrecen las ciencias culturales —en el sentido tradicional que se da al término cultural—. Tenemos aquí que ni la moral, ni el derecho, ni la historia, ni la antropología, ni la religión, ni el arte, pueden asumir proporciones y magnificencias de naturaleza alguna sin la levadura de la filosofía.

El derecho no se puede concebir sin una actitud filosófica, sin una idea sintética de la naturaleza del mundo y del hombre. El derecho, para que deje de ser el derecho del hecho y sea el de-

recho de la razón, el plan humano, la teoría de la convivencia social enlazada a una tabla de valores permanentes, necesita descansar en una base eminentemente filosófica, en cuanto exprese con la mayor amplitud posible los postulados relativos a la naturaleza del hombre y la experiencia histórica. Una sociedad primitiva puede tener costumbres, pero no tiene derecho. El progreso institucional de la sociedad humana se ha ido caracterizando cada vez por un mayor ajuste a la razón y a la naturaleza real del hombre.

VI

El derecho asiático —ya fuese indostánico, caldeo, chino o judío— tuvo siempre las raíces hundidas en el denso suelo de un pensar filosófico secular. Fué menester un largo período de batalla para que el Estado se emancipara de los sacerdotes, para que la noción jurídica se liberase de la teocracia. El derecho griego tenía también sus raíces en su filosofía y si el derecho romano enseña desde tempranos días su tendencia autonomista de los mitos para asentarse en las realidades cotidianas de la convivencia social, no podemos ignorar el subsiguiente hecho histórico de que el aliento de la filosofía cristiana, la idea fundamental de la armonía del hombre, depositase sobre las creaciones institucionales del mundo occidental, hasta nuestros días, el manto estelar de sus inspiraciones.

Ahora, si volvemos nuestra mirada a las regiones feéricas de la poesía, de la expresión poética, una evidencia resalta incontenible y es que todos los grandes poetas de la humanidad, todos aquellos que no se conformaron con la copia niña de la naturaleza ni con el contacto superficial de los sentidos, derivaron su poder de profecía, de estupor y videncia de las fuentes mismas de la filosofía. La poesía es como una doncella que se viste con los resplandores purísimos de los valores humanos, como un ala que se enciende de llamas milenarias al hundirse en el misterio, como un oleaje que llega a decir voces altísimas mediante la interpretación maravillada del mundo desconocido, de lo mágico, de lo simbólico, de lo agorero, de lo vidente. No hay en el mundo un solo gran poeta que no haya poseído un profundo, un devorador afán

filosófico y religioso. En el seno de lo misterioso se dan la mano, como tres hermanas fatigadas de temor y esperanza, la religión —es decir, lo místico—, la filosofía y la poesía. Si el arte poético tiene el don de levantar al hombre hacia arriba, de atraerlo como un poderoso imán, de orientarlo como una blanca estrella en lucha con la sombra, es porque sabe penetrar en lo hondo de la naturaleza del hombre, responder a sus más íntimas aspiraciones, a sus sueños más vigilantes, a sus temores más paralizadores, a su vocación preciosa hacia el éxtasis. Sería nuestro mundo un mundo mezquino, un mundo de desolada crudeza, un universo sin armonía ni claridad, sin ascenso y sin frenesí, si no existiese la poesía, y la poesía no iría jamás lejos de los sentidos si no la llenara el licor mágico de la filosofía.

Los poetas han sido en todos los tiempos los adalides de la aspiración humana. Han sido los supremos adivinadores, los anticipados navegantes en el mar agitado de la posibilidad y la contingencia terrenas, la alondra delirante ante el primer rayo del día que está por nacer. Los poetas han dado los valores supremos, han vivido robando eternamente el fuego de lo alto y extrayendo, como mineros atormentados, los metales preciosos de la naturaleza humana. Pero lo que en ellos dió grandeza, magnificencia, poderío, penetración y sacudida, fué su capacidad de filosofar sobre lo esencial, sobre lo profundo y lo eterno del hombre. Fué su evidente don de filosofía.

Y si pasamos a otras manifestaciones del poder de belleza en el hombre, entraremos al mismo tiempo en una similitud iluminada de posiciones mentales. La arquitectura griega, como la egipcia y la maya, la persa y la indostánica, la incaica y la china, han sido siempre la expresión de una actitud vital que fué de la mano con las concepciones filosóficas y religiosas de las sociedades en cuyo seno se expresaran. Y aún cuando pudiésemos constatar manifestaciones arquitectónicas aparentemente desvinculadas de la actitud filosófica y religiosa de los pueblos, es evidente que el contenido de ese arte estupendo se determinó en todos los tiempos por el ambiente cultural que le rodeara.

No hay región del arte, ya sea en poesía, en arquitectura o escultura, en música o en pintura, en donde no se advierta el reflejo de la cultura que ha servido de ambiente; o, mejor dicho, en que no se haya sentido la influencia de las demás realidades cul-

turales. Y en toda realidad cultural se siente el cálido aliento de la filosofía que le sirve de unidad y potencia.

VII

Estamos así bajo el amor tutelar de la filosofía en todas las altas manifestaciones del vivir. No quiere decir esto que todo se rija por la filosofía. El legislador, el hombre de ciencia, el sociólogo, el artista, el sacerdote, pueden tener esta o aquella filosofía, ser espiritualistas o materialistas, voluntaristas o fatalistas, pesimistas o endemonistas, no importa cuál sea la filiación particular del hombre. Lo cierto es que a la raíz de todas las actitudes del mundo está siempre el matiz de una actitud filosófica. Lo cierto es que la filosofía constituye la superior gimnasia del intelecto, el ejercicio de más sufrida realización y que gracias a ella es que el hombre crece en su poder mental, en su capacidad amorosa, en su aptitud de ver el panorama del universo, de colocarse sobre el detalle, de adivinar la dirección de la vida, de definir sus valores, de organizar la interpretación de los fenómenos, de enunciar las leyes de la Naturaleza. La filosofía es, por consiguiente, la disciplina de los grandes, de los más altos trabajadores de la historia.

No habrá menester de ella, como he dicho antes, para condimentar una vianda, para confeccionar un traje, para construir un edificio, para labrar un trozo de la tierra. Pero no habrá legislador, poeta, artista, historiador, conductor de multitudes, organizador de la historia, que se atreva a ir muy lejos si antes no ha recibido el bautismo de fuego del amor a la sabiduría, de la problematicidad, de la sistematización, del análisis y de la síntesis.

Naturalmente, no se trata aquí de invertir el orden del proceso histórico. Ya hoy resulta ingenuo pretender un orden jerárquico del desarrollo mental de la humanidad, una estructuración fija y definitiva para el producirse histórico. El mundo de la historia no fué planeado por la filosofía, ni por la religión; no por el arte ni por la ciencia. La humanidad ya haciendo sus conquistas de una manera simultánea, interferida, correlacionada, orgánica. Lo cotidiano de hoy sirve para impulsár la filosofía, el

arte, la religión y la ciencia de hoy; pero de igual modo ciencia y arte, religión y filosofía sirven para determinar lo cotidiano. Hay un cambio incesante de influencias entre todos los factores determinantes del hombre. Cuando se habla de civilización se piensa muchas veces como el resultado de una cultura; mas también cuando se habla de cultura se piensa como de algo que ha florecido sobre una civilización. Hay siempre un valor poético, una concepción filosófica, una intuición religiosa o mística que acaba de nacer por allí y que se sitúa al margen de lo cotidiano para conspirar contra el pasado y determinar el porvenir. Entonces pensamos de todas esas inesperadas influencias como viniendo de lo alto. La penetración se realizará lentamente, pero acaba por cubrir toda la amplitud del vivir cotidiano y saturarlo con su aliento vital, hasta que llega el instante en que el equilibrio espiritual empieza a torcerse, a entrar en crisis, y da paso a nuevas constelaciones de valores.

Por de pronto, pienso yo que una sociedad que no da a la filosofía todo su valor, que no la cultiva, que no la remueve, que no la fermenta, es una sociedad que va perdiendo poco a poco su capacidad de avance hacia el porvenir, una sociedad que va calcificándose, muriéndose, embalsamándose, pudriéndose. No importa que en el amplio mar de la contingencia, ese cultivo nos depare cualquier monstruosa vegetación. Día llegará en que lo naciente sea lo esperado, en que lo cosechado sea el elemento de vida y creación de la vida. El destino del hombre sobre la tierra es la creación constante, el ensayo con el material inmenso de lo desconocido, la búsqueda constante de todas las posibles soluciones que pueda tener esta ecuación de infinito número de raíces que se llama la probabilidad del vivir.

No es, pues, la filosofía, lecho muelle, comida grata, desahogo y utilidad cotidiana. La filosofía es la vía crucis de la razón humana a lo largo de la cual tiene que ir si ha de llegar alguna vez a la transfiguración.

VIII

Vivir sin saber, sin el saber, no es vivir. La duración sim-

ple, la duración cotidiana, no agrega necesariamente elementos estables al patrimonio del hombre. Si el saber estuviese en función con el durar, el hombre negligente, que gracias a una confirmación fisiológica afortunada y a un haber de fortuna lograra vivir cien años, llegaría a ser un sabio y podría decir que ha vivido.

Pero el saber es como la riqueza. Ya no cae de arriba sino que es fruto del esfuerzo paciente, de la voluntad de saber, del propósito de saber. Esto es lo que da a muchos hombres jóvenes en edad, mayor saber y mayor valer que a muchos hombres viejos que han vivido largo tiempo sin esfuerzo.

Porque el fluir de la vida es complejo, no simple. Su contenido no es simple; mas, para aprehender la variedad de su fluencia es menester poner el ojo atento y el oído alerta, es menester esforzarse y equiparse con los instrumentos que hemos recibido con nuestro legado de cultura y de técnica, para efectuar la pesca maravillosa del saber, para coger ese contenido.

Y no vaya a pensarse un instante que esta dedicación al saber, a la pesca fructífera, redundará necesariamente en la pérdida de otras conquistas útiles. No se vaya a pensar que el hombre que estudia, que analiza, que integra, que relaciona y estructura conocimiento lo hace a costas de logros igualmente valiosos de un modo necesario. La vida puede vivirse como simple duración, sin contenido diligente, sin aprovechamiento esencial, sin conquista concreta. La vida puede ser gastada en movimiento perdido que no añada agilidad ni fuerzas mayores a la musculatura —digamos— espiritual. Es dable perder la vida inútilmente, o con precario logro, sin hacerse efectiva, sin alcanzar su máxima cosecha. El hombre que no aprovecha eficientemente, eficazmente su vida, es como una máquina que sólo produce parte de su tiempo y que el resto resulta total, definitivamente perdido.

Los filósofos han hecho ya la clasificación del caso. Han enseñado que hay el saber cotidiano y el saber crítico, el saber que toma el hecho en su significado aparente o periférico y el saber que coge su esencia al hecho, al suceso, o a la cosa, y que lo relaciona, lo fija, lo pesa y lo mide, lo organiza. El saber cotidiano es útil, sirve para la vida, pero más valioso es el saber crítico, que también sirve para la vida porque da el trazo durable ya que no permanente. Mucho saber crítico como el de las matemáticas y

las ciencias aplicadas pasan con el tiempo a ser saber cotidiano gracias al automatismo de la educación; pero a cada nueva incorporación de saber crítico al saber cotidiano se abren nuevas fronteras a la investigación esencial y el hombre se capacita para un poder mayor.

Hay que advertir, desde luego, que el vivir inútil no implica conquista de saber cotidiano. Puede haber —y las hay— vidas tan desusadas en sus posibilidades superiores, que no acumulen ni siquiera el saber cotidiano y entonces tenemos al hombre perfectamente inútil, al hombre que no sabe vivir, porque vivir no debe ser mero existir, mero durar, mero estar en el mundo sin identificación con la esencia de las cosas, que son las leyes que las ponen en función orgánica, que las llevan a formar sistemas concretos de conocimientos y de saber.

El hombre que acumula el saber cotidiano llega a ser hombre útil dentro de un medio sobre cuyo nivel máximo no alza la frente. El hombre del saber crítico lo hace también sacando la frente muy por encima de ese nivel. El hombre de la vida inútil no sólo queda bajo el nivel del medio sino que hace el papel del animal de fondo, que no se despega de la base oscura, que queda totalmente bajo de las aguas.

Y el vivir cotidiano se puede pasar fácilmente sin la filosofía, quedándose en el fondo.

IX

Pero hasta aquí —a pesar de ciertas desviaciones obligadas en el recorrido de la expresión, ya que en buena parte escribir es hablar andando—, hemos tomado la cosa desde el punto de vista que se nos pedía en un comienzo, cuando la persona que oía el diálogo de quienes aman la sabiduría, preguntóles —no sin cierta intención amonestativa—, para qué servía la filosofía. Hasta aquí hemos mantenido nuestro pensamiento casi ceñido a la pregunta, tratando de encontrarle una solución, procurando —tal vez sin mayor fruto—, indicar la utilidad de la filosofía.

Porque la pregunta, a eso iba. Si tenéis una máquina de escribir sabéis desde el instante de adquirirla para qué os servirá.

Se sabe, aunque el saber no sea integral, para qué sirve un hospicio, un ferrocarril, un barco. Nadie se desvela queriendo que se le diga para qué sirve un aparato de radio, un hacha o un martillo, una silla de montar o una mesa. Cuando se está en presencia de un artefacto nuevo, quien lo ve se hace al instante una idea y queda en paz consigo mismo, si es que no se atreve a pedir, a quien posea esa cosa nueva, una larga y molesta explicación. Y aunque tomemos para análisis o ejemplos cosas de mayor dimensión humana, siempre encontramos un aspecto utilitario, pasando por alto la justificación de lo que pensamos. Las instituciones sirven para algo. Las fuerzas armadas de un país, los Municipios, los servicios sociales, la prensa, el teatro, admiten la expresión de una finalidad inmediata y en esa finalidad inmediata casi siempre se advierte el matiz de la utilidad: tales instituciones son necesitadas por una comunidad. Se ha buscado el provecho para todos, y aquí se tiene un elemento de esclarecimiento precioso, como que se piensa que lo que es útil debe ser algo útil para todos.

Mas, si dejamos ese ángulo de vista, ese punto de vista, algo distinto acontece con relación a la filosofía. Yo podría responder, con más reposo y acierto, quizá a alguien que venga a mí y me pregunte para qué ME sirve la filosofía, para qué ME sirve el filosofar (admitiendo con larga benevolencia e indulgencia que mi fantasía sea un filosofar). Yo respondería de inmediato diciendo que la filosofía me sirve para dar respuesta a una inquietud que me calcina la mente y me caldea en buena parte el corazón. La filosofía me sirve para responder —por mi propia cuenta—, a las más profundas y desoladas preguntas de mi propia inteligencia, para calmar o aliviar la angustia de mi propio sér. La filosofía viene a mí como una salvación, como una liberación, desde luego que algo como una pesada cadena siento sobre mí cuando no tengo una respuesta a las grandes cuestiones vitales que me abruman. Yo no podría vivir en paz dentro de mí mismo —y una tragedia de igual índole habrá pesado a los grandes maestros— si no puedo explicarme yo mismo, si carezco de una idea —de cualquier idea— sobre la naturaleza de las cosas y del Universo, sobre el misterio y la verdad, sobre el todo y la parte. Yo no podría dar un paso más en mi camino si antes no me he logrado siquiera el dulce engaño de una dirección y una meta y si antes no he procurado y obtenido el mapa del mundo o cuando menos los

puntos cardinales. Raro es el hombre que al adentrarse en una selva, sin una brújula y sin un sendero, no siente un intenso sobrecogimiento, como raro es el hombre que en una gran ciudad admite ir e ir, indefinidamente, sin tener noción del rumbo por donde va y de la final parada en su recorrido.

Y como todo este responder a las preguntas de la vivencia interior acaba por poseer quien la vive, resulta que pocos hombres han podido resistir la tentación de decir a los otros, a sus semejantes, lo que ellos han oído como respuesta a sus inquietudes, sabiendo o dando por sabido que la inquietud que nos desvela tiene que ser común a los otros. De allí que se escriban cosas y libros de filosofía y que desde los viejos tiempos de Grecia, desde las edades indostánicas, hayan venido hasta nosotros expresiones más o menos completas del filosofar. La filosofía está allí, de esta manera, como un producto y un producirse, y poco habría influido en el ánimo de los filósofos la afirmación de lo inútil —sin utilidad cotidiana y práctica—, del filosofar.

Una expresión, en fin, de la vivencia interior, es el filosofar. Y no se crea en manera alguna que sólo los filósofos caen en esta debilidad nobilísima, de dar fuera de sí, o fuera de ellos mismos, lo que han descubierto, sorprendido, intuído o adivinado, y que ese dar sea siempre un dar de algo que no es una herramienta para labrar la tierra o forjar un artefacto. Como que igual cosa pasa con el poeta. Nada más inútil que el poema. Pero el poema es la liberación del alma del poeta. El poeta que no escribiera su poema acabaría por enloquecer o morir. La necesidad de dar salida a lo que se ha vivido en los sueños no puede medirse, y cuando está lleno de fuerza y de verdad no echa de ver ni el vocerío del oleaje en la playa ni la soledad y el silencio del desierto. La cosa ha de decirse y ha de quedar dicha por los siglos de los siglos.

Ni cosa útil ha de ser el cuadro del pintor, la estatua del estatuuario, la sinfonía de quien ama el sonido cuando el sonido se ha vuelto un ala para los vuelos celestiales. Una comunidad humana puede vivir el hoy, puede vivir el momento presente sin filosofía, sin arte, sin nada que exprese valor por encima del valor de todos los días. Una comunidad puede vivir, reproducirse, moverse, dormir, sin que la haga falta mayormente el arte, la poesía, la filosofía. Pero no podrá vivir mucho tiempo en una ausencia

tal de la expresión de los valores supremos de la vida. Porque a medida que esa comunidad haga su recorrido histórico, a medida que vaya a lo largo del tiempo, nuevas necesidades irán surgiendo dentro de ella misma. Sus gentes irán descubriendo cosas —valores— nuevos, y, a cada descubrimiento, vendrá una expresión y empezará lo que es arte, lo que es filosofía, lo que es verdad superior, como la respuesta a un buscar indomeñable, a un inquirir tenaz, y se producirán las obras del arte y la filosofía como el resultado de ese vivir interior. Nacerá en todas las gentes del mundo la necesidad de algo que no puede pensarse ni medirse materialmente. Nacerá la necesidad de realizar el ideal —la aspiración distante— que se habrá formado, y que habrá surgido, a su vez, del crecimiento mismo de la sensibilidad del hombre y del acervo de sus experiencias históricas.

De igual manera que nace la fe religiosa como respuesta a esa certidumbre de estar el hombre en el mundo colocado por algo que le es anterior y superior, así nace la voluntad del saber, la voluntad de expresarse, la voluntad de amor hacia valores que no están al alcance de nuestra mano. Se trata, pues, de un natural desenvolvimiento del espíritu humano.

Pero algo más. Porque ya hemos sospechado que el saber acaba por proyectarse en la vida y que irá cada vez proyectándose más. La difusión de la cultura cargará de anhelos superiores a la humanidad entera y llegará un día en que la sociedad humana tenga que responder —como se responde al rayo o al alud—, a las exigencias del espíritu, tenga que responder al modelo que hayan anticipado las más nobles inteligencias del mundo. Y esto será como el traer a la tierra el reino que está en los cielos.

ESPEJO DEL PASADO

El pasado nos salva del presente creando un robusto porvenir.

JOSE ORTEGA Y GASSET.

“LA LIBERTADORA DEL LIBERTADOR”

Por César A. Dueñas Ybarra

La vida de los grandes hombres que plasmaron el espíritu de América es, ofortunadamente, conocida dentro y fuera del Continente. Espejo, Olmedo, Rocafuerte, Montalvo, González Suárez, García Moreno y otros altos valores de mi Patria, grabados están, más o menos con firmeza, en la conciencia de quienes guardan devoción por la tradición y los ideales americanos.

Esta noche vengo a exaltar brevemente ante ustedes la vida de una de las figuras femeninas más recias de nuestra historia y de la historia americana. Mi charla es un resumen de hechos, magnífica, amena y muy documentadamente tratados ya, por un viejo amigo mío, pensador profundo, literato de relieve y vigoroso periodista, partidario leal de la verdad histórica: Alfonso Rumazo González, actual Cónsul General del Ecuador en Montevideo. El ha dibujado magistral y totalmente el cuadro de esta mujer dentro del marco de la historia. De esta mujer ampliamente conocida por los que amamos el sentido bolivariano de la historia nuestra, que es el sentido ecuménico de la historia continental. Con su anuencia, otorgada hace tiempo, vengo ahora a seguir por la senda firmemente trazada, aunque con carriles propios y afanes persona-

Charla pronunciada por su autor, la noche del 9 de agosto de 1948, en la Biblioteca Nacional.

les. Escaso es, por tanto, el mérito de mi propia cosecha, pero sí muy grande mi cariñosa admiración por esta mujer ecuatoriana que tuvo la audacia de pasar a la inmortalidad, hombro a hombro con Bolívar, aureoleada por las dos grandes pasiones de su vida: la pasión por la libertad y la pasión por el Genio de la libertad.

—

Corría el año de 1828, y en la noche del 25 de septiembre la brumosa y blasonada capital de Colombia vivió horas de angustia y casi de tragedia, cuando elementos triturados por la ambición del Poder y por oscuros celos de una gloria inmensa y nítida, fraguaron la miserable conspiración que estuvo a punto de acabar con la vida del Padre de la Patria, del gran libertador Simón Bolívar. Algo enfermo, reposaba el caraqueño en su alcoba del Palacio de San Carlos y acompañábalo solícita doña Manuelita Sáenz, su amiga. De pronto, un tropel de hombres armados se aproxima a las habitaciones de Bolívar. Manuelita, armada también, de bazarra varonil, detiene y entretiene a los conspiradores que ya penetraban en la alcoba animados de funesta resolución, mientras Bolívar logra saltar a la calle por una ventanita lateral, esconderse bajo un puente y, ganando posteriormente la plaza, evitar su segura muerte. Fracasado el intento asesino por la presencia de ánimo y el valor de una mujer, pese a los graves malos tratos de la soldadesca, Manuelita corre a la Plaza Mayor en demanda de su amado, al que encontró ya a caballo, rodeado de sus guardias, de varios oficiales amigos y de una multitud que daba vivas al Libertad. Al acercarse Manuela, el ilustre «hijo de Colombia y Marte», presa de gran emoción, exclamó: ¡Viva la Libertadora del Libertador! Galano tributo a la valerosa dama. Frase que es hermosa simbiosis de amor y gratitud, de admiración y respeto, de fe en quien, por afecto y patriotismo, expuso su feminidad y su vida; frase que es ya de la historia y con la cual, desde entonces, se nombra a la genial y apasionada Quiteña, amante de Bolívar.



Nació Manuelita en la ciudad de San Francisco de Quito, a principios de 1797, de la unión ilegítima del noble español Don Simón Sáenz de Vergara y de la no menos linajuda criolla, doña María de Aispuro. Nació como producto de una época que, al igual que en toda América Hispana, hacía un tanto la vista gorda sobre la moral y las buenas costumbres, conservando, en apariencia, la rigidez de principios que sus propios predicadores se encargaban de quebrantar.

De inmediato se entablaron diferencias y rivalidades entre esta niña y su madre, de un lado, y la familia regular compuesta de esposa, hija e hijos del enamorado, ambicioso y cruel don Simón, servidor fidelísimo del rey, por conveniencia, y hombre capaz de obtener sus propósitos y arribar al fin propuesto, por todos los medios a su alcance, decentes o indecentes. Manuelita conoce a sus hermanos de padre más tarde, de los cuales recibe desdeñes que enraizarán profundamente en su memoria; especialmente recordará, después, con desprecio, de su hermana Eulalia, odiosa y presumida, orgullosa y pedante, idéntica a la madre y, como ella y don Simón, convencida y furibunda realista. Sus hermanos, mejor portados, abrazarán posteriormente la causa de la libertad, que será siempre la causa de Manuela y de su madre, dividiéndose así la familia en dos bandos irreconciliables por la moral y la política.

Ya desde principios de 1809 se respiraban en Quito aires de emancipación. Los nobles criollos de pensamiento y cultura, y el pueblo que sufría por los gravosos impuestos, vivían inconformes con el régimen monárquico, cuyas sabias leyes dictadas para Indias eran tan desvirtuadas y mal aplicadas por quienes ejercían autoridad en estas tierras y sólo ambicionaban riquezas y poder. El espíritu americano de rebeldía, fermentaba ya en las breñas de los Andes ecuatorianos y mil demostraciones de descontento y rencor eran amenazante presagio de un cambio de ideas, hombres y sistemas que, indudablemente, alarmaba a los españoles.

Los acontecimientos del 10 de Agosto de 1809, fecha en que se proclamó nuestra Independencia, debieron influir y perdu-

rar profundamente en el ánimo de Manuelita, niña de doce años y espíritu abierto a las grandes sacudidas emocionales. Desde entonces, dirigirá todo su entusiasmo e inquebrantable voluntad a la obra prodigiosa de la emancipación; «desde este 9 de Agosto —dice Rumazo González— Manuela no se libertará ya nunca de cuatro puntos que informan su existencia: ser libre, libérrima, en cuanto a moral; amar con delirio u odiar en el mismo grado; ser rebelde, revolucionaria, belicista, tempestuosa; entender la vida a lo grande y conformar todos los actos a esta actitud elevada en la cual, por otra parte, vienen involucrados todos los desprendimientos y aún todas las generosidades. «Amable loca» la llamará Bolívar; «mujer excéntrica», O! Leary; «parecía una reina», Garibaldi; «perfecto tipo de la mujer altiva, mujer superior acostumbrada al mando», Ricardo Palma; «un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos», ella, a sí misma.

Manuela y su madre presenciaron con horror la terrible represión del 2 de Agosto de 1810, cuando fueron inmolados en Quito los primeros mártires de nuestra Independencia. Ambas, amigas de la causa revolucionaria y de los destacados próceres Montúfar, Salinas, Quiroga, Morales y otros, cruelmente asesinados en el Cuartel del Real de Lima, huyeron de la capital hacia una de sus fincas cercanas por temor a las represalias y para llorar en la soledad campesina la pérdida de sus caros amigos, inútiles ya para el servicio de la libertad.

Manuelita, desde la infancia, tiene entre su servidumbre a dos negritas esclavas de parecida edad: Jonatás y Nathan; las dos crecieron juntas con su ama, jugaron con ella en sus retozos infantiles; ellas la iniciaron, quizá, en los primeros secretos de la vida; ellas coadyuvaban en sus amoríos efímeros al hacer las primeras armas y, después, en sus relaciones vehementes con Bolívar; ellas le ayudaron en sus desplantes singularmente varoniles; ellas cuidaban de las galas con que luciría estelar en los salones de sociedad; y ellas, con fidelidad que asombra, la acompañaron hasta

el final de la jornada, cuando la tumba dió término a esta agitada vida, pletórica de virtudes y pasiones. Con ellas correteaba por el campo siempre verde en las praderas serranas de horizontes inmensos; cabalgaba bajo un sol de rayos ecuatoriales, daba a su espíritu anchura de imaginación y ensueño, de ideales vislumbraos y conquistas altaneras, y a su cuerpo, vigor y flexibilidad, encantos y voluptuosidades, en ese amanecer de los instintos que preparan nuestro tributo al gran misterio de la Naturaleza. Desde entonces, amanecía en Manuela, la mujer de incitante y rara hermosura.

A los 17 años, inició los pobres estudios de la época, encerrada en el Convento de las Catalinas y difícilmente adaptada a la ortodoxia del Claustro, luego de haber pasado por el libre deambular campestre. Poco después, con ayuda de las negras celestinas, escapó del convento en una aventurilla amorosa con el capitán d'Elhuyar, que provocó multitud de acres comentarios sociales; y, más tarde, para evitarlos y destruirlos, su familia arregla un matrimonio de conveniencia con un rico y prestigiado médico de cuarenta años, el doctor Jaime Thorne, a quien jamás amaré Manuela. La posición del galeno británico en la señorial San Francisco de Quito, prestaba suficiente interés y garantías para la vida económica y social de la bella Manuelita y él, poco amante de prejuicios, la cubriría siempre bajo el palio de su inmenso y flemático cariño. Caracteres y temperamentos diametralmente disímiles, nunca pudieron avenirse. Ciertamente que Manuelita nada hizo por lograrlo, ni era posible que lo haga. Su vida sentimental estaba enrumbada por otros cauces de vehemencia que la encumbrarían a regiones altísimas de amor, de triunfo y de gloria. Para conocer la opinión que su esposo le mereciera, basta la descripción que, en breves frases, hizo más tarde de él: «Como hombre —le dice en una carta— usted es pesado; la vida monótona está reservada a su nación. El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa. Yo me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas. Los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque usted no lo ha sido conmigo, pero sí más celoso que un portugués». Y varios años después, en otra carta, le espeta esta frase: «Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este gene-

ral —se refiere a Bolívar— por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiera ser la mujer del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido usted mejor para haberlo dejado... Sin embargo, Thorne se apasionó siempre por su esposa, la perdonó mil veces los deslices y siempre trató de atraerla a su lado y rehacer la vida junto a la mujer que idolatraba. Aún al final de todo, cuando todo había terminado y Bolívar estaba muerto y Manuela, sola y sin recursos, atardecía también, él enviaba en su ayuda sumas de dinero que la altiva quiteña, por cierto, nunca quiso aceptar. Pero la extraordinaria Manuelita, alimentada por un espíritu formidable, por un fuego interior capaz de todos los arrebatos, de todos los triunfos, de todos los sacrificios, de todas las plenitudes, vivió en alturas excelsas a donde no podía jamás llegar la plácida, cómoda y monótona vida que se le ofrecía tenazmente.

—

En busca de nuevos horizontes que presten escenario diferente a la difícil situación creada en el hogar; el uno, devorado por los celos, para tratar de encarrilar a su esposa por las sendas de la normalidad hogareña y la otra para abrir un paréntesis de interrogantes sorpresas en la insipidez cotidiana de una existencia pobre en emociones, y ligada a un hombre con el cual vivía solamente por razones de orden social, trasladaron, a principios de 1819, su residencia a Lima, la ciudad galante y virreynal. Manuela Sáenz, la quiteña, se impuso inmediatamente, por su belleza, por su extraordinaria elegancia, por su distinción y su dinero, pero mucho más por su magnífico talento y gracia incomparable, en los linajudos y deslumbrantes salones limeños, donde arrebató la admiración de todos en los bailes cortesanos, en los saraos principescos, en esas fiestas de Lima, émulas de la corte madrileña, llenas de lujo, boato y placer. Otra ecuatoriana bellísima triunfó también en el clima acariciante de la capital peruana: Rosa Campuzano, nacida en las riberas del caudaloso Guayas; ella se vinculó estrechamente a Manuela, corriendo juntas inolvidables días de

aventuras galantes, de triunfos femeninos, de agitaciones revolucionarias y de magníficas y renovadas emociones.

—

Un gran acontecimiento turba por esos días la tranquilidad española de Lima, donde ya se conocían los hechos revolucionarios ocurridos en las otras secciones del Continente.

México, Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Argentina y Chile, se habían ensangrentado ya con la lucha emancipadora. En Agosto de 1820 salía de Valparaíso una escuadra al mando del Jefe de la Armada chilena, Lord Cockrane, conduciendo a cuatro mil hombres de guerra, con los cuales el general José de San Martín iba a libertar el Perú. En Octubre del mismo año se supo, además, que el puerto de Guayaquil, de los más importantes del mar del Sur, había proclamado su independencia, lo que representaba para los españoles un gravísimo golpe militar, ya que perdían el único arsenal de la costa del Pacífico, 1500 hombres de sus fuerzas, varias naves de guerra allí surtas y significaba la interrupción de las comunicaciones con los gobiernos de Quito y Pasto. Quito, después de su revolución triunfante, había caído nuevamente en poder del gobierno monárquico, por procedimientos poco escrupulosos del depuesto Presidente de la Real Audiencia.

Ante la noticia, los limeños, ansiosos también de independencia, se agitan poderosamente e inician por todas partes conspiraciones contra el virrey y su gobierno. Este es el campo de acción acostumbrado y preferido por Manuelita, amante de las aventuras y de las libertades. Ella y Rosita Campuzano intervienen resueltamente en ayuda de los conspiradores limeños, con valor, con tenacidad y con una astucia para despistar a los enemigos digna del más consumado político y del más hábil revolucionario. Las dos se multiplican en salones y paseos, en corrillos y visitas; organizan fiestas en sus casas, con fines ocultamente políticos, para sorprender conversaciones interesantes, para pescar palabras sueltas que se escapan de los labios españoles; en fin, despliegan actividades asombrosas y revolucionan el ambiente ya caldeado,

despertando vigorosos fervores por la causa de la libertad. Para algo se hicieron la astucia y la gracia femeninas; para algo se sabían bellas y fascinantes, para algo conocían bien los entretelones intrigantes del virreynato. «Singularísima la conjunción de estas dos mujeres —dice nuevamente Rumazo González— tan diferentes, tan seductoras, tan llenas de aventura y sensualismo. Dulcemente femenina la guayaquileña, funda todos sus éxitos en la delicadeza, en el llanto, en los desmayos, en las joyas de alto valor, en el canto, en tocar con sus lindas manos el clavecín y la vihuela, en sentir las singulares emociones de la conspiración contra el virrey. La quiteña, en contrario, no llora casi nunca; prefiere encolerizarse; detesta las joyas y sólo lleva —eso sí todos los días— un grande anillo de oro o de coral pendiente de sus orejas pequeñas; no canta, manda; no se acerca a las guitarras, prefiere acariciar los galones militares y las espadas; conspira también, pero impositivamente; habla con elegancia e interés, en palabra fácil y nada presuntuosa. Mientras Rosita se desvive por hacerse recibir y atender por las damas limeñas, en natural reacción contra la modestia de su cuna, Manuela desdeña a las mujeres, le satisface que le atiendan los hombres. La primera es devota, muy sensible; la segunda, librepensadora. Cuando van juntas desconciertan por la belleza, la elegancia, la inmensa atracción sentimental y sexual que poseen. En la guayaquileña brillan unos ojillos azules de cielo transparente; en la quiteña unos ojos negros inquietísimos, que despiden luz. La boca de la costeña es diminuta, de labios muy finos; en los de Manuela hay una constante invitación al beso. Casi tienen la misma edad, pero Rosita es soltera. Cuando llegó a Lima, en 1817, la hacía compañía un acaudalado español bastante entrado en años. Y el tradicionalista Ricardo Palma, anota: «En breve los elegantes salones de la Campuzano fueron el centro de la juventud dorada. Los Condes de la Vega del Ren (en cuya casa se conspiraba activamente contra los españoles) y de San Juan de Luringancho, el marqués de Villafuerte, el vizconde de San Donas y otros títulos partidarios de la revolución; Boqui, el caraqueño Cortínez, Sánchez Carrión, Mariátegui y muchos caracterizados conspiradores en favor de la causa de la independencia, formaban la tertulia de Rosita que, con el mismo entusiasmo febril con que las mujeres se apasionan de toda idea grandiosa, se hizo ardiente partidaria de la patria».

— —

Lima recibió al general San Martín, a lord Cockrane y a su ejército con los honores del triunfo. Espléndidos banquetes, fiestas y bailes de gran suntuosidad fueron dados en su honor, en un derroche incontenible de alegría y de fe libertadora. Manuela y Rosita no perdían los elegantes bailes y ambigús de Palacio y conquistaban, por su gracia y donaire, las admiraciones locas de los apuestos oficiales chilenos y argentinos.

Como curiosa coincidencia de la historia, cabe anotar que los dos magnos Libertadores suramericanos tuvieron por amigas a dos destacadas y bellas mujeres, nacidas bajo el signo fecundante de la línea ecuatorial: Manuela Sáenz y Rosa Campuzano. Dos mujeres dignas por mil títulos del amor de aquellos Grandes.

— —

De manos del Protector del Perú y junto con otras ciento treinticuatro damas, entre las cuales figuraban las condesas de San Isidro y de la Vega y las marquesas de Torre Tagle, Casa Boza, Castellón y Casa Muñoz, recibieron Manuelita y Rosa —la favorita de San Martín— la Orden de las «Caballeras del Sol», «por su adhesión a la causa de la independencia del Perú», como reza el Decreto. Ello debió sacudir, más fuertemente aún, el espíritu de esta singular quiteña, tan enamorada de los ideales altos, tan impulsiva en la lucha, heroica en el esfuerzo, vertiginosa en el triunfo, serena ante la adversidad, animosa ante el dolor, digna, en todo instante y por todo concepto, de fraguar la ardorosa pasión que por ella tuviera el Capitán de los Andes, aquél que poesía, en sumo grado, todas estas virtudes espléndidas y muchas otras más.

.....Y así transcurría la vida limeña, cortesana y fiester, prodigando placeres romancescos en las tibias noches de luna, envueltas en caricias marineras, en perfumes trashumantes y en

farándulas de luces nocherniegas. Muy pronto, empero, el destino cambiaría la vida de Manuela, uniéndola a otro con férreas y definitivas ligaduras.

Dos años más tarde, en 1822, Manuela y su padre, el viejo don Simón que se hallaba en Lima en viaje de negocios, partían a Quito. Ella iba a visitar a su madre. Mas ignoraba que en su viaje encontraría la plena posesión de su incontinenencia espiritual, la realización fecunda y vibrante de su vida hecha para amar las grandes cimeras.

El general Sucre se halla al frente de las Tropas que libertarán al Ecuador, entonces Real Audiencia de Quito. Bolívar, triunfador en Carabobo, Las Queseras, Boyacá, Bomboná y cien combates asombrosos y heroicos, se dirige también hacia Quito. El 24 de Mayo de 1822 se libra la Batalla de Pichincha y termina la dominación española en la cuna de Atahualpa. Poco después, Manuela conoce al general Sucre, con quien la unirá desde entonces y siempre una gran amistad, leal, sincera, invariable; Sucre y Manuela y los Ybarras, Diego y Andrés, fueron, sin duda alguna, los únicos y auténticos amigos del Libertador; fueron los únicos que, por su desinterés y especiales virtudes, comprendieron y amaron plenamente al Libertador.

—

Es el 16 de Junio del mismo año de 1822. El Padre de Colombia hace su entrada triunfal a la heroica y castigada ciudad de Quito. La villa colonial, vestida de sus mejores galas, se desborda materialmente para presenciar, entre el ruido de los bronces echados al vuelo, de vítores y aplausos, de arcos triunfales, fuegos fatuos, cohetes, petardos y músicas marciales de las murgas callejeras, la apoteosis de Bolívar. Los balcones quiteños derrochan primavera: tras la policromía de las flores de excitante y delicado aroma tropical, tras las colgaduras y brocados de finísima seda damascena, tras los festones, gallardetes y banderolas tricolor, manojos de bellísimas quiteñas se apretujan emocionadas, para ofrendar a Bolívar la frescura de su simpatía, de su respeto, de

su admiración, y cosechar, en pago, siquiera, una mirada del joven y enamorado paladín, que trae un séquito de glorias y visiones sorprendentes. Llega el caraqueño uniformado de gala y caballero en su blanco y caracoleante potro. Le acompañan el general Sucre, que salió a su encuentro, 300 oficiales distinguidos y 700 de los bravos lanceros del indómito Páez. «No sólo la gente visible de los pueblos —dice Vicente González— sino hasta el más miserable labrador ha salido a su encuentro, o a coronarlo, o a regarle rosas. El que menos lo llamaba Moisés, y no hubo quien no vertiese lágrimas al verlo». Manuelita, soñada como nunca en la lozana plenitud de sus 25 años, y poseída de emociones embargantes, contempla el grandioso espectáculo, en medio de amigos y familiares, desde su balcón de la Plaza Grande. Al pasar el hijo de la guerra, le arroja a las sienes una corona de laurel. Bolívar alza la cabeza, queda deslumbrado por la maravillosa quiteña y clava en Manuela sus ojos negros y penetrantes, inclinando después la espada en elegante y militar saludo. El rayo se cruzó en esas miradas, y desde ese minuto sus espíritus se unieron en un incendio calcinante de sentimientos parejos. Por la noche, durante el gran baile de gala que ofrece la ciudad al Padre de la Patria como tributo de cariño, conoce el Libertador a Doña Manuela Sáenz de Thorne. «Ha debido parecerle a Bolívar al símbolo viviente de sus sueños, el orgullo en su forma más graciosa, la gloria junto con la sonrisa más mundana, la habilidad, el ingenio personificados en una mujer de extremada belleza, la frescura, la sonrisa, la audacia; la primera mujer capaz de montar a caballo como él, hábil en el manejo de las armas y versada en Tácito y Plutarco.... Este encuentro, ocurrido cuando Bolívar se halla en el apogeo de sus victorias, no puede sino proporcionarle ánimo para acometer nuevas y más temerarias empresas. Coincide con sus resueltos pasos para alejarse de su patria por un gran camino extranjero y con el trastorno que produce en su corazón la vista de la mujer más hermosa de su existencia. Así, como si fuera una intensa novela, las fuerzas de vida, de amor y de combate del héroe alcanzan su culminación en un mismo momento y levantan hacia el ápice a un hombre de cuarenta años». Lo anterior es comentario de Emil Ludwig. En efecto, nacieron el uno para el otro; sólo una mujer como Manuela, que poseyó la conjunción suprema de un espíritu selecto, de una grande y cultivada intelligen-

cia, de un raro don de gentes, de un temperamento apasionado y vehemente, amén de sus deliciosas gracias femeninas, podía arrebatarse a otro gran espíritu digno de ella; mejor dicho, sólo ella fué digna del amor de Bolívar, de la pasión formidable de Bolívar, pasión definitiva, muy distinta de los fugaces escarceos que adornaron, como guirnaldas, su vida luchadora, solitaria y galante. «Ni María Teresa, su esposa fallecida —anota Rumazo González—, ni Fanny Villars, la adorada prima envuelta en las galantes encrucijadas de Versalles; ni Josefina Núñez, la famosa «señorita Pepa» que decían los soldados venezolanos; ni Isabel Soublotte, la de los cabellos rubios en tierras de la Guayana; ni Manuelita Madroño, en la sierra peruana, pudieron nunca conquistar el corazón y el pensamiento y todas las facultades del Libertador. Sólo Manuela Sáenz, por la excelsitud de su mente, de su sentimiento, de su preparación, y por el vigor de su carácter, pudo llegar a tan encumbrada cima. Como podrá advertirse, se impuso a todo y a todos y fué la compañera fidelísima, inteligente, digna del grande hombre; pero una compañera de felicidades y hondísimas tristezas, en los intentos autoritarios y en los renunciamientos, a través de las horas solemnes en que su amante es el hombre más poderoso y dentro de las horas sombrías en que la traición o la enfermedad tratan de arrastrar a la tumba al genio».

Así, como un chispazo, se encienden los amores de Bolívar y Manuela: amores que los quemarán por el resto de sus vidas y los atarán, con tan recia trabazón, que nada, absolutamente nada, podrá destruirlos. Ni la áspera situación moral, ni los derechos del esposo aladeado, ni las conveniencias sociales, ni las habladurías envidiosas de la gente, despreciadas soberamente por Manuela; ni, quizás, sus mutuas y pasajeras infidelidades que no afectaron nunca su fidelidad espiritual, ni la enfermedad, ni la muerte, porque la quiteña terminará sus días sintiendo hondamente el recuerdo del amado. Estos dos espíritus vivieron siempre unidos, hasta el fin, por un amor pecaminoso, es cierto, pero redimido ante la historia por la calidad de su pasión, por la grandeza misma de sus protagonistas y por ese culto total a la causa de la Patria, que era la causa de América y la causa de ellos mismos. Desde ese tiempo Manuelita actuaba, directamente, en la obra del Libertador; se creía parte de la misma; sentía el imperativo de la lucha a su lado e intuía la grandiosidad y visión continental del guerrero, del político, del estadista, del pensador, del demócrata, del

caudillo, del hombre múltiple y excepcional que se llamó Simón Bolívar. Con talento, acuciosidad y diligencia se hizo cargo del archivo personal y secreto de su gran amante, que confió sólo a ella el cuidado y la conservación de tan valiosos documentos. Manuelita intervino, pues, plena y decididamente, en las campañas políticas y militares que forjaron la vida de cinco naciones americanas.

— —

El doctor Thorne, quien seguramente conocía ya de oídas las románticas relaciones entre Bolívar y Manuela, la llamó vivamente, exigiéndole regresar a su lado. Bolívar, agitado por remordimientos que tal vez en el fondo no sentía, escribe a su amada: «Mi bella y buena Manuelita: Cada momento estoy pensando en ti y en la suerte que te ha tocado. Yo veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor. Lo veo bien y gimo de tan horrible situación, por ti, porque te debes reconciliar con quien no amabas, y yo porque debo separarme de quien idolatro. Sí, te idolatro hoy más que nunca jamás. Al arrancarme de tu amor y de tu posesión se me ha multiplicado el sentimiento de todos los encantos de tu alma y de tu corazón sin modelo. Cuando tú eras mía yo te amaba más por tu genio encantador que por tus atractivos deliciosos. Pero ahora ya me parece que una eternidad nos separa: porque por mi propia determinación me veo obligado a decirte que un destino cruel pero justo nos separa de nosotros mismos. Sí, de nosotros mismos, puesto que nos arrancamos el alma que nos da existencia, dándonos el placer de vivir. En lo futuro tú estarás sola, aunque al lado de tu marido; yo estaré solo en medio del mundo. Sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo». Como antes se dijo, ninguna consideración podría quebrantar el fuego diluyente de estas almas estrechamente confundidas.



Poco después, el Perú necesita de Bolívar; el Padre de Colombia es llamado urgentemente para luchar por su naciente y amenazada independencia. Ya cumplirá él las geniales predicciones y sus inmensos delirios sobre el Chimbarazo, de llevar triunfante la bandera de la libertad del Orinoco al Potosí. En el Sur reina entonces el desconcierto. Las ambiciones y rivalidades surgidas entre los políticos, con posterioridad al retiro definitivo del Protector San Martín, que exclamara, al alejarse de la vida pública: «Bolívar y yo no cabemos en el Perú», están a punto de acabar con la obra duramente iniciada en favor de la liberación. Urgidos por el Embajador Portocarrero del Perú, el Libertador y su Lugarteniente, el immaculado general Sucre, responden al llamado y parten hacia Lima.

A Manuelita, que seguirá más tarde a su amante, le toca actuar diligentemente en la política quiteña, y le toca, cierta vez, sofocar con hombría un motín callejero ocurrido en Quito como protesta por los desmanes de las autoridades. Al decir de Pereira Gamboa, Manuelita salió «Jinete en un potro color jaspeado, con montura de hombre, pistolerías al arzón y gualdrapa de marciales adornos; vestida a lo turco, con el pecho levantado sobre un dormán finísimo, meciéndose sus bucles bajo un morrión de pieles, garbeada la cabeza por cucarda y plumajes militares, y sus pies por diminutas botas de campaña, con espolines de oro», y así restauró, en favor de Bolívar, el orden peligrosamente alterado.

Viaja a Lima la enamorada quiteña, en compañía de su madre, poco después de Bolívar, y va a enfrentarse nuevamente con los celos y rabiets de su testarudo esposo y a demostrar a todos que nadie ni nada podría alejarla de su amor y de la gloria de su amor. Despliega otra vez, entre el porte aristocrático de las encantadoras limeñas, su gracia exquisita y su belleza y talento incomparables; se multiplica para conocer y desvirtuar las intrigas y los peligros que puedan afectar a Bolívar y actúa incansable en defensa del amado y de la difícil tarea que le espera. En todas partes es admirada, envidiada o temida, pero se la respeta siempre, y Bolívar, caballero del mundo, hace que se le guarde ese

respeto en todo instante. «Todos los generales del Ejército —anota Palma— sin excluir a Sucre y a los hombres más prominentes de la época, tributaban a Manuela Sáenz las mismas atenciones que habrían acordado a la esposa legítima del Libertador. Las señoras únicamente eran esquivas para con ella; y ésta, por su parte, nada hacía para conquistarse simpática benevolencia entre los seres de su sexo».

Refiriéndose a las entrevistas de los dos enamorados, bajo el clima acariciante y tibio de la ciudad de los virreyes, refiere Boussingault una escena, digna de conocerse por lo jocosa y por ser reveladora del fiero y celoso temperamento de la hija de Qui-
to:

«Era generalmente en la noche —dice— cuando Manue-
lita visitaba al general. Llegó allí una vez que no era esperada. Héte aquí que encontró en el lecho de Bolívar un magnífico arete de diamantes. Hubo entonces una escena indescriptible: Manue-
lita, furiosa, quería absolutamente arrancarle los ojos al Liberta-
dor. Era entonces una vigorosa mujer; apresaba tan bien a su in-
fiel, que el pobre gran hombre se vió obligado a pedir socorro. Dos edecanes lograron con mucho trabajo librarlo de la tigresa, mientras Bolívar no cesaba de decirle: «Manuela, tú te pierdes». Las uñas —muy bonitas uñas— habían hecho tales arañazos en la cara del infortunado, que durante varios días no dejó el cuarto a causa de un resfriado, como se decía en el Estado Mayor. Pero durante esos mismos días recibió los cuidados más solícitos, más tiernos, de su querida gata».

—

Bolívar y Sucre inician operaciones en el Perú, a pesar de su situación militarmente inferior a la del enemigo y luchando aún contra indisciplinas y traiciones entre los propios elementos que aparecían como amantes de la causa. Sale Bolívar hacia el Norte y cae malamente enfermo en Pativilca, donde brota de sus labios aquella palabra hija de su poderoso e invencible espíritu. A Bolívar, aniquilado por el tabardillo, con pocas y desorganiza-

das tropas y falto de recursos guerreros, le pregunta Joaquín Mosquera: «¿Y qué piensa hacer usted ahora, mi general?», y escucha esta respuesta formidable: TRIUNFAR.

Con los españoles nuevamente instalados en Lima, Manuela abandona la ciudad y sale en busca de su amante enfermo. Desde entonces, con ligeros intervalos, le acompañará en la ruda vida de campaña, sufriendo la crudeza de los campos inhóspitos, soportando las molestias terribles de las largas marchas, enfrentando con entereza y junto a los soldados la sed, el hambre, el frío de las cordilleras, el cansancio, el peligro y la muerte. Es querida por las tropas que la llaman la generala y a quienes sirve, auxilia, alegra, estimula y da ejemplo de fe y de valor.

Se acerca ya la jornada de Junín; el 2 de Agosto de 1824 Bolívar arenga a las tropas: «¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y aún la Europa liberal os contempla con admiración, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? No, no y no! Vosotros sois invencibles!» El día 6 se inicia el rápido y cruento combate; una furiosa carga de la caballería independiente derrota al enemigo, dando la victoria a las huestes de Bolívar. Manuelita, obligada a guardar una actitud pasiva, presencia como espectadora el singular encuentro y su sangre se enardece y brega por participar también en la sangrienta lucha, junto a los bravos de Colombia, entre el vértigo de las cabalgaduras y el rechinar de las lanzas que destrozan o se quiebran; entre el grito estimulante del clarín, los estampidos tajantes de la fusilería y el flamear bajo la brisa de las banderas tricolores.



Por envidia y animadversión de los hombres que quedaron en Bogotá, frente al Gobierno, Bolívar debe retirarse del mando de sus tropas. Cumpliendo órdenes de éste, y en su lugar, asume la jefatura del ejército libertador el futuro Mariscal de Ayacucho, el héroe de Pichincha, el invicto Antonio José de Sucre. Parte en busca del enemigo para desafiarle a la última y trascendental batalla por la libertad, que se libra en suelo de América. Manuelita sigue con el Ejército de Sucre, custodiando siempre con extraordinarios cuidados el archivo del Libertador. Esta gran dama de la vida muelle y galante, de los salones de raso y espejos venecianos, de los perfumes discretos y embriagantes, de los valsos, las polkas y minuetos y de las intrigas palaciegas; esta reina de la noche tropical, es también una gran capitana, una gran guerrillera, cuando cabalga primorosamente, sin desmayos ni fatigas, frente a los soldados de la Patria, que se encantan en mirarla y admirarla arrebatados por su poderosa personalidad.

El 9 de Diciembre del mismo año, en las llanuras de Ayacucho, se traban en duelo final 9,310 soldados del rey y 5,780 libertadores. Allí, como trompeta que ordenara el triunfo, se oye el grito desconocido y formidable del gran general Córdoba: ¡Soldados, armas a discreción, paso de vencedores! Manuela estaba allí, impetuosa y soberbia, con su encendido rostro y su espíritu en tensión, resuelta a desobedecer las órdenes del propio Sucre y a probar cómo se pelean fieramente los hombres corajudos. Escuchemos este párrafo de Rumazo: «Ha aguardado mucho; quizás ha recibido orden de no moverse. Ella y su caballo, sin embargo, no pueden soportar el estacionamiento. Se precipitan; combate en la caballería de Silva, lucha lanza en mano, con denuedo y bizarría, como veterano capitán, y como trofeo recoge unos soberbios bigotes de un enemigo muerto tal vez por ella misma; con este trofeo se hizo unos bigotes postizos que los exhibía en los bailes de disfraces o en las tertulias santaferneas». Y a Boussingault que dice: «De bravura militar había dado más de una prueba: ella asistió lanza en mano, con el general Sucre, a la batalla de Ayacucho. Recogió como trofeo unos soberbios bigotes con los cuales se hizo hacer postizos».

En Lima se festeja extraordinariamente el triunfo de Ayacucho. La causa de la libertad ha sido definitivamente conquistada; después de esta batalla magnífica el poderío ibero recibió su sentencia de muerte y las playas americanas contemplaron alejarse a los indómitos y colosales centauros de la España inmortal que nos legaron religión y valor, lengua y cultura, es decir, la misma substancia quijotesca de una raza maestra en la civilización del mundo.

Manuela participa de estos triunfos y de estas glorias por derecho virilmente adquirido, y para ella son —al decir de su biógrafo— «en su calidad de heroína, todas las admiraciones, todos los elogios, la exultación de quienes pueden comprender esta clase de acciones femeninas. En el ejército la adoran: en los corrillos se cuentan mil anécdotas que se refieren a su valentía y sacrificio, a su permanente alegría, a la humorada de haberle quitado los bigotes a un godo muerto en la batalla. Pero hay también muchos, especialmente entre las señoras, que condenan su acción. La habrían preferido mujer recatada, hogareña, rezandera, como ellas y ellos, para salvar, al menos, las apariencias de una moral muy discutible».

Pacificado completamente el Perú por el Mariscal Sucre, Bolívar pasa a crear en la provincia del Alto Perú, a su hija más joven y mimada, «Bolivia», a la cual da una Constitución Política especial, obra de su certera y atinada visión de estadista, que aplicará posteriormente a la Gran Colombia y que hará decir a Ludwig: «La Constitución boliviana tiene tanta sabiduría que hay que pensar en seguida en los más altos espíritus europeos». Para Ludwig, todavía, la importancia de nuestros valores o de nuestras creaciones está en estrecha relación con los patrones europeos y cobran mayor relieve, mientras más semejanza guarden con el molde establecido por ellos como lo único digno de imitarse, sin pensar que América, heredera de culturas, ha forjado, sin embargo, sus propias y específicas virtualidades.

— —

Bolívar y Manuela se reúnen y demoran algún tiempo en Chuquisaca, donde viven imborrables momentos de mutua admiración, de triunfos y de glorias, rodeados de halagos, afectos y atenciones de unas gentes que deliran de alegría y gratitud. Bolívar tuvo que partir repentinamente a Lima, y una nueva distancia separa a estos dos seres que no pueden vivir lejos, que no pueden vivir solos, que no pueden pasar sin la constante comunión de sus espíritus. Ella le escribe numerosas y enamoradas cartas, que el perezoso Don Simón deja a veces sin respuesta. Inquieta Manuelita por sus celos y con aguda táctica femenina, le expresa en otra carta la posibilidad de un inmediato viaje a Londres junto con su marido. Bolívar, súbitamente alarmado, le contesta apasionadamente: «Mi adorada: ¿Con que tú no me contestas claramente sobre tu terrible viaje a Londres?!!! ¿Es posible, mi amiga? Vamos! No te vengas con enigmas misteriosos. Diga usted la verdad y no se vaya usted a ninguna parte. Yo lo quiero resueltamente. Responde a lo que te escribí el otro día de un modo que yo pueda saber con certeza tu determinación. Tu quieres verme siquiera con los ojos. Yo también quiero verte y reverte y tocarte y sentirte y saborearte y unirme a mí por todos los contactos. ¿A que tú no quieres tanto como yo? Pues bien, esta es la más pura y la más cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aún con Dios mismo. A la mujer única, como tú me llamas a mí. Tuyo. Bolívar».

Manuela y su madre emprenden inmediato viaje a Lima. La epístola vehemente del caraqueño no era para menos, y eso era, precisamente, lo que ella se proponía. Una vez rotas sus relaciones con el doctor Thorne y haciendo caso omiso de todas las murmuraciones, se instala a reinar como princesa en la quinta de «La Magdalena», donde, al decir de Bernardo Arias Trujillo, «Todo convida al amor como un serrallo oriental; la temperatura grata, los fulgores diáfanos del cielo, los follajes y las fragancias de arboledas y jardines, la sonata de los surtidores, el ambiente yodado del cercano mar, la piel tibia de una tierra seca y táctil, y el pabellón militar de un sol grávido de vitaminas y cantáridas. La Magdalena o la Voluptuosidad debe ser el nombre y el sunom-

bre de la castiza mansión que Lima dió en reconocimiento a su emancipador y padre. . . »

— —

Bolívar, abandonando los encantos de esta vida y presionado por las malquerencias, parte a Bogotá. Los hombres y las masas son efímeros en sus grandes pasiones; tan pronto endiosan como olvidan, tan pronto adoran como desprecian; son, en realidad, como las mareas, que crecen y decrecen arrasando ya en subida o ya en descenso, todo cuanto se pone a su alcance; el atardecer de la gloria es el más cruel de los atardeceres, y el ocaso de la grandeza el más terrible de los ocasos. Los éxitos humanos están sujetos indefectiblemente al eclipse: se inician en ascendente proyección, culminan espléndidos y necesariamente declinan. Los descontentos, los envidiosos, los ingratos, aquéllos que poco antes quemaban incienso en los altares del adulo, principiaron con manejos subterráneos a minar el respeto y el cariño por Bolívar, a crearle dificultades y a hacerle sentirse extranjero en una patria que había libertado. Por otro lado, en Colombia se produjeron incidentes muy violentos entre Santander y Páez, y la unidad del sueño bolivariano reclamaba la inmediata presencia del forjador. En el Ecuador se le recibe triunfalmente, mas, los sucesos de Bogotá se agravan y es preciso apresurar el viaje. Desde la ciudad de Ybarra, y en respuesta a una carta que recibiera en Quito, escribe el Libertador: «Mi encantadora Manuela: Tu carta del 12 de septiembre me ha encantado; todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este estado. Tú me pides qué te diga que no quiero a nadie. ¡Oh!, no!, a nadie amo; a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo y otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa, o de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más. No te mates! Vive para mí y para ti: vive para que consueles a los infelices y a tu amante que suspira por verte. . »

En Lima recibe Manuelita Sáenz un rudo golpe: la muerte de la madre a quien tanto adoró; mas, su espíritu no decae y no disminuye su actividad bolivariana. Habiéndose producido una insurrección en un regimiento, Manuelita «Disfrazada de hombre y pistola en mano —según afirma Augusto Cuervo— penetró a caballo en uno de los cuarteles insurrectos, con el fin de reaccionarlo en favor de Bolívar». Ni en medio de las desgarraduras del dolor deja de cumplir esta mujer con un deber al que ella se siente totalmente ligada: su deber a Bolívar.

A los cuatro años de permanencia en Lima, regresa Manuelita a Quito, su querida tierra. Allí devora estas frases apremiantes del amado: «El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego. Tuyo del alma, Bolívar». Muy pocos amigos le quedaban ya al Libertador y anhelaba consolar su abandono y soledad con el amor estimulante de Manuela. Las pasiones, la envidia y las intrigas han ido desgranando los primitivos afectos y aquellos amigos, aquellos generales, aquellas gentes que otrora se engrandecieron y se glorificaron con él, bajo el manto inmarcesible de su propia grandeza, de su inmenso valor, de su generoso espíritu, hoy militan contra él, destrozando con su ingratitude, con sus rencillas y pasiones pequeñas, con su desunión ciudadana, la vida del gran fundador y Padre de la Patria.

Manuelita sale para Bogotá siguiendo a Bolívar en su peregrinaje hacia el abismo de la desolación y la muerte, sintiendo que sólo ella y su grande y comprensivo amor son los únicos afectos que endulzarán el acibarado trago que ya escancia. Se instaló en la quinta llamada después y hasta hoy «La Quinta de Bolívar», y su influjo se dejó sentir inmediatamente en la sociedad bogotana, a la cual alarmaban sus rarezas y singularidades, sin dejar de admirarla por su belleza, gracia y finura social.

Una interesante nota del extremadamente pudoroso y ya citado Boussingault, presta conocimiento de las maneras algo libe-

rales de Manuela, para aquellos tiempos de vestidos hasta el tobillo y tan llenos de convencionalismos sociales: «Una noche fui a su casa a recoger una carta de recomendación que me había prometido. Esta carta estaba dirigida a su hermano el general Sáenz, residente en el Ecuador, a donde yo iba. Manuelita acababa de comer y me recibió en una salita. En nuestra conversación ponderó la habilidad de sus compatriotas quiteñas para el bordado y, como muestra, quiso mostrarme una camisa artísticamente bordada. Sin más ceremonia, y como lo más natural del mundo, tomó la camisa que llevaba por la parte de abajo y la levantó a fin de que yo pudiese examinar el trabajo verdaderamente notable de sus amigas. Fui obligado a ver algo más que el bordado. Mire, don Juan, cómo está hecho esto, me dijo. Pero hecho a torno, respondí, haciendo alusión a sus piernas. La situación se volvía molesta para mi pudor, cuando fui salvado del peligro por la entrada de Wills». Sin embargo, la encantadora quiteña recibía en su Quinta a numerosos amigos y personalidades que, subyugados por el fulgor apasionante de su vida novelesca y legendaria, gustaban de su trato ameno y cordial y caían bajo el influjo de su poderosa y seductora personalidad, a la cual daba particular atractivo el hecho de ser la amiga de Bolívar, el más grande hombre de su tiempo y, quizás, de todos los tiempos

—

El caraqueño había regresado ya de su solar natal, a donde hubo de ausentarse por razones de gobierno. La sociedad santafereña daba en su honor un gran baile de disfraces con lo más elegante y granado del mundo bogotano. Como la oportunidad era pintada, los enemigos de Bolívar quisieron aprovecharla para intentar contra su vida. El Libertador, advertido de las maquinaciones que se tramaban, no dió importancia a los avisos y concurrió al baile a pesar de los ruegos de Manuela, cuya intuición de mujer enamorada entreveía mortales peligros para él. Doce enmascarados esperaban el momento propicio para asestar el golpe homicida, cuando una mujer, al parecer borracha y al parecer Ma-

nuela, llamó poderosamente la atención del Libertador por sus contorsiones y desplantes. Bolívar pregunta al edecán si en verdad se trataba de ella. «Sí, mi general» le contesta. «Esto es insufrible», dice Bolívar, y sale detrás de la mujer que huía. Los enmascarados, absortos, se preguntan: «¿Qué se ha hecho Bolívar? ¿Dónde está el Presidente? ¡Se ha escapado el tirano! ...» Manuela, ducha en recursos, salvó esa noche, mediante hábil estratagema, la vida de Bolívar.

Y nos encontramos ya de espectadores ante los trágicos sucesos del 25 de Septiembre, con los cuales se inició esta charla y en donde se perfiló definitivamente la grandeza y animosidad de esta mujer resuelta a las mayores abnegaciones y sacrificios por resguardar su tesoro, la vida de su amante, la seguridad de la Patria, la obra inmensa de la emancipación y de la unidad republicana, amenazada a concluirse por la incomprensión de quienes tanto debían al genio de América. Los conspiradores que fracasaron en su primer intento de asesinar a Bolívar, al tirano, como lo llamaban, no cejaron en su empeño, y en torvos conciliábulos decidieron realizar una acción más audaz y terminante que garantizara la total ejecución de sus planes. Se conjuraron para dominar a la guardia mediante elementos adictos, penetrar en el Palacio de San Carlos, residencia del Libertador Presidente y atacarlo a muerte, en forma sorpresiva, anulando toda posibilidad de escape. No contaban, sin embargo, con el espíritu indomable de una mujer astuta, enamorada y valerosa.

Escuchemos parte del propio relato de Manuela, que con sencillez y naturalidad nos pinta tan a lo vivo y tan a lo grande la crudeza de esos instantes supremos en los que ella, maltratada y amenazada a muerte, jugó un papel inolvidable:

«.....Serían las doce de la noche, cuando latieron mucho dos perros del Libertador, y a más se oyó un ruido extraño que debe haber sido al chocar con los centinelas pero sin armas de fuego para evitar ruido. Desperté al Libertador, y lo primero

que hizo fué tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta. Le contuve y le hice vestir, lo que verificó con mucha serenidad y prontitud. Me dijo: Bravo, vaya, pues, ya estoy vestido; y ahora, ¿qué hacemos? ¿Hacernos fuertes? Volvió a querer abrir la puerta y lo detuve. Entonces se me ocurrió lo que le había oído al mismo general un día: ¿Usted no dijo a Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos? «Dices bien», me dijo, y fué a la ventana. Yo impedí el que se botase, porque pasaban gentes; pero lo verificó cuando no hubo gente, y porque ya estaban forzando la puerta. Yo fuí a encontrarme con ellos para darle tiempo a que se fuese; pero no tuve tiempo para verle saltar ni cerrar la ventana. Desde que me vieron me agarraron: «¿Dónde está Bolívar?» Les dije que en el Consejo, que fué lo primero que se me ocurrió; registraron la primera pieza con tenacidad, pasaron a la segunda, y viendo la ventana abierta exclamaron: «¡huyó, se ha salvado!» Yo les decía: «no, señores, no ha huído, está en el Consejo». «¿Y por qué está abierta esa ventana?» «Yo la acabo de abrir porque deseaba saber qué ruido había». Unos me creían y otros no. Pasaron al otro cuarto, tocaron la cama caliente y más se desconso-laron, por más que yo les decía que yo estuve acostada en ella esperando que saliesen del Consejo para darle un baño; me llevaron a que les enseñase el Consejo (pues usted sabe que siendo esa casa nueva, no conocían cómo estaba repartida, y el que quedó a entrar a enseñarles se acobardó, según se supo después). Yo les dije que sabía que había esa reunión, que la llamaban Consejo, a la que iba en las noches el Libertador; pero yo no conocía el lugar. Con esto se enfadaron mucho y me llevaron con ellos, hasta que encontré a Ybarra herido; —se refiere Manuela a Andrés Ybarra, edecán de Bolívar—, y él, desde que me vió, me dijo: «Con que han muerto al Libertador?» «No, Ybarra, el Libertador vive». Conozco que ambos estuvimos imprudentes; me puse a vendarlo con un pañuelo de mi cara. Entonces Zuláivar me tomó por la mano, a hacerme nuevas preguntas, no adelantando nada; me condujeron a las piezas de donde me habían sacado y yo me llevé al herido y lo puse en la cama del general. Dejaron centinela en las puertas y ventanas y se fueron. Al oír pasos de botas herradas me asomé a la ventana y ví pasar al coronel Ferguson, que venía a la carrera de la casa donde estaba curándose de

la garganta; me vió con la luna, que era mucha; me preguntó por el Libertador y yo le dije que no sabía de él ni podía decirle más por los centinelas, pero le previne que no entrara porque le matarían; me contestó que moriría llenando su deber. A poco oí un tiro; este fué el pistoletazo que le tiró Carujo, y además un sablazo en la frente y el cráneo. A poco se oyeron unas voces en la calle y los centinelas se fueron, y yo tras ellos a ver al doctor Moore para Andresito. El doctor salía de su cuarto y le iban a tirar, pero su asistente les dijo: «no maten al doctor»; y ellos dijeron: «no hay pue matar sacerdotes». Fuí a llamar al cuarto de don Fernando Bolívar, que estaba enfermo, lo saqué y lo llevé a meter el cuerpo de Fergusson, pues yo lo creía vivo; lo puse en el cuarto de José, que estaba de gravedad enfermo; si no, muere, porque él se habría puesto al peligro. Subí a ver a los demás, cuando llegaron los generales Urdaneta, Herrán y otros, a preguntar por el general; entonces les dije lo que había ocurrido, y lo más gracioso de todo era que me decían: «y a dónde se fué», cosa que ni el mismo Libertador sabía a dónde iba. Por no ver curar a Ybarra me fuí hasta la plaza, y allí encontré al Libertador a caballo, con Santander y Padilla, entre mucha gente que daba vivas al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo: «Tú eres la Libertadora del Libertador»

—

La grandeza del alma de Manuela culminó en aquella noche septembrina. Nada hay comparable a este gesto de mujer, elocuente y sublime, lleno de valor y resolución, de presencia de ánimo y altivez retadora. Allí se describió cual era, en toda su magnitud, en toda su potencia, en todo su coraje, en toda su inmensa pasión. Salvando a Bolívar salvaba lo suyo, lo íntimo, lo supremo para ella, se salvaba a sí misma, a su mismo espíritu; pero, además, salvaba una obra humana, grandiosa, una idea, una causa por la cual se derramara tanta sangre, se sacrificaran tantos corazones bien puestos, salvaba la vida de una patria en camino a la desintegración y que permanecía unida aún debido tan sólo

al prestigio del genio, minado desventuradamente por las dolencias del alma y por las dolencias del cuerpo. Manuela Sáenz, el 25 de Septiembre, libró a la humanidad de cometer un crimen inaudito y execrable. ¡Qué magnífica y hermosamente fué la Libertadora del Libertador! Ella fué su amiga, fué su amante, fué su confidente, fué su alegría, fué su consuelo, fué su gran amor, y para completar el proceso maravilloso de su entrega total, fué lo único que le faltaba ser: la heroica Libertadora de Bolívar. Dice Ludwig: «Manuela devolvió con aquel gesto al gentil hombre, decepcionado de sus amigos, el convencimiento de que aún le quedaba un amigo en el mundo, pues vió arriesgar la vida por él a la mujer a quien había amado más tiernamente».

La magnanimidad de Bolívar y el noble corazón de Manuela salvaron muchas vidas de conspiradores asesinos, que cayeron bajo el rigor de los tribunales militares.

Nos encontramos en 1830. El inmenso caraqueño aniquilado moralmente por la desunión y la ingratitud y minado por la tuberculosis, abandonó definitivamente el mando, con intención de trasladarse primeramente a Jamaica y luego a Europa. Ya el Ecuador y Venezuela se habían organizado en estados independientes, anulando, para el futuro, la grandiosa concepción bolivariana. Abandonado de todos, asiste al desenlace de su obra y presente el desenlace de su vida. Para orgullo del Ecuador y de Manuela, sólo sus hijos no habían negado a Bolívar, como negara Pedro al Maestro, y al conocer que se alejaba, arrojado y despreciado de todos, le dirigieron una carta que fatalmente llegó tarde a su destino. Le decían en ella: «Excmo. señor Libertador Presidente: Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han avanzado a pedir a V. E. no pueda volver al país donde vió la luz primera; y es por esta razón que nos dirigimos a V. E. suplicándole se sirva elegir para su residencia esta tierra que adora a V. E. y admira sus virtudes. Venga V. E. a vivir en nuestros corazones y a

recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al Genio de la América, al Libertador de un mundo. Venga V. E. a enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador y a suspirar con ellos los males de la patria. Venga V. E. en fin a tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo a donde no alcanzan los tiros de la maledicencia, y a donde ningún mortal, sino Bolívar, puede reposar con una gloria inefable. Quito, 27 de marzo de 1830».

El 17 de diciembre de 1830, en la Quinta de San Pedro Alejandrino, cerca de Cartagena y frente a la inmensidad del mar, se apagaba en la tierra esa inmensidad espiritual que fué Bolívar, para elevarse a la plena serenidad de lo infinito. Desde ese instante el destrozamiento sentimental precipitó el ineludible ocaso de Manuela. Recurre al suicidio para hundir en lo desconocido la perplejidad de su vida deshecha. La salvan de la picadura venenosa con la cual quiso penetrar en las regiones oscuras, y toma su postrera ruta de caminante solitaria, perseguida cruelmente por sus enemigos, que lo eran del Libertador. Dirá entonces Manuela: «Yo amé al Libertador; muerto, lo venero. Pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacerme retrogrador una línea en el respeto, amistad y gratitud al general Bolívar».

Viaja a Jamaica, quizás para rumiar recordaciones dolorosas; parte después al Ecuador, deseosa de terminar sus días bajo el cielo azul y diáfano de la ciudad que la vió nacer, pero se le prohíbe permanecer en la patria y vése obligada a seguir su derrotero hacia el Sur, anclando su maltratada nave en playas peruanas. Allí, en el pueblecito de Paita, sola, terriblemente sola, mastica el pasado, saboreando el tormento del recuerdo, reviviendo horas intensas de amor, de gloria y de amargura. Allí vivió hasta el fin, proscrita de su tierra, como lo fuera Bolívar de la suya, rebelde y altiva, sin aceptar la enorme herencia que le dejara Thorne al morir poco antes. Allí, con sus negras fieles, Jonatás y Nathan, ya marchitas, como ella, esperó, sin perder la animosidad

de su espíritu, la hora cero que puso fin a su existencia singular. Allí la encontró Ricardo Palma, el gran autor de las tradiciones peruanas, ya vieja y enferma, «abundante de carnes, ojos negros y animadísimos, en los que parecía reconcentrado el resto de fuego vital que aún le quedaba

En Diciembre de 1859, 29 años más tarde que Bolívar, también como éste arrojada de los suyos, también sola y enferma, también frente al vaivén rumoroso de las olas, concluye la existencia de Doña Manuela Sáenz y Aispuro, la mujer a quien Bolívar amó tan locamente.

No arrojemos la piedra de nuestra acritud enjuiciadora sobre los actos ajenos, sin antes haber desentrañado la inmensa capacidad de bondad que existe en el fondo de todo corazón humano. Y si las manifestaciones de una agitada vida reclaman la condenación de los hombres, pensemos que escondidas cualidades morales anidan en el vértice de las almas y suelen a veces externarse por vías irregulares, ajenas, en apariencia, al tránsito de los que se proclaman descaradamente, a sí mismos, paradigmas de la virtud, de la verdad y del orden.

La Vida novelesca y apasionante de Manuelita Sáenz, predilecta hija de la ciudad Luz, pasó ya a la historia dentro de la órbita del gran astro Libertador de América.

Con espíritu de comprensión humana, perdonémosle por haber amado tanto; olvidemos sus pecados en razón de los toques excelsos de su amor, y admiremos en ella a la mujer que, como decía al principio, tuvo la audacia de pasar a la inmortalidad, hombro a hombro con Bolívar, aureolada por las dos grandes pasiones

de su vida: la pasión por la libertad y la pasión por el Genio de la libertad.

César A. Dueñas Ybarra

San Salvador, 9 de Agosto de 1948.

EL HOMBRE Y LA CIENCIA

Los hechos ciertos, definitivamente comprobados, pertenecen al acervo común de la ciencia que enriquecieron.

VALÉRY LARBAUD.

CONSIDERACIONES SOBRE LA CRISIS DEL ESTADO ACTUAL

Por José Salvador Guandique.

En nuestros días, al recorrer las investigaciones sobre temas sociales, advertimos un clima de incertidumbre bastante acentuada. Existe una actitud de duda o de zozobra apuntando a los temas básicos de la meditación filosófica, del pensamiento jurídico, de la teoría económica y de la doctrina política. Este síntoma no puede ser explicado por ciertas tendencias o por opiniones meramente personales, sino que urge encontrarle respuesta satisfactoria. Y su estudio nos permitirá internarnos en características centrales de nuestro momento histórico.

Buscando líneas orientadoras para fijar el análisis, es frecuente ver en la actualidad, personalidades del pensamiento que se dicen de la misma dirección, mostrarse conscientemente indecisas frente a sus propios esquemas mentales, disfrazando sus reservas con calificativos oscuros o recurriendo a testimonio de autoridad, procedimientos que indican bien a las claras su falta de asentimiento a las fórmulas desarrolladas. Algunos, a contrape-lo, huyendo de esa incertidumbre tan extendida, naufragan premiosamente en dogmatismos que, por su naturaleza y proporciones, aparecen, desde el primer momento, como inaceptables. Otros se pierden en exámenes de acontecimientos históricos, practicando largos estudios eruditos e inconclusos. Y no faltan aque-

llos que adoptan complicadas posturas metodológicas, las cuales, al ser enfrentadas con la realidad, se sienten ineficaces y obligan a refugiarse, con premura en las ya conocidas soluciones de las «escuelas consagradas».

El hombre común y corriente sufre también esa situación incierta. Dominando una técnica externa de alta categoría, asila, por dentro, una inmensa e inacabable inquietud, resultante de la ausencia de una orientación fundada. La introspección psicológica —que va desde el Tratado hasta la novela— ofrece, en diversos matices, tal actitud de angustia personal.

Ese cúmulo de coincidencias —a las que podían agregarse muchísimas otras— inclinan a pensar el que nos hallamos frente a un dato de carácter general. Si el doctrinario y el hombre de trabajo físico, si el filósofo y el simple ciudadano, presentan un síntoma tan análogo, es lógico concluir que no se trata de una manifestación parcial sino de algo constante. Lo significativo es hacer notar que esa actitud de duda o de incertidumbre, alcanza dimensiones más amplias que las producidas por los antagonismos que toda etapa presenta necesariamente. El volumen del fenómeno estriba en que, consultando nuestra época por sus exponentes ideológicos, sus organizaciones actuantes, sus dirigentes políticos y sus opiniones populares, descubrimos, patente, ese azoro inenarrable ante los más esenciales y urgentes problemas que nos asedian.

CRISIS.

Por todos lados encontramos ahora la palabra crisis repetida con una insistencia que reclama. Aunque un concepto estrecho quisiera hacerla coincidir con el mero estado económico, la cuestión supera, con mucho, tan limitada extensión. La CRISIS indica un elemento de trastorno insertado en la médula de la vida actual. Las interrogaciones claves sobre el hombre y la sociedad encuéntranse en suspenso, sin respuestas valederas. Ello indica que nos encontramos ante una característica central del momento, ante un «Signo» de nuestro tiempo.

Esa actitud de zozobra es la faceta psicológica de la crisis. Cuando el hombre tiembla delante de lo desconocido —como Sócrates tembló ante el Cosmos helénico— es cuando se vuelve la mirada a las realidades circundantes, inquirendo por un punto de

apoyo que salve de la ruina. Los momentos de Crisis son momentos de naufragio en busca del leño salvador. Y por ello, al remontarnos a cumbres intelectuales, si exceptuamos a Max Scheler, cuyo esencialismo de raíz platónico-cristiana le confiere, para decirlo con sus términos, un «saber de salvación», es evidente que las corrientes ideológicas actuales se polarizan hacia aspectos de angustia vital. Heidegger —angustia ontológica—, Kierkegaard —preocupación psicológica— y nuestro Unaruno —obsesión personal—, son ejemplos ilustres que confirman lo dicho.

Si la CRISIS es psicológicamente duda o zozobra, su consideración social se explica por la ausencia de ideales o normas que vengan a substituir a los que actualmente nos rigen y que, sin embargo, se entienden ya incapaces de seguir reglando el pensamiento y la conducta humana. Por eso difiere la CRISIS de la revolución. En la Revolución se alcanzan a divisar o se advierten claramente los ideales nuevos que deben desplazar a los caducos. La crisis se caracteriza por la desorientación que produce la falla de los ideales presentes y la carencia de los substitutivos. La Revolución es potencia creadora y línea de conducta. La CRISIS es vacío, inquietud, desesperanza.

Estas líneas tienen un objetivo concreto, integrado por el análisis de la Crisis del Estado. Las anteriores reflexiones iban dirigidas a expresar, en diferentes planos, cómo en la actualidad vivimos un lapso crítico. El Estado refleja la hondura del fenómeno y hace, por momentos, difícil su captación integral. En su desarrollo, consciente de sus dificultades, me son consoladoras las palabras de Strachey: «un hombre es veraz cuando se esfuerza tenazmente por interpretar la realidad que encuentra en sí mismo».

CRISIS DEL ESTADO.

En estas consideraciones nos ocuparemos de referir la Crisis del Estado, siendo afrontada por un concepto democrático del mismo, con las actitudes psicológicas y los instrumentos técnicos pertenecientes a una organización que se construye en torno a la dignidad de la persona humana y a su esfera de libertad.

Actualmente los Estados democráticos se encuentran frente a una serie de tareas difícilísimas, producidas por la disolución social acentuada en la reciente contienda. El Estado tiene que

acometer esas nuevas tareas, con claridad, sobre su estructura y orientación, para que pueda seguir persistiendo y, al mismo tiempo, conservar los valores culturalss propios de la civilización cristiano-occidental.

El viraje totalitario, de tan funestas consecuencias para los países que lo sufrieron y para el mundo en general, ofrece un caso típico. La necesidad de resolver los problemas que se le presentaron a esas naciones, especialmente a Alemania, y para los cuales no había una conveniente preparación personal y social, arrojaron a los pueblos en esa ruta de desastre. Esto no implica atenuar los otros factores que, en forma de maniobras políticas, intereses económicos, posiciones personalistas y sentimientos anti-humanos y oscuros, exacerbados mediante «mitos», contribuyeron a la imposición y funcionamiento de tales regímenes. Se trata de poner en relieve cómo las apremiantes cuestiones en torno a la estructura y finalidad del Estado, al ser planteadas torpe y malvadamente, produjeron trágicos resultados.

Lo anterior ha sido una lección para el pensar y el actuar democráticos. Es imposible persistir en el intento de encararse a la vida social de nuestra época, con el repertorio doctrinario y político que privó a fines del siglo XIX y aún a principios de éste. Pero eso no debe, extremosamente, conducir a aventuras de resultados funestos, cual pasó con el nazi-fascismo, al grito de «muera la democracia». La valoración de los conceptos liberal-individualistas que —y debemos decirlo claramente— mucho tenían de bueno, debe ser hecha con extremo cuidado, recogiendo lo útil y rechazando lo que viene a ser un lastre para toda evolución futura.

La mutabilidad de condiciones sociales necesita que se readapten a las ideas democráticas fundamentales —persona humana, libertad, bien común— a las nuevas realidades sociales. Tal es el camino en la solución democrática y no pretender arrojar por la borda «un orden antiguo» cuyas supervivencias todavía están operando en la realidad para substituirlo por otro nuevo, sino, por el contrario, ir desarrollando, sobre la marcha, una cadena de modificaciones psicológicas y prácticas con vista a los nuevos problemas.

Ese además radical del revolucionario ingenuo que quiere «destruir totalmente un orden antiguo» y edificar sobre sus cenizas uno nuevo, es tan estéril y tan imposible como el del conser-

vador recalcitrante que se aferra a ideas pasadas o a «tiempos mejores». Ambos, desmentidos por la marcha social, se quedan al borde del camino.

El analizar la Crisis del Estado nos lleva a hacer, —porque todas las cosas residen en ella— algo de historia.

ANTECEDENTES HISTORICOS DE LA CRISIS DEL ESTADO.

El recorrido por las distintas formaciones estatales —polis griega, civitas romana, Estado medioeval y Estado Moderno— nos revela que lo que el siglo XIX, bajo las ideas de Turgot en sus Conferencias de la Soborna, entendiera por progreso humano, no es una línea vertical ni siquiera una espiral ascendente. Los retrocesos de la Humanidad están demasiado a la vista para aferrarnos a concepciones apriorísticas que resultan falsas. Siempre ha habido momentos difíciles en la vida estatal, gestos trágicos y aventuras fatales, pero en la imposibilidad de lanzarnos retrospectivamente demasiado lejos, —aunque la tentación es enorme— nos restringiremos a los antecedentes inmediatos de la Crisis del Estado actual.

Fué allá por los años de 1830, por fijar un acto aproximado, que la sociedad europea se vió conmovida bajo factores de honda transformación. La Economía pasaba de una etapa agrícola a un momento industrial. Se iba, empleando una comparación, de los fisiócratas a los mercantilistas. La corriente transformadora se tangibiliza en la expansión del comercio con la apertura de nuevos caminos. Al ampliarse los mercados aumenta la especialización. Y el centro económico va desplazándose de la agricultura a la industria.

Al desarrollarle la industria se amplía el saber científico. La técnica se adelanta. Aparecen el telar hidráulico de Arkwright y el mecanismo de Hargraves. El capitalismo inicia su marcha ascendente y la densidad demográfica se multiplica —recordemos a Malthus— intensamente.

Estos cambios al alcance de todos dan lugar a un período de optimismo cuya esencia es una fe, entusiasta e incondicional, a los adelantos de la Nueva Era. El Evangelio de la Técnica, unido a un liberalismo saturado de cierta creencia vaga en el Huma-

nidad, satisface provisionalmente a las mentalidades del tiempo. Así Comte, en su Catecismo Positivista, es un precursor casi prototípico de tal postura.

Sin embargo, un grupo social no se sentía tan convencido de las bondades tan elogiadas. Los ideales de la época tenían en la clase obrera sus más enconados detractores. Los obreros, sobre los cuales recaían nuevas cargas creadas por las circunstancias del momento, y que estaban indefensos frente al avance capitalista, alzaban su voz de protesta. Pero los llamados «progresos», el ir y venir de los transportes por recién abiertas rutas, la fe en la Ciencia, nueva versión de una diosa racional injertada de saint-simonismo, conservaron su predominio todavía algún tiempo. Es hasta que las naciones industrializadas —Inglaterra, Alemania y Francia— comienzan a disputarse los mercados extranjeros y sienten la agravación de los antagonismos surgidos de la «cuestión social», que los europeos, y con ellos el mundo, saliendo de su espejismo industrial y comercial, se dan cuenta, angustiadamente, que no bastan las máquinas, los barcos, los aviones y los productos para hacer la felicidad de los hombres.

Al optimismo anterior advienen elementos distintos. A la creencia en los beneficios de la Ciencia, una reconsideración de sus ventajas e inconvenientes. Al silencio en torno de la «cuestión social», un examen de dicho problema. A las voces retóricas, el contraste con la vida real.

Entonces se inicia el DRAMA DEL ESTADO. Al verse los sectores en pugna —capital y trabajo— incapaces de resolver por sí solos sus hondas rivalidades, recurren al Estado. Si a este fenómeno interno unimos la lucha internacional por la conservación y aumento de los mercados, divisamos cómo de un inicial período de entusiasmo, al través de un compás intermedio, va llegándose a un momento realmente crítico.

Los Estados, urgidos interna y externamente, se miran desconfiados aislándose dentro de sus respectivas fronteras. Y el humanismo que después Wilson resucitara en sus famosos 14 puntos, queda reducido a determinadas supervivencias del período optimista inicial. En tales circunstancias llegó la guerra europea 1914-1918.

La antepasada conflagración mundial produjo una multitud de cambios sociales. Tuvo un alcance general —dato importan-

tísimo para la formación de la conciencia histórica y jurídica del hombre contemporáneo— y acentuó, por reacción, las diferencias nacionales. Los reajustes económicos de la post-guerra en los países triunfantes, y la miseria de Alemania, hacen de esa etapa un ejemplo típico de situación crítica. Entonces recae la responsabilidad en las débiles espaldas del Estado. Ya Bismark, antes de la Guerra Mundial, con varios intentos progresistas pero limitadísimos, en el período de transición que hemos llamado intermedio, demuestra elocuentemente el estrecho campo de acción donde podía moverse el Estado. Después de la Guerra Mundial 1914-1918, nada tiene de extraño que, con todos los problemas multiplicados, el Estado fuera insuficiente para intentar resolver las querellas internas y los problemas internacionales.

En nuestros días la Crisis abarca no sólo manifestaciones parciales del Estado sino que apunta a su misma estructura. Partiendo de la incapacidad del Estado democrático tipo siglo XIX, Alfred Weber, en su magistral obra «Historia de la Cultura», precisa la cuestión así: «Lo que se ha convertido en problemático con respecto al Estado, no es sólo su forma constitucional. Más bien lo que vacila es el conjunto de principios de vida elaborados a lo largo de los siglos sobre los cuales se basaba el Estado occidental. . . .» Igualmente Karl Mannheim, en «Libertad y Planificación Social», indica: «La teoría económica, aunque sometida a controversias, puede explicar muchos síntomas de la presente crisis por un ajuste deficiente de los sistemas de producción y distribución. Pero si nos preguntamos por qué nuestra vida psicológica, moral y cultural muestra las mismas señales de derrumbamiento, difícilmente podríamos ofrecer una explicación científica coherente. Aquí y allá encontramos tentativas de dar un resumen descriptivo de los síntomas. Desde el punto de vista de una verdadera explicación, no son más que un lamento. Es imposible indicar una sola obra que muestre la conexión entre el rápido cambio producido en los seres humanos y los grandes cambios contemporáneos del sistema social».

Weber señala plenamente la crisis del Estado. Mannheim nos explica las dificultades en su estudio. Frente a su afirmación queda únicamente buscar signos orientadores dentro de tan complejo fenómeno. A ello dedicaremos las consideraciones siguientes.

ALGUNOS HECHOS-INDICES DE LA CRISIS ESTATAL

Creiendo que las IDEAS poseen considerable influencia sobre las realidades sociales, vamos a señalar un factor ideológico de la Crisis estatal. Es lo que llamaremos FALTA DE FE EN LOS IDEARIOS.

En general —y el siglo XIX fué buena muestra de ello— los idearios son seguidos por sus prosélitos cual si fueran verdades absolutas. Si ascendemos en la línea de nuestros antecesores encontraremos una generación —en el sentido de Ortega y Gasset— que identificaba a la democracia con una fórmula milagrosa. Ella resolvía, por algo colindante con poderes de encantamiento, todos los problemas. Esa generación leía a Rousseau, citaba a Voltaire, eran anticlericales por razón de método y tenían a la Revolución Francesa como el acontecimiento más importante de todos los tiempos.

La generación siguiente —en mentalidad y no por parentesco civil— comprende que a ese tipo de democracia individualista, deben injertársele sólidos principios sociales para que se vuelva algo más que una bella imaginación totalmente inefectiva.

Una tercera generación, integrada por los demócratas actuales, enriquecida por numerosas experiencias y conocedora de las muchas fallas del sistema democrático en general, sigue viendo en la forma democrática el único ambiente personal y social que garantiza las calidades inherentes a la dignidad humana. Este demócrata, típico de un período crítico, se mantiene dentro de la democracia pero ya no le exige tanto. La completa fe de las primeras generaciones que identificaban democracia con panacea, y la creencia, todavía vigorosa, de las segundas, está ya substituída por una actitud crítica.

La posición ideológica «crítica» del demócrata actual, con sus necesarias consecuencias político-sociales, está muy extendida, si bien muchos no aciertan a formularla concretamente. Esas dudas se acentúan por los varios elementos de la vida moderna. El convencimiento de principios cristiano-occidentales, el humanismo altruista, ideales de mejora social y programas de acción política, presentan una fisonomía disímil y a veces inarticulada.

Interesa formular una IDEOLOGIA DEMOCRATICA que, aprovechando las lecciones de la experiencia, conserve intactos los grandes principios democráticos. Pongamos un caso que ha desorientado a muchas personas para tratar de aclarar conceptos. Se trata de la tan traída y llevada decadencia del Parlamentarismo. Si bien la forma Parlamentaria no es la única forma de realizar actuaciones democráticas, los ataques contra ella, algunos de los cuales están plenamente fundados, contribuyeron y siguen contribuyendo al desprestigio de la concepción democrática en total. Recuérdense los comentarios que la propaganda nazi-fascista hizo a la caída de FRANCIA.

El problema de la decadencia del Parlamentarismo es ilustrativo para indicar cómo la existencia de un grupo democrático requiere, igualmente, la formulación de una ideología también democrática.

La tarea de construir una ideología que enseñe a los ciudadanos sus más elementales deberes es lógico corolario de una democracia política. En el caso del Parlamentarismo enseñaría al ciudadano que puede haber, y en ciertos casos es necesario que hayan discusiones entre los dirigentes del Estado. Les mostraría cómo el Estado democrático corre el riesgo de un retraso en el obrar, y aún más de un error, antes que reprimir las opiniones individuales y confiar en la inspiración de un «caudillo» más o menos iluminado.

Es claro que en la caída de Francia —para referirnos a lo ya dicho— intervinieron un conjunto de circunstancias que no pueden atribuirse sólo al sistema Parlamentario. Contra lo expresado por la propaganda alemana, es ya momento de poner las cosas en su justo lugar, cual hiciera André Maurois en su «Tragedia en Francia». Ese ejemplo, entre otros, revela la necesidad de construir una ideología democrática.

El aspecto básico de tal cuestión lo ofrece la carencia de una psicología adecuada. «La razón principal de nuestro fracaso en esta rama de estudios —indica Mannheim— es que hasta ahora no hemos tenido una psicología histórica o sociológica». Además, la articulación de la psicología en el panorama de las disciplinas sociales, aún no se ha realizado, y por ello la psicología aparece, a veces, como parte de la ontología especial, y en otras como ciencia empírica de tipo natural cuyas proposiciones y leyes hay

que buscarlas en el laboratorio. El problema de la substantividad de la Psicología —resuelto prematuramente por Comte al incluirla en la Biología, por lo que tiene de individual, y en la Sociología por lo que tiene de colectivo— es fundamental para la construcción de una psicología política que, necesariamente, viene a ser un sector de la Psicología general.

En la imposibilidad de plantear el asunto en tales términos, nos limitaremos a enunciar ciertos ángulos directivos. Se trata de formar un «tipo de hombre» cuya psicología le permita vivir, sin desorientarse, frente a las múltiples incidencias de la acción democrática y ciudadana.

Una primera dificultad la encontraremos en la desigual categoría ideológica de los individuos en sociedad. Lo que es perfectamente claro para unos puede ser problemático para otros. Débense buscar, entonces, no obstante lo arduo de la tarea, los puntos de más general aceptación. Urge evitar temas cercanos a la escabrosa actitud polémica. A esto se le llama: REFORZAMIENTO DE LAS COINCIDENCIAS.

Así, desarrollando el problema, si la convicción en la dignidad y en la libertad de la persona tienen asidero en los individuos, independientemente de sus convicciones personales, es necesario reforzar el punto común entre todos ellos. De esa manera se facilitará obtener un mayor convencimiento de la dignidad y de la libertad que, por sobre las diferencias subjetivas, provoque en los hombres ampliación de su credo democrático.

Pese a los argumentos en contrario, encontramos ya en Iberoamérica la convicción profunda en ideas o personalidades que perfilan lo que nosotros entendemos por democracia o por lo democrático. Martí en Cuba, Hidalgo en México, Bolívar en Sudamérica y José Matías Delgado y Morazán en Centro América, revelan, en muchos aspectos, esos puntos comunes que es posible reforzar en la actualidad para dar fundamento psicológico válido a una ideología democrática.

Una segunda observación psicológica viene constituida por lo que pudiéramos llamar: TENER EN CUENTA LAS OPINIONES DISPARES.

En la democracia son posibles varias opiniones autorizadas. En el más simple de los casos, habiendo mucha unificación, perviven, al menos, dos: la del Gobierno y la de la oposición. Esto

puede desorientar las masas populares. Semejante dato lo advirtió —cual lo desarrolla Bartlet en su libro «La propaganda política»— muy claro el nazi-fascismo, valiéndose de múltiples recursos para confundir la opinión honrada de los diversos países demócratas. Los pueblos totalitariamente gobernados no corren ese riesgo, pues en ellos no hay más voz que la del gobierno ni más opinión que la del jefe o del Partido Oficial, y entonces el pueblo sólo encuentra una respuesta al problema. El ciudadano demócrata, lejos de considerar esto una debilidad, debe ver en esos «momentos de libertad en opinar» el más sagrado ejercicio de su libertad de pensamiento. Madison ilustra el punto en «El Federalista» al decirnos que, mientras la razón humana no sea infalible y tengamos facultad para ejercerla, habrá distintas opiniones. Ese «tener en cuenta opiniones diversas», diametralmente opuesto a la «verdad oficial» de los Estados totalitarios, integra un dato clave de psicología democrática.

Una tercera observación psicológica nos es ofrecida por lo que llamaremos: **DESARROLLO DE LA RESPONSABILIDAD PERSONAL.**

El concepto de persona ha pasado por diversas alternativas en la historia. Desde la denominación medioeval como «substancia indivisa de naturaleza racional» en Boecio o «aquello que es uno por sí» en San Isidoro, hasta las construcciones valorativas de Scheler y de Hartmann, pasando por la idea de la persona humana como «una finalidad en sí», propia de Kant, encontraremos la búsqueda de algo que diferencia al hombre del conjunto de seres que pueblan el universo. Sin poderme extender en ese sentido, creo ver la característica que hace del hombre un ser especial y distinto en su capacidad para tomar decisiones, para optar por caminos distintos que le salen al paso. De allí que decidirse, tomar un rumbo, llevar una orientación, sean en el hombre, no algo adjetivo, sino un dato esencial y sustantivo.

Estos lineamientos, aplicados al vivir en sociedad, al decidirse frente a las instancias de otros seres semejantes a nosotros, constituye la personalidad social. Y lleva como honor y como lema su responsabilidad personal. Quizá ninguna otra cosa subraye más la capacidad de entenderse persona humana, como la responsabilidad.

La democracia, en cualquiera de sus formas político-jurídi-

nublan el horizonte, a fin de salir con sus interesadas finalidades y hacerse aparecer cual la manifestación auténtica del país. Esa idea, nefasta por cierto, de que el partido político se reduce a votar, ha sido la causa de la generalidad de nuestras tragedias nacionales. El voto requiere una reflexión consciente y meditada sobre su contenido y, si quiere ser efectivo, tácita o expresa adhesión a un partido. El partido político permanente está en condiciones inmejorables de orientar la opinión de sus agremiados y aún de las personas políticamente independientes. No debemos olvidar la finalidad de todos los partidos políticos: es la NACIÓN. Por sobre toda finalidad política concreta deben valer los intereses nacionales.

Siempre he creído que es urgente hacer un estudio a fondo de los Partidos políticos en Latinoamérica. Ello aclararía muchas cuestiones y nos enriquecería de provechosas experiencias. Gustavo Radbruch nos describe el punto: «el sistema de partidos político latino —dice— es flexible: grupos abiertos, sin organización ni programa, que se unen en torno a la personalidad de un jefe, y con igual facilidad se coligan ahora y se separan después». No es alarde erudito recurrir al filósofo del derecho para definir la fisonomía de nuestros partidos. Es únicamente ver cómo mentalidades, un tanto lejanas a la nuestra, han captado la forma de agruparnos políticamente. Debemos confesar que la política en nuestros medios se hace, casi siempre, por motivos caudillistas. Se pregunta quién es el hombre, es decir, quién va a ser el jefe, y conforme a la apreciación subjetiva que se tiene de él, se decide el ciudadano, futuro votante en los comicios. Eso denuncia falta de sentido político. Debemos plantear partidos con programa, honrada y realmente trazado, si queremos crear instituciones y no simples banderillas personales. Esto no es desconocer la importancia, muchas veces decisiva, del jefe de un partido. Una personalidad limpia, inteligente, clara, sin tendencias al lucro económico, mueve más a la opinión pública que mil y mil combinaciones de políticos profesionales cuya pregonada experiencia reside en los sucesivos puestos que por malas o buenas artes han conseguido o conservado. La personalidad del candidato debe tener un apoyo consciente en un programa ideológico y social. De otro modo iremos siempre a obscuras, cayendo aquí y tratando de levantarnos allá.

Ya es momento de que la Sociología enfrente nuestras realidades. En tal línea no se quedará en meras tintas doctrinarias. Respecto —y a ello contribuye mi agradecimiento de discípulo— a los latinoamericanos que se han pasado la vida poniéndonos al corriente del pensamiento europeo. Por ellos los nombres ilustres se acumulan en series: Comte con su física social, Spencer con sus tesis biológico-sociológicas, Hegel en su historicismo social, Tarde con sus leyes de la imitación, Gumprowickz desarrollando las luchas de las razas, el gran norteamericano Lester F. Ward con su génesis y telesis social. . . . inician los buceos por el qué de la sociedad. Y más tarde los analíticos. Simel y Wiesse con su formalismo sociológico, Durkheim planteando los problemas de la división del trabajo, Tonnies con su tesis de la Comunidad y de la Sociedad y Hans Freyer con su concepción dinámica de la realidad social. Todos aportan una serie de datos y de conceptos que ya es posible aplicar pragmáticamente a la solución de nuestras propias cuestiones. . . . Si América es, cual afirma Alfredo Poviña, «un inmenso laboratorio sociológico», es hora ya de ir quitando la mirada de otros lugares, y abordar los terrenos que, por ser nuestros, necesitan más de atención y de estudio.

Arraigado tengo en las profundidades del espíritu que si queremos hacer sociología ya es hora de que el maestro latinoamericano se salga del marco europeo o norteamericano y que, siguiendo las orientaciones validas de los grandes hombres, dirija sus esfuerzos al mejoramiento de su patria.

Respecto a los Partidos Políticos es lógico concluir que debemos conocerlos tal y como son en la realidad. Para ello necesitamos enfocar, no el Partido francés, inglés o norteamericano, sino nuestras organizaciones en su génesis, finalidades, ventajas y fallas. Un estudio serio y meditado de nuestras condiciones eliminaría muchos escollos.

Repitamos lo dicho antes. La finalidad del Partido político debe ser la NACION. Ya Cecilio del Valle, señero en la mentalidad centroamericana, nos dice: «Respetad la justicia; buscad la felicidad de los pueblos; preferid el bien del mayor al interés del menor número para que no haya conmociones, tumultos ni motines». Pero, para encontrar los verdaderos intereses nacionales, es necesario hacer un análisis serio de nuestras propias situaciones. Urge, pues, formular una doctrina sociológica latino-

americana o centroamericana y no como un simple esfuerzo teórico sino encaminada a cuestiones reales y prácticas. La preocupación erudita y el deseo de no parecer anticuado, aleja al sociólogo latinoamericano de su realidad y lo lanza sobre el último libro que acaba de llegar. En ese eterno y cotidiano «ponerse al día» se gastan frecuentemente energías que podrían ser aplicadas a tareas más inmediatas, más útiles, más generosas. El repertorio doctrinario extranjero debe ser aprovechado aplicándolo convenientemente a las condiciones del medio. De otro modo, al pretender importar doctrinas o soluciones, se irá al más rotundo de los fracasos.

No se crea que estoy llevado por entusiasmos, hablando de una doctrina sociológica sin ningún fundamento. Adolfo Menzel, el gran maestro europeo, respalda mis palabras. En su Introducción a la Sociología nos dice: «En conjunto, y por lo que afecta al plano teórico, puede afirmarse que el pensamiento sociológico de la América Latina se encuentra hoy en un momento que, absorbidas y adaptadas las mejores direcciones europeas y norteamericanas, empieza a dar obras originales, abriéndose ante él un espléndido futuro». Falta, pues, si nos apoyamos en las palabras de Menzel, unir a ese plano teórico la realización práctica, al sistema doctrinario el sentido pragmático y entonces América, nuestra América en general y nuestras respectivas patrias en particular, tendrán una sociología de liberación y de cultura.

Estamos al final de nuestras reflexiones. Entresacando entre los múltiples factores de la CRISIS, desarrollamos dos: el uno en el plano psicológico y el otro en el plano sociológico. En el primero ofrecimos un conjunto de fundamentaciones sobre las cuales puede construirse un ideario democrático auténtico. En el segundo trazamos los lineamientos de una orientación para organizar nuestros partidos políticos.

LA PROPIEDAD INTELECTUAL EN EL SALVADOR

Por Hugo Lindo.

NATURALEZA DE LOS DERECHOS DE AUTOR

El Art. 570 de nuestra Código Civil establece:

«Las producciones del talento o del ingenio son una propiedad de sus autores.

Esta especie de propiedad se regirá por leyes especiales».

Hay, entre los juristas, una vieja y larga discusión sobre si los derechos llamados de propiedad artística o intelectual, constituyen, en puridad de doctrina, una especie del género propiedad o dominio, derecho real por antonomasia, definido por el Art. 568 del Código Civil Salvadoreño como *«el derecho de poseer exclusivamente una cosa y gozar y disponer de ella, sin más limitaciones que las establecidas por la ley o por la voluntad del propietario»*. Por el objeto que en esta oportunidad persigo, me considero exento de la obligación de analizar tal punto teórico, no obstante su interés para los amantes del Derecho Civil. Por lo demás, dentro de nuestro derecho positivo, no cabe ya la duda, desde luego que el propio legislador, y en el título que trata del dominio, ha manifestado que las producciones del talento y del ingenio son una

propiedad de sus autores. Ello significa que, cualquiera que sea en rigor técnico la esencia de estos derechos, ha de aplicárseles, salvo las modificaciones contenidas en normas especiales, el régimen general que en nuestras leyes corresponde al dominio.

Esto tiene sus implicaciones importantes, por lo que nos conviene no perder de vista esta observación inicial.

Como leyes especiales que reglamentan estas materias, podemos considerar la de patentes de invención, en cierta medida la de marcas de fábrica y de comercio, y, —la única que nos interesa para los fines de este estudio—, la relativa a la propiedad literaria o artística, a la cual he de limitarme ahora.

ANTICA LEX

«Dado en el Salón de Sesiones de la Asamblea Nacional Legislativa: San Salvador, junio dos de mil novecientos». Tal se lee en el decreto que firman el Dr. don Eduardo Arriola, don Rafael A. Orellana y don Tomás Marín, Presidente, 1º y 2º Secretarios, por su orden, del Augusto Cuerpo. La sancionan el Presidente de la República, General don Tomás Regalado, y su Ministro de Fomento, Dr. F. Novoa.

De 1900 a 1948, ¡cómo han prosperado los medios de reproducción de las obras literarias y artísticas en general! La ley no pudo entonces proteger expresamente al músico de las reproducciones, hechas con el fin de lucro por las empresas grabadoras del sonido, por las radio-difusoras, etc.; no pudo amparar al novelista contra el aprovechamiento mercantil, no remunerado, que de sus obras pudieran hacer las empresas cinematográficas.... Muchos aspectos de la materia hubieron de quedar ausentes del decreto, por el signo mismo de los tiempos: habría tenido el legislador que entrar en las esferas —siempre subyugantes— de la profecía, para que su obra llegase hasta nuestros días fresca, actual y suficiente.

Ahora, a través del túnel del tiempo, invitamos respetuosamente a nuestros legisladores a escuchar la propia voz de la Asamblea, en aquéllo en que más actual nos resulta el decreto de 1900: en el «Considerando» inicial según el cual «hay necesidad

de reglamentar la propiedad literaria, con el fin de que sean debidamente garantizados los derechos de los autores».

Ese «Considerando» está hoy más vigente que nunca.

SUJETOS DEL DERECHO

Los posibles titulares legales de este derecho, son 5:

1°—El autor o autores de la obra (Art. 1°);

2°—Sus herederos (Art. 2°);

3°—El traductor de obra latina o griega (Art. 8°);

4°—Los reimpresores de obras interesantes, en ediciones correctas (Art. 10), y,

5°—La colectividad salvadoreña (Arts. 2 y 11).

Contractualmente siendo, como es, un derecho negociable el de autoría, pueden llegar a ser titulares de él personas naturales o jurídicas que no se encuentren en la numeración anterior.

El derecho que corresponde al autor dura toda su vida. Esta es la regla general estatuida por el Art. 1° del decreto. Tiene una excepción: si el autor es un cuerpo colegiado, goza de estos derechos durante 50 años desde la fecha de la primera edición, si la existencia de tal cuerpo colegiado excede de dicho tiempo. (Art. 7).

Presenta una grave dificultad el derecho vitalicio del autor, para el intérprete de la ley. Dice, en efecto, el Art. 1°, que los autores «tendrán el derecho exclusivo, durante su vida», etc. Por una parte, nadie puede tener derechos hasta más allá de su vida, pues con la muerte se extingue la personalidad ante el Derecho; no obstante, hay una ficción jurídica según la cual los herederos continúan la personalidad del difunto, y sus derechos no son diferentes de los que el causante tenía. El mero uso de la locución «durante su vida» que emplea la ley a que nos referimos, nos invita a preguntarnos qué intención pudo tener el legislador al asentarla. Tal como está redactado el artículo, parece ser que aquí se emplea la locución como un término extintivo, es decir, que a la muerte del autor el derecho se extingue, y no pasa a sus herederos. Interpretado esto así, nos viene a indicar que si los herederos tienen un derecho, muy condicionado por cierto, como ve-

remos adelante, sobre las obras del autor, este derecho no les viene, propiamente, a título de herederos, pues ya se había extinguido, sino por especial disposición de la ley, y, más bien, con un carácter de protección a la familia de los artistas y científicos. Esto, de ser así, tendría muy serias y complejas consecuencias que en su oportunidad veremos.

El derecho de los herederos dura veinticinco años; pero está sujeto a una condición resolutoria: si no se hace uso de él dentro del año de la defunción del causante, el derecho pasa a ser público. Esto significa, en otros términos, que en realidad los 25 años que corresponden a los herederos, no dependen de la muerte del autor de la obra científica, literaria o artística, sino del oportuno uso, dentro del año primero, de los derechos mismos. ¿Podremos llamar derecho hereditario a una facultad sujeta a una modalidad tan estricta? ¿Es esto la continuación del dominio que correspondía al autor? Nosotros opinamos que no; consideramos que los herederos no gozan de estos derechos a título de tales, sino por una especial protección que la ley les otorga.

Para los traductores de obras latinas o griegas, concede el Art. 8 de la ley los mismos derechos que para los autores. Los herederos de aquéllos están, igualmente, en la condición de los herederos de éstos.

Los reimpresores de obras interesantes, en correctas ediciones, no gozan, hablando con mayor exactitud, de los derechos de autor; pero el Gobierno puede concederles privilegios que no excedan de cinco años. Durante el término del privilegio —que es de concesión facultativa, y no obligatoria para el Gobierno— tales reimpresores se hallan en la misma condición jurídica que los autores o sus herederos.

A la colectividad salvadoreña tocan, como bienes de dominio público, los derechos de autoría, cuando se concluyen los términos dentro de los cuales pueden ejercitar su facultad los herederos de autores o traductores, cuando termina la concesión o privilegio del reimpresor, o cuando el fisco es heredero. (Arts. 2 y 11),

OBJETOS DEL DERECHO

Dice el Art. 1° de la ley que estudiamos: *«Los autores de todo género de escritos o de composiciones de música, pintura, dibujo, escultura, y en fin de aquéllos a quienes pertenece la primera idea, tendrán el derecho exclusivo, durante su vida, de vender, hacer o distribuir sus obras, por medio de lo imprenta, litografía, molde o cualquiera otro medio de reproducir o multiplicar las copias».*

La disposición, con perdón del legislador, se halla muy mal redactada, lo cual, si es lamentable en cualquiera ley, más ha de serlo en una que trata de asuntos culturales y específicamente literarios. Mas, tratemos de interpretarla, sin entrar en el detalle de sus errores gramaticales.

Abarca, en primer término, a los autores de música. Poco explicita la ley —o poco analítica— no entró aquí a determinar algunas cosas de importancia. A. es autor de una melodía escrita para piano. B. la herмосea con variaciones, elevando su categoría estética hasta un punto que no soñó el autor primitivo. C. trabaja con inspiración, fervor y sacrificio, y logra hacer una complejísima y muy bella instrumentación para orquesta. ¿Puede A. oponerse a que B. sea considerado como autor de las «variaciones sobre el mismo tema», que dicen los músicos? ¿Pueden ambos oponerse a que C. sea considerado dueño del producto de su instrumentación? ¿Cómo han de relacionarse entre sí estos derechos?... La Historia nos presenta multitud de casos semejantes al planteado: nadie dirá que se trata de hipótesis bizantinas, de creación artificial. Estos son aspectos que habría que tomar en consideración al formular una nueva ley.

Abarca el artículo, luego, a los artistas plásticos: dibujantes, pintores, escultores. ¿Qué de las llamadas por Lacouture «artes del ritmo», excepción hecha de la música? El creador de un arreglo coreográfico, por ejemplo, carece de protección, salvo que se entienda incluido en «aquellos a quienes pertenece la primera idea», locución vaguísima que, por igual, podría aplicarse a los arquitectos y a los jardineros, a los inventores de artefactos útiles a la industria o al comercio, a los técnicos de propaganda que, aguzando la imaginación, «tienen la primera idea» de un nuevo método de anuncio....

Hemos dejado adrede por último a quienes son primeros

en la enumeración de la ley: aplicamos el principio bíblico....

«Los autores de todo género de escritos... Esto debe entenderse en el sentido de que quedan protegidos por la ley los autores de todo género de obras literarias, con inclusión de las técnicas y científicas. Porque «escritos», según el Diccionario de la Lengua, es una palabra de significación amplísima. No negamos que sea correcto su empleo, porque, como 7ª acepción, el término tiene la que venimos de dar. Pero sí afirmamos que se presta a equívocos.

Quedan así incluidos los tratadistas de ciencias, los críticos, los poetas, los novelistas, los dramaturgos, los autores de libretos para el cinematógrafo, etc.

Los derechos exclusivos que otorga este artículo, son los de «vender, hacer o distribuir las obras». Un tanto ambiguo. El escritor A. editó una novela. B., amante de las letras, hombre rico y de fervor cultural, compra gran parte de la edición y la distribuye gratuitamente entre sus amigos. B. está plenamente dentro de su derecho. No es cierto que A. tenga un derecho exclusivo de distribución. El librero C., que adquirió obras de la edición, vende ejemplares, sin permiso verbal ni escrito de A., y con pleno derecho. No es cierto que A. tenga derechos exclusivos de venta. Cuanto a los derechos de reproducción, nada decimos. Cuando un librero, para el caso, adquiere los derechos de un autor, es, precisamente, el derecho de reproducción, con todos sus derivados e implicaciones, lo que paga. Mas no ocurre lo mismo en los casos anteriores. Nadie compró al autor de nuestro supuesto los derechos de venta o distribución, porque esos, a despecho de lo que dice la ley, no son exclusivos del autor.

La reproducción prohibida sin anuencia del autor o de sus herederos, abarca no sólo «impresión, litografía o molde», sino también «cualquier otro medio de reproducir o multiplicar las copias». Dentro de esta amplia locución, podemos considerar incluidas la grabación de discos fonográficos, la producción de películas cinematográficas, etc. Mas, se trata, no obstante la amplitud de la fórmula, según se desprende de los ejemplos puestos por el legislador mismo, de medios de reproducción cuyo resultado tenga un carácter permanente: queda la litografía para que la admiren cuantos la vean, queda el disco de fonógrafo, queda la película de cine. ¿Qué decir de la reproducción pasajera? ¿Es lícito a una

radio-difusora aprovecharse del talento de un músico, sin remunerarle su esfuerzo, sólo porque la reproducción de su obra fué transitoria? He aquí un punto que conviene incluir en la próxima ley de propiedad intelectual. Tal como se encuentra la que rige, ésta es la única interpretación posible. Corrobora nuestro aserto el hecho de que, para las obras de teatro, se ha prohibido, además, en una forma expresa, la reproducción transitoria, vale decir, la representación. Pero aún ésa se ha vedado de una manera deficiente, porque el Art. 6 prohíbe la representación, sin permiso escrito del autor o de sus herederos, de una pieza del género dramático, *en un teatro* de El Salvador. De modo que si representa al aire libre, o en una casa particular, en un colegio, etc., o se transmite por una radio-difusora sin permiso del autor, éste no puede reclamar.

PARA ENTRAR EN EL GOCE....

«Para entrar en el goce de los derechos concedidos en los artículos anteriores —reza el Art. 9 de la ley—, no se necesita título alguno del Gobierno y bastará que, depositándose previamente un ejemplar en el Ministerio de Fomento, se anuncie en el frontispicio a quién pertenezca.

Cuando al presentarse alguna obra en el Ministerio de Fomento, éste notare que es manifestamente inmoral o contra el orden público, podrá prohibirse su circulación en la República».

Vemos bien cómo se puede depositar un libro. Vemos cómo puede dejarse en el Ministerio una partitura musical. Pero no vemos cómo el pintor pueda dejar su cuadro o el escultor su obra, si uno u otra no se hallan aun reproducidos. Tampoco alcanzamos a ver cómo el escultor pudiera poner su nombre «en el frontispicio» de su escultura, sin lastimarla. Todo esto presenta graves dificultades.

Por otra parte, ¿qué atestado, qué documento queda al autor de una obra para hacer valer sus derechos? La ley dice que no es necesario.... pero.... ¡hay que ponerse en el caso del autor a quien le están pirateando su obra!.... ¿Y si algún empleado del Ministerio de Fomento se llevó el ejemplar del li-

bro, o la estatua que tenía en el frontispicio el nombre del autor, o la partitura? ¡En ningún registro consta nada! También esto hay que remediarlo.

El Ministerio de Fomento, que se encarga de varias otras actividades del país, no parece ser la autoridad más adecuada para la inscripción de los derechos de autoría. Podría pensarse en el Ministerio de Justicia, por tratarse de derechos amparados por la ley; más adecuado aún resultaría el Ministerio de Cultura; pero, pensando y volviendo a pensar en todo esto, me ha parecido más oportuno sugerir un registro para cada tipo de obras y encomendarlo a una entidad oficial que tenga relación directa con el arte de que se trata. El registro de obras literarias, con exclusión de las del género dramático, científico y técnicas, lo dejaríamos en manos de la Biblioteca Nacional; el de dibujos, pinturas y esculturas (hecho por medio de fotografías), en la Escuela de Artes Gráficas, y el de música, en la Escuela Nacional de Música y Declamación, en donde, también, pudiera quedar el registro de creaciones coreográficas y dramáticas.

OBLIGACION DE CANJE

El Art. 13 de la ley que estudiamos, dispone: «*Los autores o reimpresores están obligados a remitir ejemplares de sus obras a los países con quienes hubiere tratados a ese respecto*».

Bien se advierte que el mismo defecto de vaguedad que he señalado para otras disposiciones, se halla presente en ésta. ¿Cuántos ejemplares debe enviar el autor? ¿A qué entidades o personas? Estas dos preguntas nos dicen lo ineficaz de la ley al respecto; y, más ineficaz la hallaremos si advertimos que ninguna sanción estableció el legislador para el caso de que la norma fuera violada. De modo que los autores pueden pasar perfectamente sobre ella, sin que eso les acarree ninguna responsabilidad. Obsérvese, además, que esto que llamaríamos «obligación de canje», abarca únicamente a los autores y reimpresores. ¿Qué decir de los que editan por primera vez una obra de otro autor, en virtud de haber adquirido los derechos de autoría? Ellos no son autores, ni son reimpresores, pues sólo puede re-imprimirse lo que

una vez ha sido impreso

Para concluir diremos que son varios los tratados internacionales celebrados por El Salvador sobre la materia; pero que ellos no han tenido ninguna aplicación práctica. ¿En qué medida dichos tratados reforman o modifican el régimen interno? En ninguna medida. Rigen como normas de carácter internacional: regulan relaciones externas. Y en este aspecto, sí diré que, al menos, desde un ángulo teórico, El Salvador no se halla tan a la zaga en la protección de los derechos de autor. Toda mi sugerencia se reduce a la conveniencia de armonizar las normas internacionales con las internas, a modo de dar a los titulares de la propiedad intelectual una eficaz garantía de su dominio, derecho cuya violación puede dar lugar hasta al recurso de amparo constitucional —[tan importante es]— y que, no obstante, se halla carente de medios efectivos para hacerse respetar.

San Salvador, agosto 1938.

BIBLIOTECOLOGIA

Uno de los principales deberes
del hombre es cultivar la amistad
de los libros.

CARLYLE.

BIBLIOTECAS DE PANAMA

Por Fermín Peraza.

BIBLIOTECA NACIONAL.—La Biblioteca Nacional de Panamá es el centro de una red de bibliotecas populares distribuidas por todo el país, desde la capital hasta los pueblos más apartados del interior, incluyendo, entre ellos, la pintoresca región del archipiélago indígena de San Blas.

Esta red de bibliotecas populares está sostenida por el Estado a través del Ministerio de Educación. El alma de la organización lo es el Lcdo. Galileo Patiño, Director de la Biblioteca Nacional. El Lcdo. Patiño cursó estudios regulares de bibliotecología en los Estados Unidos y Panamá y representó a su país en la Asamblea de Bibliotecarios de América, celebrada en Washington, D. C., del 12 de mayo al 8 de junio de 1947.

Los trabajos iniciales para establecer la Biblioteca Nacional de Panamá se deben al gobierno del presidente Chiari y su Secretario de Educación, Octavio Méndez Pereira, quienes suscribieron la Ley 41 de 27 de noviembre de 1924, base de la Ley N° 89, de julio 1°, de 1941, firmada por el presidente Arnulfo A-

rias y el secretario de Educación, José Pezet, creadora de la Biblioteca.

En virtud de la Ley citada, el 11 de julio de 1942 fué inaugurada la Biblioteca Nacional de Panamá, bajo la acertada dirección de su fundador, el más distinguido de los historiadores panameños de los últimos tiempos, don Ernesto Castellero R. Hasta el 30 de octubre de 1945 fué director de la Biblioteca el Lcdo. Castellero, ocupando dicho cargo, por haberse jubilado su antecesor, el 1° de noviembre, el Lic. Galileo Patiño.

Actualmente la Biblioteca Nacional de Panamá tiene más de 60,000 volúmenes en sus anaqueles, además de una gran cantidad de revistas y periódicos, materiales audio-visuales, etc.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD.—En la organización de esta biblioteca han colaborado los bibliotecarios y profesores norteamericanos, doctores Gaston Litton y Virginia Hallan, cuyas enseñanzas han sido bien aprovechadas por su directora actual, la Sra. Carmen D. de Herrera, cuya formación bibliotecaria ha estado a cargo de los profesores de la Universidad de Panamá, en sus estudios regulares bibliotecológicos.

La Universidad de Panamá fué fundada con el nombre de San Javier, por Fray Javier de Luna Victoria, en 1749, cuyo nombre conservó hasta 1781 en que fué cerrada con motivo de la expulsión de los jesuitas. En su etapa actual fué creada por el decreto 29, de 29 de mayo de 1935, dado por el presidente Dr. Harmodio Arias, comenzando sus labores el 7 de octubre de ese mismo año, bajo la insustituible rectoría del Dr. Octavio Méndez Pereira, a quien debe su gran reputación y la extensa labor realizada hasta nuestros días.

Una de las dependencias más cuidadas de la Universidad es su Biblioteca, en cuyos anaqueles, perfectamente clasificados y catalogados, se agrupan los siguientes fondos: 29,482 libros y folletos; 746 boletines; 2,665 revistas; 4,685 publicaciones oficiales; y 1,520 publicaciones de la Universidad.

BIBLIOTECAS DE CHIRIQUÍ.—En David, la capital de la Provincia de Chiriquí, palabra indígena que significa «Valle de la luna», presta servicios la Biblioteca Pública de David, alojada en espacioso y céntrico local, con más de 3,500 volúmenes al ser-

vicio del público, en su sala de lectura abierta en horas de la mañana y de la tarde. Estos libros pueden leerse también fuera de la biblioteca, mediante su servicio de préstamos.

También cuenta con una pequeña biblioteca pública el pintoresco pueblo de Boquete, cuyo delicioso clima templado lo hace un concurrido centro de veraneo panameño.

BIBLIOTECAS DE COLON.—La más importante biblioteca de la ciudad de Colón es la Biblioteca Mateo Iturralde, la más antigua de la localidad, fundada como biblioteca municipal en 1908, con cuyo carácter prestó servicios hasta que fué incorporada a la Biblioteca Nacional.

Esta biblioteca está alojada actualmente en un local del edificio que ocupa el Centro Escolar Abel Bravo, pero será trasladada próximamente a un local propio. Es su actual Director el notable periodista panameño don Felipe Salabarría, a quien tuvimos el honor de contar entre los alumnos de nuestros cursos bibliotecológicos en la Universidad de Panamá.

El mismo Centro Escolar Abel Bravo, a quien el Presidente don Enrique Jiménez ha dotado de un magnífico edificio, organiza una biblioteca moderna, con el amplio propósito de que preste servicios al alumnado y al público en general.

DE PANAMA A «LAS TABLAS».—Bajo la dirección de Alcides Alba Chanis se ha organizado la Biblioteca Pública Carlos L. López, en Las Tablas, con 1,797 volúmenes, revistas y periódicos, los cuales permanecen al servicio público desde las 7 de la mañana hasta las 12 del día, en un amplio y céntrico local.

Fundada en 1942, por su directora, Clemencia Vásquez, presta servicios en Chitré la Biblioteca Pública Cristóbal Rodríguez, con más de 3,000 volúmenes puestos al servicio del público en horas de la mañana, tarde y noche y con servicio de préstamos.

También en Santiago de Veraguas, instalada en el edificio de una antigua iglesia, bajo la dirección de Claudina Jaén, presta servicios una biblioteca pública, con más de 3,000 volúmenes, de la mañana a la noche, con departamento de circulación.

En esta misma ciudad, en uno de los mejores centros de enseñanza de Panamá, la Escuela Normal, está alojada una magnífica biblioteca, para el servicio de la Institución, en la cual colabo-

ró la profesora y bibliotecaria norteamericana, Marietta Daniels.

El poblado de Penonomé, nombre de origen indio que quiere decir «Aquí penó Nomé», perteneciente a la provincia de Coclé, tiene también su Biblioteca Pública Fernando Guardia, bajo la dirección de la bibliotecaria Petra Fernández.

Antón, bello pueblo cercano a Panamá, cuyo nombre tuvo actualidad durante la Guerra Mundial por haberse construido junto a él uno de los más grandes campos de aterrizaje del Mundo, cuenta con una magnífica biblioteca, para la cual fué construido especialmente un moderno edificio diseñado por el Lcdo. Galileo Patiño. Más de 4,500 volúmenes están en ella al servicio público, en la sala de lectura y en servicio circulante.

Muchas otras bibliotecas pudiéramos citar, pero reducimos nuestra información a las que el autor de este trabajo ha tenido la oportunidad de visitar, de abril a mayo de 1948, con ocasión de ofrecer un curso general de capacitación bibliotecológica y dos cursos de Bibliología y Administración y Organización de Bibliotecas, en la Universidad de Panamá.

Habana, agosto 1948.

BIBLIOGRAFIA SALVADOREÑA

Publicaciones Impresas en El Salvador

Durante el Año 1946.

LIBROS

Arce, Manuel José.

Breves Indicaciones sobre la Reorganización de Centro América. Tomo V. Dutriz Hermanos, Editores, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 16x12 cm. 80 págs.

Banco Hipotecario de El Salvador.—San Salvador.

Memoria del 11° Ejercicio Bancario comprendido entre el 1° de Julio de 1945 al 30 de Junio de 1946. Publicaciones del Banco Hipotecario de El Salvador. Editorial Ahora, 1946.—San Salvador. El Salvador, C. A.—22x18 cm. 19 págs.

Barrera, Claudio.

Fechas de Sangre.—Editorial Nosotros, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 25x19 cm. 15 págs.

Basauri, Daniel. (Presbítero).

Apuntes de Química según el Programa vigente de Ciencias y Letras. Tipografía La Unión, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 24x18 cm. 184 págs.

Cámara de Comercio e Industria de El Salvador.—San Salvador.

Estudios e Informes presentados por la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador, ante el Ministerio del Trabajo. Tipografía La Unión, 1946.—San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 100 págs.

Cámara de Comercio e Industria de El Salvador.—San Salvador.

Memoria de los trabajos realizados por la Directiva de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador, en el año de 1946. Talleres Gráficos Cisneros, 1946.—San Salvador, El Salvador, C. A. 18x13 cm. 17 págs.

Contreras, Juan Miguel.

Fruta de Fuego.—Talleres Gráficos Cisneros, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 21x14 cm. 137 págs.

Del Río y del Collado, Gerardo.

Sonetos de Amor y de Dolor. — Editorial Imprenta Morazán, 1946. Santa Ana, San Salvador, C. A. 21x16 cm. 123 págs.

El Salvador. Corte de Cuentas.

Memoria rendida a la Honorable Asamblea Nacional Legislativa por la Corte de Cuentas de la República, de sus labores realizadas durante el año de 1945. Publicaciones de la Corte de Cuentas de la República. Talleres Nacionales de Grabados, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 22x16 cm. 111 págs.

El Salvador. Departamento Nacional del Trabajo.

Ley de Creación del Departamento Nacional del Trabajo y Ley General sobre Conflictos colectivos del Trabajo. Publicaciones del Departamento Nacional del Trabajo. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 49 págs.

El Salvador. Dirección General de Policía.

Reglamento General de Tránsito. Publicaciones de la Dirección General de Policía. Imprenta Nacional, 1946. —San Salvador, El Salvador, C. A. 17x12 cm. 177 págs.

El Salvador. Ministerio de Cultura.

Programa para los exámenes privados de Comercio y Hacienda. Publicaciones del Ministerio de Cultura. — Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 25x19 cm. 18 págs.

El Salvador. Ministerio de Cultura y Asistencia Social.

Memoria de las labores desarrolladas por el Poder Ejecutivo en los ramos de Cultura y Asistencia Social. Publicaciones del Ministerio de Cultura y Asistencia Social. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 270 págs.

El Salvador. Ministerio de Defensa.

Memoria del Ministerio de Defensa presentada a la Honorable Asamblea Nacional Legislativa, por el Secretario del Ramo, General Manuel Antonio Castañeda. Publicaciones del Ministerio de Defensa. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 24x18 cm. 93 págs.

El Salvador. Ministerio de Defensa.

Reglamento de exámenes militares para la declaración de aptitud previa al ascenso. Publicaciones del Ministerio de Defensa. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 18x11 cm. 37 págs.

El Salvador. Ministerio de Defensa.

Reglamento para la aplicación de la Ley de Condecoraciones Militares. Publicaciones del Ministerio de Defensa. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 10 págs.

El Salvador. Ministerio de Fomento.

Memoria del Ramo de Fomento. Publicaciones del Ministerio de Fomento. Editorial Ahora, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 24x15 cm. 112 págs.

El Salvador. Ministerio de Relaciones Exteriores.

Conferencia de las Naciones Unidas para la Organización Internacional celebrada en San Francisco, California, del 25 de abril al 26 de Junio de 1946. Informe de la Delegación Salvadoreña. Publicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18cm. 125 págs.

El Salvador. Ministerio del Interior.

Memoria de los actos del Poder Ejecutivo en los Ramos de Gobernación y Trabajo, correspondientes al año de 1945, presentada ante la Honorable Asamblea Nacional Legislativa, por el Doctor Juan Benjamín Escobar, Ministro del Interior. Publicaciones del Ministerio del Interior. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 24x16. 127 págs.

El Salvador. Poder Ejecutivo.

Reglamento y Tarifa del Diario Oficial. Publicaciones del Poder Ejecutivo. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 15x10 cm. 47 págs.

El Salvador. Presidente. (Castaneda Castro).

Mensaje leído por el señor Presidente Constitucional de la República, General don Salvador Castaneda Castro, el 15 de Febrero de 1946. Imprenta Nacional. San Salvador, El Salvador, C. A. 25x16 cm. 19 págs.

Espinosa, Francisco. (Profesor).

Ensayos sobre Educación. Talleres Gráficos Cisneros, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 19x12 cm. 39 págs.

Externado San José. San Salvador.

Literatura. Respuestas al cuestionario del programa oficial del 5° curso de Ciencias y Letras. Tipografía La Unión, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 21x15 cm. 99 págs.

Fábrica de Sacos Cuscatlán. San Salvador.

Reglamento Interior de Trabajo de la Fábrica de Sacos Cuscatlán, Sociedad Anónima. —s. p. d. i.— 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 18x14 cm. 16 págs.

Herrera Vega, Adolfo.

Navidad en Izalco. Publicaciones del Ministerio de Cultura. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 65 págs.

Horton, Robert K.

Estudios sobre el tratamiento de los deshechos de los beneficios de Café. Publicaciones de la Asociación Cafetalera de El Salvador. Editorial Ahora, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 16 págs.

International Railways of Central America. San Salvador.

Memorial de la Unión de Trabajadores Ferrocarrileros dirigido al Departamento Nacional del Trabajo y contestación de la «Irca». Tipografía La Unión, 1946. — San Salvador, El Salvador, C. A. 17x11 cm. 64 págs.

Lars, Claudia.

Romances de Norte y Sur. Imprenta Funes, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 23x15 cm. 55 págs.

López, J. Luis.

El Lector Cuzcatleco. Libro Nacional de Lectura. 6 Tomos. Tipografía La Unión, 1946. San Salvador, El

Salvador, C. A. 18x12 cm.

Martí, Julio Alberto.

El Teatro en la escuela. Tres obritas para la escena. — Publicaciones del Ministerio de Cultura.— s. p. de. i.— 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 22x16 cm. 23 págs.

Morán Monterrosa, Rosendo.—(Doctor).

Cómo debe administrarse un Hospital. Plan adaptable para Hospitales, Asilos, Casas de Salud, Policlínicas, etc. Editorial Ahora, 1946. San Salvador, El Salvador. C. A. 25x18 cm. 10 págs.

Palacio Episcopal. San Salvador.

El Orden del Episcopado explicado al pueblo. Homenaje. Recuerdo de la Consagración del Excelentísimo y Reverendísimo don Pedro Arnoldo Aparicio y Quintanilla S. S.—Tipografía La Tribuna, 1946.—San Salvador, El Salvador, C. A. 17x12 cm. 64 págs.

Pineda López, Alfonso.—(Doctor).

Remembranzas (Versos). Tipografía La Unión, 1946. — San Salvador, El Salvador, C. A. 21x15 cm. 99 págs.

Santos, Domingo.

Doce cantos escolares. Publicaciones del Ministerio de Cultura. Primera Edición. Imprenta Nacional, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 32x21 cm. 37 págs.

Sociedad Democrática de Suchitoto.—Suchitoto.

Estatutos y Reglamento Interior de la Sociedad Democrática de Suchitoto. Tipografía La Tribuna, 1946. — Suchitoto, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 19 págs.

Sociedad de Señoras de la Caridad. San Salvador.

Memoria de la Sociedad de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl, establecida en la República de El Salvador. Tipografía La Unión, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 23x16 cm. 59 págs.

Sociedad Ideal de Obreros. San Vicente.

Estatutos reformados de la Sociedad Ideal de Obreros. Imprenta Ramírez, 1946. San Vicente, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 21 págs.

Ulloa, Juan.

Carbones Encendidos (Cuentos y Artículos). — Talleres Gráficos Cisneros, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 22x14 cm. 147 págs.

Valencia Robleto, Gilberto.

El Adelanto de las Letras en El Salvador. Talleres Gráficos Cisneros, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 19x12 cm. 26 págs.

Work, Samuel H.

Informe preliminar del valor de la pulpa del café seco como sustituto del maíz en la ración de vacas lecheras. Publicación de la Asociación Cafetalera de El Salvador.

Editorial Ahora, 1946. San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 8 págs.

P R E N S A

Diarios, Semanarios, etc.

(El) Buen Pastor. (Semanal)

Año de 1946. Fundado en 1931. Presbítero Miguel de J. Da Broi L., Director.—Atiquizaya, El Salvador, C. A.

Chaparrastique (Semanal).

Año de 1946. Fundado en 1914. Doctor Miguel Valle y Peña, Director.—San Miguel, El Salvador, C. A.

Criterio (Semanal).

Año de 1946. Fundado en 1932. Presbítero Licenciado Rafael Valladares, Director.—San Miguel, El Salvador, C. A.

(El) Diario de Hoy (Diario)

Año de 1946. Fundado en 1936. Saturnino Viera Altamirano, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Diario de Occidente (Diario).

Año de 1946. Fundado en 1910. Manuel Andino, Director.—Santa Ana, El Salvador, C. A.

Diario de Oriente (Diario).

Año de 1946. Fundado en 1912. C. Augusto Osegueda, Director.—San Miguel, El Salvador, C. A.

Diario Latino (Diario).

Año de 1946. Fundado en 1890. Miguel Pinto, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Diario Oficial (Diario).

Año de 1946. Fundado el 2 de Enero de 1885. Organismo Oficial del Gobierno. Ricardo Augusto Lima, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Excelsior (Semanal).

Año de 1946. Fundado en 1938. Salvador Castillo Vega, Director.—Sonsonate, El Salvador, C. A.

(El) Gran Diario La Nación (Diario).

Año de 1946. Fundado el 2 de Agosto de 1923. Rubén Membreño, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

(El) Imparcial (Semanal)

Año de 1946. Fundado en 1932. M. A. Olivares, Director.—Quezaltepeque, El Salvador, C. A.

Juventud Obrera (Diario).

Año de 1946. Fundado en 1938. Organismo de la Sociedad Juventud Obrera Salvadoreña. Napoleón González.

lez, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

(El) Nacional (Diario)

Año de 1946. Fundado en 1944. Edición responsable del Departamento de Propaganda de la Presidencia de la República.—San Salvador, El Salvador, C. A.

(La) Nueva Tribuna (Diario).

Año de 1946. Fundado en 1930. Agenor Argüello, Director.—Abuachapán, El Salvador, C. A.

(La) Prensa Gráfica (Diario).

Año de 1946. Fundado en 1914. Ramón Pleitès, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Prisma (Semanal).

Año de 1946. Fundado en 1936. Arturo M. Salgado, Director.—Santiago de María, El Salvador, C. A.

Trenes (Quincenal).

Año de 1946. Fundado en 1944. Organo de la Unión de Trabajadores Ferrocarrileros. Héctor M. Rico, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

(La) Tribuna (Diario).

Año de 1946. Fundado en 1944. Manuel Aguilar Chávez, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

REVISTAS Y BOLETINES

Acción Rotaria (Revista Mensual).

Números del 1 al 7, de Junio a Diciembre de 1946. Organó del Club Rotario de San Miguel. Doctor Salvador Guerra Hércules, Director.—San Miguel, El Salvador, C. A.

Ahora (Revista Mensual).

Números del 102 al 113, de Enero a Diciembre de 1946. Alfredo Ruiz, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Alma Latina (Revista Mensual).

Números del 67 al 72, de Febrero a Julio de 1946. Carlos L. Avendaño, Director.—La Paz, El Salvador, C. A.

Auxilio (Revista Mensual).

Números del 33 al 35, de Agosto a Octubre de 1946. Organó de la Sociedad de Exalumnos del Colegio María Auxiliadora.—Santa Tecla, El Salvador, C. A.

Boletín Gráfico (Mensual).

Números del 1 al 4, de Febrero a Mayo de 1946. Organó de la Asociación de Empresas Gráficas.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Boletín de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador (Mensual).

Números del 166 al 171, de Enero a Diciembre de 1946. Órgano de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Boletín Sanitario (Mensual).

Números del 1 al 5, de Marzo a Diciembre de 1946. Órgano de la Dirección General de Sanidad.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Café de El Salvador (Revista Mensual)

Números del 177 al 188, de Enero a Diciembre de 1946. Órgano de la Asociación Cafetalera de El Salvador. Carlos R. Hernández, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Ciencias Jurídicas Políticas y Sociales (Revista Mensual).

Números 1 y 2, de Junio a Septiembre de 1946. Órgano de la Sociedad de Estudiantes de Derecho de la Universidad Autónoma de El Salvador. Gustavo Adolfo Noyola, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Cincuentenario (Revista Mensual).

Números del 1 al 6, de Enero a Septiembre de 1946. Órgano de la Inspectoría Salesiana.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Compañía Salvadoreña del Café (Boletín Mensual).

Números del 12 al 23, de Enero a Diciembre de 1946. Órgano de la Compañía Salvadoreña del Café, Sociedad Anónima.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Correo Rural Escolar (Revista Mensual).

Números del 3 al 8, de Enero a Diciembre de 1946. Publicación del Ministerio de Cultura. Manuel Bolaños, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Eca (Revista Mensual).

Números del 1 al 6, de Enero a Diciembre de 1946. Valentín Arrieta Gallegos, S. J., Director. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Ecos Guadalupanos (Revista Mensual).

Números del 19 al 24, de Enero a Diciembre de 1946. Organó del Colegio Guadalupano de San Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Esfinge (Revista Mensual).

Números del 19 al 25, de Febrero a Diciembre de 1946. Doctor Carlos Manuel Arita, Director y Fundador. San Salvador, El Salvador, C. A.

Externado (Revista Trimestral).

Números 9 y 10, de Febrero a Junio de 1946. Organó del Externado San José de San Salvador. Salvador G. Montes, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Gaceta Médica (Revista Bimensual).

Números del 47 al 52, de Febrero a Diciembre de 1946. Organó del Hospital San Juan de Dios.—Santa Ana, El Salvador, C. A.

Horizontes (Revista Mensual).

Números del 23 al 33, de Febrero a Diciembre de 1946.
Juvenal Martínez, Director.— Santa Ana, El Salvador,
C. A.

Juventud Farmacéutica (Revista Mensual).

Números 1 y 2, de Julio y Agosto de 1946. Órgano de
la Sociedad de Estudiantes de Química y Farmacia. Ba-
chiller Raúl Zelaya S., Director.— San Salvador, El Sal-
vador, C. A.

Lamatepec (Revista Mensual).

Números del 136 al 147, de Enero a Diciembre de 1946.
Santa Ana, El Salvador, C. A.

Repertorio Salvadoreño (Revista Mensual).

Números del 56 al 58, de Mayo a Diciembre de 1946.
Miguel A. Durán, Director.—San Salvador, El Salvador,
C. A.

Revista del Ateneo de El Salvador (Mensual).

Números del 169 al 172, de Enero a Diciembre de 1946.
Órgano del Ateneo de El Salvador. Juan Felipe To-
ruño, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista del Departamento de Educación Secundaria (Mensual).

Número 1. de Noviembre de 1946. — San Salvador, El
Salvador, C. A.

Revista del Ministerio de Cultura (Trimestral).

Números del 15 al 18, de Enero a Diciembre de 1946.
Órgano del Ministerio de Cultura. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista de la Corte de Cuentas (Mensual).

Números del 73 al 81, de Enero a Septiembre de 1946.
Órgano de la Corte de Cuentas de la República. — San Salvador, El Salvador, C. A.

(El) Salvador Médico (Revista Mensual).

Números del 10 al 15, de Enero a Diciembre de 1946.
Órgano de la Asociación de Estudiantes de Medicina de la Universidad Autónoma de El Salvador. Carlos Díaz del Pinal, Director.— San Salvador, El Salvador, C. A.

(El) Serafín de Asís (Revista Mensual).

Números del 240 al 248, de Enero a Diciembre de 1946.
Presbítero Antonio M. Brunetti, Director.— San Salvador, El Salvador, C. A.

Simiente (Revista Mensual),

Números del 2 al 8, de Junio a Diciembre de 1946. Órgano del Instituto Nacional de Occidente. Alfredo Betancourt, Director.— Santa Ana, El Salvador, C. A.

PUBLICACIONES IMPRESAS EN EL SALVADOR DURANTE EL AÑO 1947.

LIBROS

Amaya, Raúl. (Bachiller).

Cuadernos de Castellano. Editorial La Tribuna, 1947.
—San Salvador, El Salvador, C. A. — 28x21 cm. 17
págs.

Araujo, Ismael Enrique.

Estudios sobre la potabilidad de las Fuentes de Agua de
la Población de San Buenaventura. Talleres Gráficos
Cisneros, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 28x20
cm. 26 págs.

Asociación Cafetalera de El Salvador. San Salvador.

Almanaque Agrícola. Publicaciones de la Asociación
Cafetalera de El Salvador, Compañía Salvadoreña del
Café y Banco Hipotecario de El Salvador.—Editorial
Ahora, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 21x15
cm. 48 págs.

Campo, Rafael.

Bocetos Biográficos. Rafael Campo. Publicaciones del Centro Cultural Sonsonateco. Tip. Heraldo de Sonsonate, 1947.—Sonsonate, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 18 págs.

Casino Santaneco. Santa Ana.

Estatutos del Casino Santaneco. Tip. Comercial, 1947. Santa Ana, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 43 págs.

Casino Usuluteco. Usulután.

Estatutos y Reglamento Interior del Casino Usuluteco y Reformas de los mismos. Talleres Gráficos Cisneros, 1947.—Usulután, El Salvador, C. A. 16x11 cm. s. n. de. p.

Castro Ramírez, (h), Manuel, (Doctor).

Derecho Penal Salvadoreño. Prólogo del Dr. Mariano Ruiz Funes. Juicio del Dr. Enrique Córdova. Imprenta Funes, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 15½ x23 cm. 251 págs.

Cea, Leopoldo. (Doctor).

Tratado de Hematología Clínica. Libro Segundo. Publicaciones de la Universidad Autónoma de El Salvador. Talleres Gráficos Cisneros, 1947. — San Salvador, El Salvador, C. A. 25x17 cm. 499 págs.

Colorado, José Eliseo.

Algunas Consideraciones a nuestra Ley de Impuestos

sobre la Renta. Editorial Ahora, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 27x19 cm. 39 págs.

Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda. San Salvador.

Escritura Social de la Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda., aprobada por la Junta General de Accionistas celebrada en la ciudad de Usulután el 17 de noviembre de 1946. Publicaciones de la Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda. Talleres Gráficos Cisneros, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 21x15 cm. 17 págs.

Díaz del Pinal, Carlos.

La Prueba Tuberculínica en Parche. Publicaciones de la Universidad Autónoma de El Salvador. Tip. La Tribuna, 1947. San Salvador, El Salvador, C. A. 29x21 cm. 40 págs.

El Salvador. Asamblea Nacional Legislativa.

El Dr. Ricardo Rivas Vides, Presidente de la Asamblea Nacional Legislativa, contesta el Mensaje del señor Presidente Constitucional de la República. Publicaciones de la Asamblea Nacional Legislativa. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 25x16 cm. 7 págs.

El Salvador. Ministerio de Agricultura.

Acta Final de la Conferencia de Ministros de Agricultura de Centro-América-México. Publicaciones del Ministerio de Agricultura. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 27 págs.

El Salvador. Ministerio de Agricultura.

Memoria del Ramo de Agricultura correspondiente al año de 1946, leída ante la Asamblea Nacional Legislativa por el Ministro del Ramo don Jaime D. Hill. Publicaciones del Ministerio de Agricultura. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 38 págs.

El Salvador. Ministerio de Agricultura.

Reglamento para el Registro Genealógico de Ganado Vacuno y Caballar de Razas Puras. Publicaciones del Ministerio de Agricultura. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 20 págs.

El Salvador. Ministerio de Cultura.

Curso de Capacitación por Correspondencia. Publicaciones del Ministerio de Cultura, Sección Técnica del Consejo de Educación. Editorial Excelsior, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 23x16 cm. 44 págs.

El Salvador. Ministerio de Cultura.

Proyecto de Programa de Educación Primaria para ser enseñado en 1947. Publicaciones del Ministerio de Cultura. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 17x12 cm. 72 págs.

El Salvador. Ministerio de Cultura.

Reglamento de Enseñanza Normal. Publicaciones del Ministerio de Cultura. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 17x13 cm. 35 págs.

El Salvador. Ministerio de Defensa.

Empleo Técnico y Táctico del cañón anti-tanque M3A1-Cal. 37 M. M. Publicaciones del Ministerio de Defensa, Estado Mayor General del Ejército. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 72 págs.

El Salvador. Ministerio de Defensa.

Reglamento de Uniformes para el uso del Ejército y Marina Nacionales. Publicaciones del Ministerio de Defensa. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 12x9 cm. 83 págs.

El Salvador. Ministerio de Defensa.

Reglamento Orgánico para el funcionamiento del curso para individuos de tropa de la Guardia Nacional. Publicaciones del Ministerio de Defensa. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 10 págs.

El Salvador. Ministerio de Economía.

Deuda Pública. Párrafos del Informe anual a la Asamblea Nacional de Diputados, leído por el señor Ministro del Ramo Dr. Max. P. Brannon el 13 de mayo de 1947. Publicaciones del Ministerio de Economía.—Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 24x16 cm. 55 págs.

El Salvador. Ministerio de Economía.

Ley Orgánica de Mejoramiento Social. Reglamento de adquisición, administración y enajenación de bienes de Mejoramiento Social. Publicaciones del Ministerio de

Economía. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 61 págs.

El Salvador. Ministerio de Economía.

Política Comercial. Párrafos del Informe anual a la Asamblea Nacional de Diputados, leído por el Ministro del Ramo Dr. Max. P. Brannon, el 13 de mayo de 1947. Publicaciones del Ministerio de Economía. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 23x15 cm. 43 págs.

El Salvador. Ministerio de Economía.

Política Presupuestal. Párrafos del Informe anual a la Asamblea Nacional de Diputados, leído por el Ministro del Ramo Dr. Max. P. Brannon, el 13 de mayo de 1947. Publicaciones del Ministerio de Economía. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 23x15 cm. 32 págs.

El Salvador. Ministerio de Fomento.

Memoria del Ramo de Fomento, año de 1946. Publicaciones del Ministerio de Fomento. Editorial Ahora, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 24x15 cm. 111 págs.

El Salvador. Ministerio de Relaciones Exteriores.

Memoria de la Primera Reunión Guatemalteco-Salvadorense de Abogados. Publicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores. Editorial Ahora, 1947. — San Salvador, El Salvador, C. A. 27x19 cm. 29 págs.

El Salvador. Ministerio de Relaciones Exteriores.

Memoria de los Actos del Poder Ejecutivo en los Ramos de Relaciones Exteriores y Justicia correspondientes al año de 1946, presentada ante la Honorable Asamblea Nacional Legislativa por el Ministro de la Cartera Dr. José Antonio Quiroz. Publicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores. Imprenta Nacional, 1947.— San Salvador, El Salvador, C. A. 25x19 cm. 118 págs.

El Salvador. Ministerio de Trabajo y Previsión Social.

Memoria de los Actos del Poder Ejecutivo en los Ramos de Trabajo y Previsión Social, presentada a la Honorable Asamblea Nacional Legislativa por el Ministro del Ramo, el 28 de febrero de 1947. Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Previsión Social. Imprenta Nacional, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 37 págs.

El Salvador. Ministerio del Interior.

Reglamento del Mercado Municipal de Sonsonate. Publicaciones del Ministerio del Interior. Imprenta Nacional, 1947. San Salvador, El Salvador, C. A. 17x11 cm. 20 págs.

Espinosa, Francisco.

Noventa Días entre Maestros. Publicaciones del Ministerio de Cultura. Imprenta Nacional, 1947. — San Salvador, El Salvador, C. A. 24x18 cm. 137 págs.

Figeac, José F.

La Libertad de Imprenta en El Salvador. Biblioteca Universitaria, Vol. III. Imprenta Funes, 1947. — San Salvador, El Salvador, C. A. 23x15 cm. 592 págs.

Gavidia, Francisco.

Cuentos de Marineros. Episodios de Sooter o Tierra de Preseas. Imprenta Nacional, 1947. — San Salvador, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 50 págs.

Guandique, José Salvador. (Doctor).

Itinerario Filosófico. Imprenta Gutenberg, 1947. Santa Ana, El Salvador, C. A. 18x12 cm. 169 págs.

Guerrero, José Gustavo. (Doctor)

José Gustavo Guerrero, hijo insigne de El Salvador.— Crónica recordatoria del Homenaje Nacional tributado al gran internacionalista con ocasión de su visita a la Patria en el mes de Septiembre de 1946. Compilaron: Aristides R. Salazar y Joaquín Castro Canízales. Tipografía Central, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 22½x16½ cm. 198 pág.

Góchez, Marín, José. (Doctor)

Derrame Pleural en el Neumotórax Artificial; Contribución a su Estudio en El Salvador. Publicaciones de la Universidad de El Salvador, Facultad de Medicina. Talleres Gráficos Cisneros, 1947. — San Salvador, El Salvador, C. A. 28x21 cm. 37 págs.

Guzmán Foresti, Alberto. (Doctor)

Nociones Generales de Nacionalidad. Publicaciones de la Universidad Autónoma de El Salvador, Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Talleres Gráficos Cisneros, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 28x

20 cm. 39 págs.

Ibáñez, José Mario. (Doctor)

Estudio del Agua de la Fuente de Atecozol. (Tesis) Publicaciones de la Universidad Autónoma de El Salvador, Facultad de Química y Farmacia. Editorial Nosotros, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 28x20 cm. 39 págs.

Masferrer, Alberto.

Qué debemos saber.— Cartas a un Obrero. Imprenta Funes, 1947. San Salvador, El Salvador, C. A. 20x14 cm. 86 págs.

Mora, Julio.

Curso de Latín. Desarrollo del Programa Oficial. Imprenta Zig-Zag, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 20x13 cm. 93 págs.

Morales, José Lucio. (Doctor)

Homenaje al Dr. José Lucio Morales. — 22 de Junio de 1947. (Día del Maestro). Editorial Ahora, 1947. — San Salvador, El Salvador, C. A. 16x12 cm. 19 págs.

Reyes Ruiz, Ricardo. (Doctor)

Contribución a la Cirugía Oral: Apiceptomías, Alveolectomías y Gingivectonomías. Publicaciones de la Universidad Autónoma de El Salvador, Facultad de Odontología. Talleres Gráficos Cisneros, 1947. — San Salvador, El Salvador, C. A. 28x21 cm. 33 págs.

Seminario Central. San Salvador.

Catálogo de los Alumnos del Seminario Central. San José de la Montaña. Tipografía La Unión, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 21x15 cm. 8 págs.

Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública. Sección de El Salvador.

Investigaciones Preliminares de las posibilidades de conservación del suelo y del agua en El Salvador. Publicaciones del Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública. Sección de El Salvador. Imprenta La Tribuna, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 24x18 cm. 159 págs.

Silva, Héctor Ricardo. (Doctor)

Estudios sobre la Presión Arterial de mil salvadoreños tendientes a encontrar una presión media. Publicaciones de la Universidad Autónoma de El Salvador, Facultad de Medicina. Talleres Gráficos Cisneros, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 28x20 cm. 33 págs.

Sociedad Benéfica Femenina Pro-Hospital Rosales. San Salvador.

Memoria de la Sociedad Benéfica Femenina Pro-Hospital Rosales. Tipografía de Diario Latino, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 23x15 cm. 17 págs.

Sociedad de Buhoneros de El Salvador. San Salvador.

Estatutos de la Sociedad de Buhoneros de El Salvador. Talleres Gráficos Cisneros, 1947.—San Salvador, El Salvador, C. A. 15x11 cm. 22 págs.

Sociedad Unión de Joyeros y Relojeros de El Salvador. San Salvador.

Estatutos de la Sociedad Unión de Joyeros y Relojeros de El Salvador Federada. Imprenta Renacimiento, 1947. San Salvador, El Salvador, C. A. 15x10 cm. 15 págs.

Vogt, Guillermo.

El Hombre y la Tierra. Publicaciones de la Asociación de Amigos de la Tierra. Imprenta La Tribuna, 1947.— San Salvador, El Salvador. C. A. 19x14 cm. 104 págs.

Wellman, Frederik L.

Anotaciones sobre el Problema de las enfermedades de las plantas de El Salvador. Publicaciones de la Asociación Cafetalera de El Salvador. Editorial Ahora, 1947.— San Salvador, El Salvador, C. A. 25x18 cm. 42 págs.

P R E N S A

Diarios, Semanarios, etc.

(El) Diario de Hoy (Diario).

Año de 1947. Fundado en 1938. Saturnino Viera Altamirano, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Diario de Occidente (Diario).

Año de 1947. Fundado el 1° de Septiembre de 1910.—Manuel Andino, Director.—Santa Ana, El Salvador, C. A.

Diario de Oriente (Diario).

Año de 1947. Fundado en 1912. C. Augusto Osegueda, Director.—San Miguel, El Salvador, C. A.

Diario Latino (Diario).

Año 1947. Fundado en 1890. Miguel Pinto, Director. San Salvador, El Salvador, C. A.

Diario Oficial (Diario).

Año de 1947. Fundado el 2 de Enero de 1885. Organismo Oficial del Gobierno. Ricardo Augusto Lima, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Heraldo de Sonsonate (Diario).

Año 1947. Fundado en 1918. F. Garzona S., Director.—Sonsonate, El Salvador, C. A.

(El) Nacional (Diario).

Año de 1947. Fundado en 1944. Publicación responsable del Departamento de Propaganda de la Presidencia de la República.—San Salvador, El Salvador, C. A.

(La) Prensa Gráfica (Diario).

Año de 1947. Fundado en 1914. Ramón Pleités, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

REVISTAS Y BOLETINES

Acción Rotaria (Revista Mensual).

Año de 1947. Organó del Club Rotario de San Miguel. Dr. Salvador Guerra Hércules, Director. — San Miguel, El Salvador, C. A.

Agricultura (Revista Mensual).

Número 1, Diciembre de 1947. Publicación del Ministerio de Agricultura. Víctor M. Alemán, Director. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Ahora (Revista Mensual).

Año de 1947. Alfredo Ruiz, Director. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Alma Latina (Revista Mensual).

Año de 1947. Carlos L. Avendaño, Director.— [Zacatecoluca], La Paz, El Salvador, C. A.

Antorcha (Revista Mensual).

Año de 1947. Fernando Cañas y Cañas, Director. — San Vicente, El Salvador, C. A.

Archivos del Colegio Médico de El Salvador (Revista Mensual).

Número 1, Diciembre de 1947. Organó del Colegio Médico de El Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Auxilio (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Sociedad de Ex-alumnas del Colegio María Auxiliadora.— Santa Tecla, El Salvador, C. A.

Boletín Algodonero (Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Cooperativa Algodonera Salvadoreña Ltda.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Boletín del Ministerio de Justicia (Mensual).

Año de 1947. Publicación del Ministerio de Justicia.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Boletín de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador (Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Brisas Nuevas (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano del Liceo Salvadoreño. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Café de El Salvador (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Asociación Cafetalera de El Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Centro América Ilustrada (Revista Mensual).

Año de 1947. Dr. Carlos Manuel Arita, Director y

Fundador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Ciencias Jurídicas y Sociales (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Sociedad de Estudiantes de Derecho de la Universidad Autónoma de El Salvador. Pedro Adalberto Delgado B., Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Compañía Salvadoreña del Café (Boletín Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Compañía Salvadoreña del Café, S. A.—San Salvador, El Salvador, C. A.

(La) Comuna (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Alcaldía Municipal de San Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Correo Escolar Rural (Revista Mensual).

Año de 1947. Publicación del Ministerio de Cultura. Ernesto Revelo Borja, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Cypactly (Revista Mensual). ✓

Año de 1947. Carlos Martínez Molina, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Eca (Revista Mensual). ✓

Año de 1947. Valentín Arrieta Gallegos, S. J., Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Ecos Guadalupeños (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano del Colegio Guadalupeño de San Salvador. Rita Asencio, Directora. — San Salvador, El Salvador, C. A.

El Salvador Filatélico (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Sociedad Filatélica de El Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

El Salvador Médico (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Sociedad de Estudiantes de Medicina «Emilio Álvarez». — San Salvador, El Salvador, C. A.

Externado (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano del Externado San José. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Gaceta del Congreso (Revista Mensual).

Año de 1947. Alirio García Flamenco, Director.— San Salvador, El Salvador, C. A.

Gaceta Médica (Revista Bimensual).

Año de 1947. Órgano del Hospital San Juan de Dios de Santa Ana. Dr. Gustavo E. Álvarez, Director. — Santa Ana, El Salvador, C. A.

Horizontes (Revista Mensual).

Año de 1947. Juvenal Martínez, Director.—Santa Ana,

El Salvador, C. A.

Internacionales (Revista Mensual).

Números 1 y 2, Noviembre y Diciembre de 1947.— Guillermo Valenzuela, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Juventud Farmacéutica (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Facultad de Química y Farmacia. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Lamatepec (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Junta Departamental de la Asociación Cafetalera de El Salvador. — Santa Ana, El Salvador, C. A.

Pro-Christo (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Sociedad de Ex-alumnas del Colegio Sagrado Corazón de San Salvador. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Radio y Pantalla (Revista Mensual).

Año de 1947. Carlos Manuel Flores, Director. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Repertorio Salvadoreño (Revista Mensual).

Año de 1947. Miguel Ángel Durán, Director. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista de Hacienda (Anual).

Año de 1947. Publicaciones del Ministerio de Economía.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista del Ateneo de El Salvador (Trimestral)

Año de 1947. Órgano del Ateneo de El Salvador. Dr. Nazario Soriano, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista del Banco Central de Reserva (Mensual).

Año de 1947. Publicación Oficial del Banco Central de Reserva de El Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista del Ejército (Mensual).

Año de 1947. Publicación del Ministerio de Defensa Nacional. Gral. Alberto J. Pinto, Director. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista del Ministerio de Cultura (Trimestral).

Año de 1947. Órgano del Ministerio de Cultura.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista de la Corte de Cuentas (Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Corte de Cuentas de la República.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista de la Escuela Militar (Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Escuela Militar. Tte

Cnel. John F. Schmelzer, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista de la Policía Nacional (Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Policía Nacional de San Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

(El) Serafín de Asís (Revista Mensual).

Año de 1947. Publicación de los Padres Franciscanos.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Revista Ganadera (Mensual).

Año de 1947. Órgano de la Asociación de Ganaderos de El Salvador.—San Salvador, El Salvador, C. A.

Simiente (Revista Mensual).

Año de 1947. Órgano del Instituto Nacional de Occidente. Alfredo Betancourt, Director.—Santa Ana, El Salvador, C. A.

(El) Taumaturgo (Revista Mensual)

Año de 1947. Publicación de la Parroquia del Calvario. P. Antonio M. Brunetti, Director.—San Salvador, El Salvador, C. A.

NOTICIAS

CONFERENCIAS

Biblioteca Nacional

4 Agosto, 1948. Charla iniciando la Semana Ecuatoriana de Cultura.—Dn. Luis Gallegos Valdés.

5 Agosto, 1948. «El Arte Religioso en el Ecuador».—Dn. Manuel José Arce y Valladares.

7 Agosto, 1948. «La Entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil».—Dn. Jorge Lardé y Larín.

8 Agosto, 1948. «Aspectos varios de las Letras Ecuatorianas».—Dn. Juan Felipe Toruño.

9 Agosto, 1948. «La Libertadora del Libertador». — Dn. César A. Dueñas Ybarra.

Universidad Autónoma de El Salvador

18 Agosto, 1948. «El Español y el Inglés en América».—Dr. Daniel Wogan.

23 Agosto, 1948. «La Enseñanza de la Ingeniería en los Estados Unidos».—Dr. S. S. Steinberg.

25 Agosto, 1948. «Aspectos Jurídicos y Económicos del Problema de Palestina».—Lic. Jorge García Granados.

OPERA

En el Teatro Nacional se llevó a cabo, del 10 al 22 de Agosto 1948, una temporada de Opera a cargo del Conjunto dirigido por Miguel Sandoval.

Integrantes de ese grupo fueron los artistas Mina Gravi, Virginia McWatters, Alicia Notí, Alba del Rosario Díaz, Coconi de Ruiz, Evelyn Sachs, Henry Cordi, Giulio Gari, Costanzo Gerro, Humberto Oliva, Cristian Caballero, José Luis Contreras, Daniel Duno, Desire Ligeti, Ivan Petroff, Luis Rivera. Maestros: Miguel Sandoval, Michael Kuttner. Director de Escena: German Geiger Torel. Coordinador Artístico: Daniel Duno.

Las obras representadas: Madame Buterfly, Puccini; Rigoletto, Verdi; La Bohemia, Puccini; El Barbero de Sevilla, Rossini.

La temporada la organizó el Comité de la Opera, habiendo sido subvencionada por el Gobierno de El Salvador.

«AMIGOS DE LA CULTURA»

El día 15 de Agosto de 1948 se eligió, por votación de todos los socios activos, la Directiva de «Amigos de la Cultura» que tendrá a su cargo el gobierno de esa institución durante un período de dos años.

Tal Directiva quedó formada así: Presidente, Dn. Raúl Contreras; Vice-Presidente, Dn. Humberto Pacas; Secretario General, Dn. Ricardo Trigueros de León; Pro-Secretario General, Dn. Luis Alonso Rendón; Tesorero, don Baudilio Torres; Síndico, Dr. Hugo Lindo; Bibliotecario, Dn. Luis Gallegos Valdés; Vocal 1º, Dr. Romeo Fortín Magaña; Vocal 2º, Dña. Adela de Leiva; Vocal 3º, Dn. Saúl Flores; Vocal 4º, Dn. Raúl Merino.

RETORNAN DOS ARTISTAS

Claudia Lars, quien se encontraba en San Francisco, California, ha regresado a San Salvador. Está empeñada actualmente en terminar dos libros suyos.

Noé Canjura, joven pintor salvadoreño, ha vuelto a nuestro país después de permanecer durante algunos meses en México.

NUESTROS COLABORADORES

ALEJANDRO CASONA. *Español*. Conocido comediógrafo y poeta. Vive en Buenos Aires. Es autor de «La Sirena Varada» (premio Lope de Vega, 1934), «Nuestra Natacha», «Otra vez el Diablo», «Prohibido Suicidarse en Primavera».

TRIGUEROS DE LEON. *Salvadoreño*. Escritor y poeta, autor de los siguientes libros: «Campanario», «Nardo y Estrella», «Presencia de la Rosa» (sonetos), «Labrando en Madera».

OTTO RAUL GONZALEZ. *Guatemalteco*. Joven poeta residente en México. Ha publicado «Voz y Voto del Geranio», «A Fuego Lento», «Sombras Era»; todos, libros de poesía.

LUIS GALLEGOS VALDES. *Salvadoreño*. Vive en San Salvador. Es Profesor Encargado del Seminario de Literatura de la Escuela de Filosofía y Ciencias de la Educación. Colabora en periódicos y revistas.

ALBERTO GUERRA TRIGUEROS. *Nicaragüense*. Poeta y escritor. Obra suya publicada: «El Surtidor de Estrellas». Inéditas: «Minuto de Silencio», «Poema Póstumo», etc. Reside en San Salvador.

ANGEL MARTINEZ. *Español*. Poeta y Sacerdote Jesuita. Ha publicado «Romance del Mantel de Bodas». Tiene, inéditos, varios libros de poesía: «Río hasta el fin», «Ángel en el País del Águila», etc. Es Profesor del Seminario San José de la Montaña, en San Salvador.

RAFAEL ALBERTI. *Español*. Conocido poeta y escritor. Reside en Buenos Aires. Es autor de «Marinero en Tierra» (Premio Nacional de Literatura 1924). «La Amante», «Cal y Canto», «Sobre los Ángeles», «Entre el Clavel y la Espada».

En prosa ha escrito «Imagen primera de . . . », una fina colección de imágenes de Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Miguel Hernández, etc. «El Adefesio» (teatro) también es obra suya.

CLAUDIA LARS. *Salvadoreña*. Inspirada poetisa, autora de los siguientes libros: «Estrellas en el Pozo». «Canción Redonda». «La Casa de Vidrio». «Romances de Norte y Sur», «Sonetos».

RAUL LEIVA. *Guatemalteco*. Poeta y escritor. Vive en su patria. Es Secretario de la «Revista de Guatemala». Autor de «Angustia», «En el Pecado», «Sonetos de Amor y Muerte», «El Deseo».

SERAFIN QUITENÓ. *Salvadoreño*. Poeta y periodista. Su poesía es de un delicado tono lírico. Publicó «Corasón con S». Reside en San Salvador.

GENARO AMADOR LIRA. *Nicaragüense*. Estudió escultura en México. Fué Director de la Escuela de Bellas Artes de Nicaragua.

JUAN RAFAEL CHACON. *Costarricense*. Vive en Heredia. Pertenecer al grupo de modernos escultores de Costa Rica,

NAPOLEON VIERA ALTAMIRANO. *Salvadoreño*. Editor de «El Diario de Hoy». Periodista que gusta de los temas económicos y filosóficos. Es autor de «Las Fronteras Malditas», libro de tendencia centroamericanista.

JOSE SALVADOR GUANDIQUE. *Salvadoreño*. Abogado. Profesor de Filosofía y Sociología. Es autor de «Datos de Sociología» e «Itinerario Filosófico».

HUGO LINDO. *Salvadoreño*. Poeta y escritor. Es Abogado. Libros suyos: «Clavelia» (romances), «Poema Eucarístico y otros», «Güaro y Champaña» (cuentos), «El Libro de Horas» (Premio 15 de Septiembre. Guatemala, 1947), «El Divorcio en El Salvador» (Tesis premiada con medalla de oro).

CESAR A. DUEÑAS YBARRA. *Ecuatoriano*. Es Encargado de Negocios de su país en El Salvador.

FERMIN PERAZA. *Cubano*. Director de la Biblioteca Municipal de la Habana. Doctor en Derecho Civil y en Ciencias Políticas, Sociales y Económicas de la Universidad de la Habana. Es Director del Anuario Bibliográfico Cubano. Ha publicado numerosas obras sobre asuntos bibliotecológicos.

SUMARIO

EL ESPIRITU DE LA LETRA

En el Centenario de Tirso de Molina.—Alejandro Casona...	5
Genio y Figura. Jacinto Grau.—Trigueros de León.....	11
Poetas de Guatemala.—Otto-Raúl González.....	19
Encuesta. Responde:	
Luis Gallegos Valdés...	29
Espejo de Tres Lunas.—Alberto Guerra Trigueros.....	37
De Corazón Difícil. (De mi Memoria de Hoy).—Ángel Martínez.....	41

TOMA ESTA LLAVE

Esquema para un Retrato de Toño Salazar.—Rafael Alberti...	49
Carta a Gabriela en mi Viaje de Mar.—Claudia Lars.....	52
Canto a la Primavera.—Raúl Leiva.....	57
Canción y Danza en Día de Lluvia.—Sonetos de la Palabra.	

—Serafin Quiteño.....	61
-----------------------	----

ARTES PLÁSTICAS

Esculturas de Genaro Amador Lira y Juan Rafael Chacón.

LO FUGAZ Y LO ETERNO

Para qué sirve la Filosofía.—Napoleón Viera Altamirano.....	83
---	----

ESPEJO DEL PASADO

La Libertadora del Libertador.—César A. Dueñas Ybarra.....	109
--	-----

EL HOMBRE Y LA CIENCIA

Consideraciones Sobre la Crisis del Estado Actual.—José Salvador Guandique. .	141
La Propiedad Intelectual en El Salvador.—Hugo Lindo.....	157

BIBLIOTECOLOGIA

Bibliotecas de América. Bibliotecas de Panamá. — Fermin Peraza	169
Bibliografía Salvadoreña.....	173

NOTICIAS

Conferencias, etc.....	211
Nuestros Colaboradores.....	214

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Director:
BAUDILIO TORRES

Redactor:
TRIGUEROS DE LEON



Toda colaboración es rigurosamente solicitada. No se devuelve la colaboración espontánea ni se mantiene correspondencia sobre ella.



La responsabilidad de las ideas expuestas, corresponde a sus autores.



En esta revista se publican únicamente trabajos inéditos. Permítase la reproducción de los mismos, toda vez que se indique su procedencia.

